

**EL MIRADOR
DE OLÍMPICO**

ALBERTO LAYA

**EL MIRADOR
DE OLÍMPICO**

ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO

Buenos Aires

2007

Laya, Alberto
El mirador de Olímpico.
1a ed. - Buenos Aires: Academia Nacional de Periodismo, 2007.
168 p. 23x16 cm.

ISBN 978-987-1107-12-4

1. Periodismo. I. Título
CDD 070.43

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la Ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2007 Alberto Laya
ISBN 978-987-1107-12-4

Academia Nacional de Periodismo

Miembros de número

ARMANDO ALONSO PIÑEIRO

GREGORIO BADENI

NORA BÄR

RAFAEL BRAUN

CORA CANÉ

NELSON CASTRO

JUAN CARLOS COLOMBRES

JORGE CRUZ

HÉCTOR D'AMICO

DANIEL ALBERTO DESSEIN

JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO

HUGO GAMBINI

ROBERTO A. GARCÍA

OSVALDO E. GRANADOS

MARIANO GRONDONA

ROBERTO PABLO GUARESCHI

JORGE HALPERÍN

RICARDO KIRSCHBAUM

BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT

LAURO F. LAÍÑO

JOSÉ IGNACIO LÓPEZ

FÉLIX LUNA

ENRIQUE J. MACEIRA

ENRIQUE M. MAYOCHI

JOAQUÍN MORALES SOLÁ

ALBERTO J. MUNIN

ENRIQUETA MUÑIZ

ENRIQUE OLIVA

LEANDRO PITA ROMERO

ANTONIO REQUENI

MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ

FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY

DANIEL SANTORO

ERNESTO SCHÓO

RAÚL URTIZBEREA

BARTOLOMÉ DE VEDIA

Miembros eméritos

NAPOLEÓN CABRERA - JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS

Miembros correspondientes en la Argentina

EFRAÍN U. BISCHOFF - CARLOS HUGO JORNET (CÓRDOBA)
LUIS F. ETCHEVEHERE - CARLOS LIEBERMANN (ENTRE RÍOS)
JORGE ENRIQUE OVIEDO (MENDOZA)
CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (TUCUMÁN)
HÉCTOR PÉREZ MORANDO (NEUQUÉN)
JULIO RAJNERI (RÍO NEGRO)
GUSTAVO JOSÉ VITTORI (SANTA FE)

Miembros correspondientes en el extranjero

MARIO DIAMENT (ESTADOS UNIDOS)
ELISABETA PIQUÉ (ITALIA)
ARMANDO RUBÉN PUENTE (ESPAÑA)
ANDRÉS OPPENHEIMER (ESTADOS UNIDOS)

Mesa Directiva

Presidente:	BARTOLOMÉ DE VEDIA
Vicepresidente 1°:	LAURO FERNÁN LAIÑO
Vicepresidente 2°:	ROBERTO PABLO GUARESCHI
Secretario:	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
Prosecretaria:	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
Tesorero:	ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Protesorero:	ALBERTO J. MUNIN

Comisión de Fiscalización

Miembros titulares:	ENRIQUETA MUÑIZ RAFAEL BRAUN
Miembros suplentes:	CORA CANÉ BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT NORA BÄR

Comisiones

Admisión: ENRIQUE J. MACEIRA (COORDINADOR), JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO, RICARDO KIRSCHBAUM, ENRIQUETA MUÑIZ, ERNESTO SCHÓO.

Biblioteca, Hemeroteca y Archivo: ENRIQUE MARIO MAYOCHI (COORDINADOR), CORA CANÉ, BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT.

Concursos, Seminarios y Premios: JORGE CRUZ (COORDINADOR), ENRIQUETA MUÑIZ, ENRIQUE OLIVA, ERNESTO SCHÓO Y ENRIQUE J. MACEIRA.

Libertad de Expresión: LAURO FERNÁN LAIÑO (COORDINADOR), ENRIQUE MACEIRA, ALBERTO MUNIN, ENRIQUE OLIVA, NELSON CASTRO, JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO.

Ética: ROBERTO GUARESCHI (COORDINADOR) RAFAEL BRAUN, MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ, DANIEL SANTORO.

Comisión para la Redacción de la Historia Integral del Periodismo Argentino: ARMANDO ALONSO PIÑEIRO (COORDINADOR), ENRIQUETA MUÑIZ Y FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY.

Publicaciones y Prensa: ANTONIO REQUENI (COORDINADOR), FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY, NORA BÄR Y JORGE HALPERÍN.

Académicos fallecidos

Emilio Abras	6/10/98	Luis Mario Lozzia.....	31/07/03
Félix Laiño	7/01/99	Francisco A. Rizzuto.....	12/06/04
Jorge Rómulo Beovide	26/2/99	Raúl Horacio Burzaco.....	9/02/04
Roberto Tálice.....	0/05/99	Fermín Fèvre	6/06/05
Germán Sopena	8/04/01	Martín Allica	9/11/05
Jorge Roque Cermesoni ...	7/12/01	Ulises Barrera	11/12/05
Luis Alberto Murray.....	31/07/02	Roberto Maidana	11/08/07

ADVERTENCIA

En 1996, la muerte de Alberto Laya, quien había difundido y dado singular relieve al seudónimo de “Olimpico”, cerró un notable ciclo del periodismo deportivo argentino al que notables figuras –de las que él vino a ser, de hecho, la última– dieron brillo y rigor impares a la información, el comentario y la interpretación de ese sector de la actividad pública. Se trató –según cabe verlo ahora, a la distancia– de un grupo excepcional de periodistas a los que les tocó ser contemporáneos de la sociedad de masas y de los entusiasmos multitudinarios que de modo tan neto definen al siglo XX y, a la vez, anteriores a la omnipresente invasión de lo audiovisual destinada a convertir –al menos, es lo que hasta hoy ha ocurrido– esas sustancias sociológicas en identidad homogénea e indiferenciada.

Durante décadas, Olimpico ejerció desde su columna en *La Nación* la cátedra de una noción periodística realmente distante de la que hoy campea; la suya –en realidad, de su época, aunque él la exponía con especial talento– se basaba en la existencia de profesionales invariablemente atentos al deseo de explicar, de orientar y de profundizar, forzosamente adscriptos a una resuelta voluntad de encuadrar en un marco la comprensión las pasiones populares y siempre comprometidos con la lucidez, la gracia, la solvencia expresiva y estilística, y la actitud de contribuir a la salud social, esto último sobre todo, concebido como obligación central de nuestra actividad.

La Academia Nacional de Periodismo entendió que debía preservar los testimonios de esa disposición y de ese enfoque, que son ya historia, y que, por otra parte, de manera tan profunda y tan acendrada han influido en la formación y en las reminiscencias de una relevante nómina de periodistas, muchos de ellos formados inmediatamente al lado de Laya, como trasunto de la fecunda fragua que representó siempre en las redacciones el sector de la información deportiva. A uno de esos discípulos, Rafael Saralegui, se le encomendó, pues, seleccionar, ordenar y presentar

para su edición las notas con que su maestro había ido ilustrando, a lo largo de décadas, el famoso “Mirador Deportivo”, pedana, justamente, en la que mejor se destacó la ejemplar capacidad de Olímpico.

Esa tarea estaba casi cumplida cuando, a comienzo de este año, también la vida de Saralegui se apagó. Nacido en 1934 y cronista volante de acontecimientos deportivos desde la adolescencia, en 1961 ingresó en *La Nación* de la calle San Martín, y recaló a poco en el laborioso desorden que regía la áspera socarronería de don Alberto, pórtico –en su caso, como en el de tantos otros– de una extraordinaria y vastísima militancia profesional extendida a las más variadas áreas de interés, pero que una y otra vez retornaba, como buscando querencia, a la proximidad de los esfuerzos, las destrezas y las banderías por los que circula la savia del deporte, aspecto del que el “vasco Saralegui” ofreció cabal muestra en los fascículos –luego reunidos en volúmenes– que ese diario dedicó, al terminar la centuria, a la historia del fútbol y del automovilismo.

Este libro es su trabajo póstumo; él quiso contener, en principio, sólo algo de la esencia de aquel otro periodismo, concentrada en textos remanentes del “viejo Laya”. Pero ha venido a ser, también, un homenaje necesario y por demás merecido de quienes integran la Academia al amigo Saralegui, magnífico periodista y noble discípulo de un maestro entrañable.

FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY

Buenos Aires
Invierno de 2007

PRÓLOGO

Durante tres décadas, entre 1966 y 1996, Alberto Laya dio vida en las páginas del diario *La Nación* a la columna Mirador Deportivo, que firmaba con el seudónimo de Olímpico en homenaje a los ideales que inspiraron a Pierre de Fredi, Barón de Coubertin, para crear los Juegos Olímpicos.

Los nobles fundamentos de esa cruzada universal –“Lo importante en la vida no es la victoria, sino la lucha; lo importante no es haber triunfado, sino haber luchado bien”– fueron la materia prima con la que Laya amasó desde el bastión moral de su atalaya una prédica insobornable, ejemplar y perseverante, en favor de la verdad así como de las buenas artes y la dignidad deportivas.

Para ello, dispuso de armas tan filosas y puras como los objetivos que justificaban su credo deportivo: mirada aguda y abarcadora, siempre dispuesta a registrar hechos, minúsculos o trascendentes, que convertía en argumentos enriquecidos por su pluma; lenguaje que sublimaba una prosa fragante y se transformaba en una cátedra del buen decir, honrada por su contenido intelectual; sensible ecuanimidad de criterio para sostener juicios certeros y difíciles de contradecir.

Mirada, lenguaje y rectitud para juzgar, se asociaban armoniosamente para articular un discurso de invariable solidez, mordaz, irónico o reflexivo, según las circunstancias, que se empinaba sobre las contingencias propias de la competencia y de sus participantes, para examinar los aspectos éticos y principistas derivados de aquéllas. Pedro Astuto, una criatura imaginaria creada por Laya para transmitir juicios incuestionables mediante la obviedad, el absurdo y el grotesco, contribuía generosamente a colorear aquellos textos admirables.

A la vera del jefe de Deportes de *La Nación* se fueron formando muchos jóvenes periodistas deportivos, sin que el maestro se hubiese propuesto ejercer formalmente la severidad de la cátedra. Sin solemnidad

dad, casi juguetonamente, cualquier episodio circunstancial servía para sembrar en la tertulia amigable lecciones de un oficio único.

Simultáneamente, legiones de lectores se solazaban con la riqueza expresiva de una columna deportiva que solía convocar, también, a muchos ojos profanos ganados por el placer de una buena lectura.

La Academia Nacional de Periodismo rescata en este volumen una mínima parte de la producción de Alberto Laya –iluminó casi 1500 textos– en la seguridad de contribuir a la difusión de páginas incomparables que, a no dudarlo, forman parte señera del mejor acervo del periodismo deportivo argentino.

Laya alternó sus tres largas décadas en *La Nación*, con colaboraciones en las revistas *Primera Plana*, *Panorama* y *Atlántida*. Entre otros galardones y reconocimientos, fue distinguido con el premio Mundial 78, adjudicado al mejor trabajo en todas las ramas del periodismo sobre aquel campeonato que conmovió al país.

La selección del material que incluye esta obra no obedeció a un esquema formal ni riguroso, sino a un criterio amplio, que contempló sucesos, personajes y repercusiones, cuyo agrupamiento representa, creemos, la riqueza del inolvidable Mirador Deportivo, un mensaje que, con prescindencia de los deportistas que por él desfilaron, mantiene una lozanía conceptual que le otorga genuina actualidad.

Alberto Laya, el orfebre creativo y paciente que cinceló esta obra capital, falleció en Buenos Aires, el 20 de junio de 1996.

Rafael Saralegui

EL EJEMPLO DE UNA MAGNÍFICA LECCIÓN DE HUMILDAD Y FE

Hace ya un año que “La gran aventura” se convirtió en “La gran hazaña”. Veintidós jugadores forjados en esa escuela de moral, que es el rugby, se lanzaron entonces en pos de una ilusión que sólo parecía una osadía. Pero ninguno tembló. El triunfo no es, al fin, hermano del miedo. Y el 20 de junio de 1965, hace hoy un año y tres días, el seleccionado argentino de rugby, “Los Pumas”, cubrió de orgullo al deporte de todo el país al vencer, en su encuentro cumbre a los Juniors Springbok, la segunda formación más poderosa de África del Sur, por 11 a 6. Completó su gira, y al cabo de dos meses de luchar sin egoísmos, con fe, sin alardes, con humildad, regresó a Buenos Aires con una estadística prestigiosa: once victorias, cuatro reveses y un empate. Ezeiza, la última escala de la gira, empapada con frecuencia de una lluvia de monedas tintineantes de agravios, lo recibió entre sonrisas. Y “Los Pumas” entraron en la ciudad a la que no le debían nada y les debía tanto.

El Concejo Deliberante pretendió acuñar la proeza en veintiséis medallas de oro. Pero la respuesta de la Unión Argentina de Rugby fue concreta: “Nosotros no queremos medallas. No las necesitamos y, además, nunca las recibimos. No nos interesan los premios. Jugamos por otra cosa”. El rugby no podría dictar nunca una presuntuosa cátedra de exitismo. “Los Pumas” siguieron unidos, constituidos en un seleccionado nacional transitoriamente estable, hasta rematar sus compromisos internacionales en la Argentina. Se disolvieron en una tarde de septiembre de 1965, la del sábado 18, luego de demostrar que aquella osadía que los precipitó a la fama tenía los ingredientes básicos del triunfo: fuerza, espíritu, convicción, entereza, impulso, responsabilidad, ganas. “No los dejamos jugar –diría Adolfo Etchegaray, uno de “Los Pumas”– y salimos siempre con el trauma de ganar. Volverán a unirse cuando haga falta. Ahora, desparramados en sus propios clubs, recuerdan con nostalgia los días sudafricanos del milagro argentino.

Pero, ¿cuál fue ese milagro? Todo podría reducirse a una sola palabra: trabajo, Izak van Haerden, al corpulento, pelirrojo y macizo enviado de la Unión Sudafricana de Rugby, desempeñó durante dieciocho días una insólita función en Buenos Aires: la de preparar un equipo que pudiera vencer a los de su patria. “Los Pumas” finalizaron así su labor, iniciada dos meses antes con una mordiente obsesión: la de pensar, hablar y sentir en rugby. Esa fue su idea fija, esa fue su virtud. La Unión Argentina de Rugby, la entidad más barata del país porque nunca le pidió nada al gobierno, está formada por hombres que solo hablan lo que deben. “La gran aventura”, transformada en “La gran hazaña”, culminó en “La gran lección”, una lección que podrá ser oída por muchos, pero concretada, desafortunadamente, por pocos, porque el deporte argentino, salvo esta curiosa excepción y otras poquísimas tan extrañas como ésta, parece sufrir de la incurable epidemia de las altisonantes palabras vacías. “Los Pumas” descubrieron el valor del silencio, de la fe y de la humildad. El país podría tener una deuda con ellos, si ellos fuesen capaces de ser deudores del país. “Los Pumas” solo se deben a sí mismos y a su conmovedora pasión desinteresada por el rugby. Hoy festejamos un año y tres días de esa cruzada y de ese ejemplo.

23 de junio de 1966

ROBERTO DE VICENZO

Una figura flaca, intensamente flaca, casi un alambre, era una diminuta mancha en la sedante luminosidad de unos links de Miguelete. Parecía una raya de lápiz. No pensaba en nada. Su mente estaba remotamente distante de cualquier ambición. Sólo sabía que lo había aferrado una prematura rutina. Encorvado, jadeante, soportando una carga tan pesada como él, despertaba, inevitablemente, la admirada imagen de una hormiga resignadamente laboriosa. Tenía entonces siete años. Ni siquiera el que treinta y seis años después de aquel “Beto” –“Me llamaban así cuando era caddie, cuando no era nada”– se convertiría en un triunfador de ojos verdes, semicalvo, macizo, tostado, sereno y millonario. Roberto De Vicenzo (43 años, casado, dos hijos, Roberto Ricardo de 19 y Eduardo Alfredo de 17) podría sintetizarlo todo en cuatro palabras si fuese un vanidoso: “El golf soy yo”.

Ahora recuerda. Es un ídolo. Más de una señora que jamás pisó un link, que no sabrá nunca que es un *putt*, un *bunker* o un *tee*, hace siempre la misma pregunta cuando él lucha por seguir siendo lo que es: “¿Cómo va De Vicenzo?”. Ese es, justamente, el más infalible diagnóstico de una idolatría. Y ese hombre sonriente, que no fuma, que se acuesta y se levanta temprano, que practica seis horas diarias –“Mis días normales están llenas de golf”–, que no se enoja, que no discute, “y menos por plata”, que solo lee diarios y revistas, que es simpatizante de Boca –“Con mi apellido no puedo ser hincha de otro cuadro”–; ese hombre-éxito en cuyas patillas apuntan ya unas cuantas canas, se auto-define, en la cumbre de su parábola brillante, como no se autodefiniría nadie, ni aún quien estuviese en la mitad de su camino.”Para mí, el golf es un trabajo. Yo, de verdad, no me considero un deportista. Creo que soy sólo un trabajador bien pagado”.

Roberto De Vincenzo podría ser encerrado en un manójo de cifras. Sería la biografía antibiografía. Un generoso montón de líneas lleno de fechas sin momentos. Una radiografía fielmente muerta. Como el almanaque de sus días sin emociones. El De Vincenzo auténtico está en sus palabras: “Yo siempre he pensado de una manera muy especial. Todos somos iguales. Si bien unos son mas inteligentes que otros, eso no los faculta para ser distintos. Estamos contruidos del mismo material. No tengo por qué ser vanidoso. En mi profesión he aprendido que si un día las cosas me van bien, al día siguiente las cosas pueden cambiar. Admiro a la gente inteligente. Creo que la humanidad debe ser humilde y preocuparse por ayudar a aquellos que no pueden ayudarse a si mismos.

En el Ranelagh Golf Club, en un mediodía punzante de sol, seguía recibiendo las felicitaciones por su último triunfo: el del torneo de Maestros. Sonreía apenas. Era como si la victoria fuese solo un hábito. “Hay veces –contó– en que uno se cansa espiritualmente. Me descontrolo. Es como si usted estuviese leyendo diez horas seguidas y de pronto no puede seguir leyendo más. En los torneos me distraigo a veces con algún amigo. Es más importante darse el gusto de poder charlar cinco minutos con un amigo y fallar luego un tiro que le da mucho fastidio”. De Vincenzo viajó este año a Europa (cuatro veces), África, Tokio, Manila, Australia, Hong-Kong y Estados Unidos. “Gasté, aproximadamente, dos millones de pesos en pasajes. Pienso que si sigo viajando así, me convendría mas comprar un avión, aunque fuese chico, como lo tiene Arnold Palmer”.

Roberto De Vincenzo volvió a transitar aquel escenario donde aprendió tempranamente la lección de la pobreza. Ganaba entonces un peso por llevar una bolsa de palos que lo doblegaba durante dieciocho hoyos. Pero caminó como siempre. Más enhiesto, claro, porque al fin, ya no padecía cargas que lo abrumaran. Era un De Vincenzo que seguía recordando. Su óptica no se le había deformado. ¿Puede haber, acaso, algo más penosamente insoportable que un detonante divulgador de sus propias

hazañas? Volvía a distraerse con algún amigo para errar un golpe que lo encrespaba. No tenía la exacta dimensión de sí mismo. Aquella bolsa de sus siete años le habrá seguido pareciendo repleta de plomo. Pero fue su guía...”. No tengo rencores ni celos. He trabajado para eso. Cuando era chico vi gente celosa y no me gustó. Lo que más me gusta es estar con mi familia. Lo que más me disgusta es ver gente con mala fe”.

Este año fue el año de De Vincenzo. Ganó más de 100.000 dólares (25.000.000 de pesos argentinos). “Es difícil decir lo que he ganado en mi vida. Sólo se que fue mucha plata. Vivo bien. No he tenido tiempo para pensar en otra cosa que en el golf. No puedo distraer un solo momento de mi vida. Somos muchos los que estamos detrás de la misma liebre. Si le quito el ojo hay otro que se la queda. Desgraciadamente, no sé hacer otra cosa, Esto ya se terminó. Lo mío puede durar a lo sumo cinco años más con muy buena suerte. He perdido mucha plata en negocios. En una fábrica en Berazategui 5.000.000 de pesos y en México 30.000 dólares. Ahora soy desconfiado en lo negocios. Más que desconfiado, tengo miedo”. Desde hace veinte años le acompaña, como caddie, Ricardo Angeleri (43 años) un morocho semi panzón con una visera inseparable, empleado público y “remisero”. Angeleri hace muchos años que también aprendió la lección de la necesidad. Ahora es caddie por gusto, tal vez por admiración a algo que no pudo ser. “No le doy nada –desliza De Vincenzo–, pero si las cosas me van bien, a él entonces le van mucho mejor”.

De Vincenzo cree en la nueva promoción. “Sí, pienso que hay varias promesas: Núñez (Ituzaingó), Omar Nari (Lomas), Cabrera (Ranelagh), Rivadaneira (Olivos) y Fernández (Hindú)”. A ellos les corresponderá seguir los pasos de un De Vincenzo ahora preocupado por una tenaz molestia en su índice derecho. “La sentí repentinamente en Tokio, en el campeonato por la copa Canadá. Se me endureció el brazo y me molestó enormemente. Ahora siento un cosquilleo que se me extiende a los otros dedos. Hay veces en que ni siquiera puedo apretar una lapicera. Es un problema. Ahora me atenderé seriamente”.

Caía la tarde en Ranelagh. Frente a la estación del ferrocarril; en el jardín de una casa que en 1962 le costó 3.000.000 de pesos, un hombre de 90 kilos de pesos 1m.81 de estatura regaba el césped. Estaba envuelto de silencio. Pero ya no pensaba en nada. Pensaba en todo. Mejor, en todos, Roberto De Vincenzo sabía que volvería a irse. Aquella bolsa de Miguelete era como si siguiese estando detrás de una planta.

Jueves 8 de diciembre de 1966

VITO DUMAS

En la madrugada del 23 de marzo de 1965 culminaba su última evasión. Serenamente, con sus ojos llenos de bruma, como un viajero inmóvil ya sin memoria, ya sin nostalgias, ya sin nada, ese extraño símbolo de la desolación, Vito Dumas, comenzaba a vivir cuando acababa de morir. Muy pocos hablaban de él. Su voz opaca, lenta como sus paralizantes noches de calma, agradecía, al fin, el olvido. Quería ser él, sólo él: un soñador sin compañías, sin palabras. La muerte lo arrebató, paradójicamente, de su silencio. Lo lanzó a la resonancia, a un estruendo del que huía obstinadamente. Pero ya no lo mortificaba. Sus ojos estaban velados para cualquier otra aventura del mar. Fue el único viaje en el que no fue solo. Un mundo lo acompañó. Luego, al año, muy pocos volvieron a hablar de él. Mas tarde, a los dos años, nadie lo nombró. Quizá por eso hubieses deseado tanto estar tan solo, tan magníficamente solo.

A los 64 años de edad, canoso, con su frente anchamente despejada como el mar, ya sin encrespase como sus turbulentos enojos, encorvado, evasivo, bamboleándose al compás de dos pies lentos, Vito Dumas recorría los astilleros embebiéndose de su olor a brea, de sus proas, de su telaraña de mástiles. Sus pupilas desvanecidas irradiaban entonces un curioso deslumbramiento. Pero ya no podía irse. Se fue solo a través de sus telas, como un nostálgico viajero estático. Frente a su atril, con sus dedos manchados con los colores del mar. Pintó tempestades y calma, los dos escalofríos del mar. Las venció a las dos con la punta de sus pinceles. Sus manos temblorosas se aferraban a un timón simbólico que le hacía revivir los tremendos tumultos y los tremendos silencios de sus travesías. Y de su tela parecía brotar un manojito de olas que empapaba su rostro ya mortalmente pálido, sin sol, sin soledad, Vito Dumas navegaba en su última partida.

La vida de este nómada acuático es un alucinante libro de bitácora; dio la vuelta al mundo, padeció hasta el deformado grado del delirio,

sufrió sed y hambre, adelgazó como el filo del cuchillo, estuvo al borde de la demencia, al borde de la muerte. Las fechas no interesan. Los escenarios, tampoco. No agregarían nada a la conmovedora proeza de este cíclope de la soledad. “Nunca tuve miedo”, confesó una vez. Pero siempre tuvo fe.

¿Qué se proponía este navegante tímido, sin estridencias? El lo dijo frecuentemente. “Impulsar a la juventud por las vías de la aventura. No debe olvidar que alguna vez tiene la necesidad de sentirse romántica”. Vito Dumas se fue y volvió modestamente. En uno de sus arribos una inmensa multitud exaltó su hazaña. El seguía sonriendo con un aire ausente, como si todavía continuase magnetizado por sus insondables noches solitarias. Nunca, tampoco, aspiró a nada. No quiso agasajos, ni aplausos. Horadaba al mar por algo que no podía darle nunca la tierra.

A muchas cuadras de los astilleros que contemplaron los últimos pasos de su último viaje, una multitud había creado ya a sus ídolos. Eran otros símbolos. No creía en la aventura ni en el romanticismo. Eran sólo los sacerdotes de la ambición. Varios de ellos habían pedido sumas siderales para seguir jugando al fútbol. La culpa no era de ellos. Era sólo de una multitud olvidada ya de las hazañas y que no podía vivir sin los dioses de barro que ella misma había construido, de unos dioses inestables, amenazantes e infieles que terminarán aplastando espiritualmente a esa multitud si esa multitud fuese capaz de alentar un minúsculo puñado de espíritu.

Vito Dumas se fue más acompañado que nunca. Ahora ya es un olvido. “Con estos dementes –dijo alguien cuando lo depositaban en su amarradero definitivo–, con estos líricos, con estos poseídos del desinterés, son los que el mundo ha conseguido sus imposibles”, La soledad perfecta de Vito Dumas, ese alucinado del mar, no podría ser turbada nunca por esos dioses blandos ni por esa multitud sin hazañas. Vito Dumas sigue siendo un soñador solitario.

6 de abril de 1967

GATICA

En la noche destemplada del martes 13 de noviembre de 1963 la muerte se apiadó de un extraño personaje, sin rebeldías, ya sin muecas, que se había burlado sin piedad de la vida. José María Gatica, sumergido en una nebulosa, destrozado, extrañamente inmóvil, ya era un mito. La ciudad se durmió indiferente. Despertaría horas después inundada de pena por quien había recorrido sus madrugadas como un péndulo zigzagueante navegando sin memoria, en un abismo de niebla. En el hospital Rawson, a unos pasos de esa leyenda inerte, un ser esquemático, desarrapado, tembloroso de frío y de fanatismo, desparramó su voz gangosa: “Gatica fue tan grande como Gardel; cuando haiga dos como ellos, me escriben. A Gatica hay que velarlo en el Luna, hay que velarlo”.

Lo velaron en la Federación Argentina de Box. Aquel idólatra atarido no lo perdonó nunca. Una multitud compungida, desprolija, casi mística, desfiló en puntas de pie junto al ataúd de Gatica. Una muchedumbre impávida siguió desde las tribunas esa columna que se estiraba blanda y silenciosamente como una lava. Parecía como si un milagro fuese capaz de lanzar a Gatica al centro del ring en uno de sus arrebatos demoledores. Pero el ring estaba arrinconado, vacío de vida. Lo llenaba la muerte de una leyenda. La multitud esperó inútilmente el milagro. Su ídolo se había evadido definitivamente de su virulento rencor. Una densa jalea humana se disputó luego el honor de llevar, camino del cementerio, esa caja que encerraba a un Gatica sin agresiones, liberado del juego imposible de querer destrozarse la vida, un puñado de recuerdos obstinados, una montaña de gloria derretida.

Hoy, a poco más de cuatro años de su muerte. Gatica sigue siendo un símbolo. El resentimiento lo enfermó de notoriedad. Buscaba empeñosamente el desquite de sus turbias horas de lustrabotas, de canillita. No quería estar a los pies de nadie, no quería vocear nada. Aspiraba a que todos estuvieran a sus pies, a que todos lo vocearan. Y lo consiguió. Con una galera, con un habano, con un moño descomunal, paseó su

figura por un laberinto de gritos sin nada. Sus manos no estaban ya sucias de betún. Las aprisionaba un par de guantes vertiginosos como los golpes de cepillo al pie de su destartado cajón de lustrabotas. Luego quiso reconstruir una imagen. No pudo. Ni siquiera se la devolvió el alba asaltada de hipos y de figuras borrosamente duplicadas.

Terminó vendiendo muñequitos. No se sabía si los llevaba él o si él colgaba de ellos. Fue apagándose lentamente. El mundo de la violencia no le devolvió nada, ni siquiera los gritos. José María Gatica pasó por el ring como una ráfaga. Ahora, aún un símbolo, sigue marcando el itinerario tortuoso de los seducidos por los fulgurantes escalamientos. Su modo de beber precipitadamente la vida, volcando sus ansias a borbotones, salpicándose con mordeduras, es la más descarnada advertencia para sus herederos de oficio atacados también de notoriedad. Algún presuntuoso, algún disonante, deberá repasar a solas consigo mismo, la turbulenta irradiación que chisporroteaba en ese José María Gatica que perseguía, inmensamente solitario, la búsqueda inútil de su biografía perdida. Para ellos, para esos apresurados constructores de vanidades, José María Gatica seguirá siendo también un símbolo. Una medalla opaca, sin destellos, en la que solo se fija una sombra. La multitud olvida. La ciudad no perderá su sueño por un mito. La vida, al fin, suele devolver únicamente lo que se le entrega.

23 de noviembre de 1967

ALFREDO DI STEFANO

El estadio era su templo. El fútbol, su religión. La multitud, su feligresía. Durante once años, rubio, tenso, infatigable, vestido de blanco, entregando su piel intensamente transpirada, fervorosamente conmovida a esa pasión rugiente desencadenada durante 90 minutos detrás de una pelota, pareció un diabólico copo blanco golpeando con su generosa imaginación una insensible tela verde. Sus piernas fueron como dos pinceles opulentos dibujando la geometría visualmente seductora de los inspirados. Real Madrid se puso en puntas de pie, se arrebató, gritó, lo admiró y lo hizo ídolo. Hasta que un día, después de once años...

El tiempo sembró de angustias la frente ya profundamente estriada de Alfredo Di Stéfano. En una respetuosa tarde madrileña colmada de sol y de muchedumbre, en el estadio Santiago Bernabeu, una catarata de aplausos y de ojos enternecidos despidió a Alfredo Di Stéfano en el último encuentro para el club al que le había entregado sus sueños, su decoro, todo. En el jardín de su lujosa residencia de la calle de Henares, en Madrid, una pelota recubierta de láminas de oro seguía irradiando su gratitud lacónicamente, estremecidamente, con unas palabras tan antiguas como el mundo: “¡Gracias, vieja!”. Dicen que en esa reverencial tarde madrileña hondamente emocionada, aquella pelota refulgente, casi enceguedora, se obscureció de súbito para acompañar el eclipse de su dueño.

El 8 de agosto de 1958 Alfredo Di Stéfano, envuelto en la pegajosa, deslumbrante y quebradiza telaraña de un “Dios del estadio”, condecorado, millonario, locuaz, ya ciudadano español; viviste nuestro diario: “Cuando llegué a esa gran institución que es Real Madrid –dijo, entre otras cosas– comprendí bien pronto que estaba en un lugar distinto. Y lo era. Respeto al jugador y respeto al dirigente. Respeto en todo y a todos. Cierta señorío, que obligaba a imitarlo: Nada de palmadas en las espaldas cuando se gana ni de recriminaciones cuando se pierde”. Alfredo Di Stéfano era, indudablemente, un triunfador. Las miradas encendidas

de la España futbolística habían levantado con su figura sublimada uno de los monumentos simbólicos más gigantescos de toda la historia de sus estadios y de sus inestables habitantes. Alfredo Di Stéfano estaba remotamente distante de padecer la agria realidad de los vencidos. Se le escapaba el dolor de los demás, esa niebla tenaz, envolvente, llena de crispaciones de los fracasados. Desde la cumbre, cierto vértigo le nublabla las retinas. Y no alcanzaba a ver esa larva gris, anónimamente homogénea, que reptaba en el precipicio.

El fútbol era su religión. Pero ya no cosecharía aplausos. Sólo, quizá, con ojos apenados. En 1967 se fue como director técnico al Club Elche. En quince partidos jugados por el campeonato español, únicamente consiguió tres triunfos y tres empates. Ese fenómeno futbolístico que convierte en un segundo a un genio en un incapaz ni bien se suceden los quebrantos deportivos, no es, de ningún modo, típicamente español. Es, clásicamente, universal. El éxito, es, al fin, el más cínicamente generoso productor de sobrevivientes. A Alfredo Di Stéfano, como a muchos, lo sepultó la hecatombe de una multitud enferma de delirios y de victorias. “Este ha sido —confesó— el mayor fracaso de mi vida. En mi larga vida dedicada al fútbol jamás me habían escupido la casa ni me habían arrojado almohadillas culpándome del revés”. Alfredo Di Stéfano ya no estaba en la cumbre. Y, entonces comenzó a comprender lo que no había podido entender cuando Real Madrid se ponía en puntas de pie. Miró de frente a la muchedumbre y creyó ver una enorme boca con sus dientes agudamente afilados, sin misericordia, deshumanizada en su insaciable sed de triunfos. Una muchedumbre igual a todas, sin piedad para el caído. Atacada de una epidemia con un diagnóstico preciso: fútbol-irreflexión.

A los 41 años de edad, ya una leyenda, Alfredo Di Stéfano se ha quedado desoladamente solo con sus pensamientos. En el jardín de su casa de la calle de Henares medita ahora junto a una opaca pelota de oro en la que la única verdad son esas dos viejas palabras de su inolvidable gratitud. La piel de Alfredo Di Stéfano sólo se estremece ahora de soledad, de vergüenza y de lástima.

18 de enero de 1968

HÉROES

Ningún afán de gloria los impulsaba. Un día desafortunado dejaron de ser como todos los demás. Pero se sobrepusieron. Y ya entonces comenzaron a encontrar una poderosa razón para volver a creer. Esa magia pura los trasladó a un territorio donde convivían con la fuerza, capaz de producir los actos milagrosos: la esperanza. Imaginativamente, fueron lentos viajeros sin puertos, sin mapas, sin aduanas. Su espíritu los lanzó a recorrer el mundo cabalgando en sus fantasías. Y allí estaban, aferrados a un sillón de ruedas sin sus puños crispados, con sus rostros comprensivos, extrañamente tolerantes, como una blanda caravana ilusionada por la espera. Parecían hombres sin tiempo, estáticos, detenidos, para quienes las horas hubiesen nacido con el abrumador signo de la monotonía. Pero no estaban vencidos.

Un día, un puñado de ellos se lanzó detrás de su fe. Veinte hombres y mujeres arrinconaron su curioso itinerario de trotamundos demorados. Ya no recalaban en sus sillones de ruedas. Y arribaron a Jerusalén. Y lucharon. Y vencieron. Junto a setecientos colegas de estoicismo compitieron en los Juegos Olímpicos para atletas lisiados. Ninguno de ellos tenía otra ambición que la de sembrar un ejemplo de fervor. No la popularidad y tampoco la necesitaba. Partieron de Buenos Aires, silenciosamente. Y sabían que no iban a la caza de nada. Era solo una búsqueda conmovedora: la de vencer a la adversidad. Y un hallazgo estremecedoramente cristalino: el de demostrar la victoria de una reconstrucción espiritual. No le pidieron nada al país. Veinte benefactores pensaron que el país padecía otras urgencias y cada uno de ellos donó 330.000 pesos para esta marcha sin ruido de la esperanza.

Aquí no importan mareas ni records. Nada podría estar medido por el inflexible rigor de la distancia y el tiempo. Interesa solo algo que no se puede determinar con un metro ni con un reloj: la transparente realidad humana de un manojo de seres aparentemente desmoronados venciendo

a una multitud de seres presuntamente triunfadores. Ninguno de esos veinte hombres y mujeres divulgó ningún slogan. Ni siquiera pretendieron adueñarse de una ingenua muletilla en la que ya nadie cree: “Lo importante no es ganar, sino competir”.

Ajenos a todo lo que significase fama, estruendo y ansias, esos veinte hombres y mujeres –solo veinte –conquistaron dieciocho medallas: seis doradas, seis de plata, seis de bronce. Sus sillones de ruedas salían impulsados por un par de manos que habían vuelto a aprisionar las luces que invadían sus ojos. Veinte hombres y mujeres volvieron a Buenos Aires tan silenciosamente como se fueron. No habían hecho delirar, al fin, a ninguna muchedumbre, no habían recibido más que dieciocho medallas y, definitivamente, habían cometido el pecado capital de ser discretos, de no creerse dueños de nada, de no sentirse glorificados por nadie. Llegaron y volvieron a hacer lo de siempre: seguir creyendo.

28 de noviembre de 1968

DIÁLOGO

–¿Por qué no le pagan lo que merece?

–Mejor no hablemos de méritos, porque entonces habría muchos que tendrían que ponerse a trabajar.

–Pero este es un jugador neto. Perdón, nato. Mediocampea que da éxtasis. Está un poco conflictuado, pero, con un poco de suerte, se puede distraumatizar.

–Mire, el verdadero trauma lo padecen los clubs. Algunos ni siquiera tienen una zaguera para regar el césped.

–¿De qué viene manguera? ¿No será, acaso, de mangos?

–Yo pienso que habría que crear un Instituto de las Estrellas que protegiese a los jugadores con calidad de astros

–¿Y si alguno de ellos dejase de brillar?

–Bueno, en ese caso pasaría a una dependencia menor que podría llamarse Mutualidad Iluminadora de los Oscurecidos.

–Mire, al paso que vamos, yo pienso que lo mejor sería crear un Organismo de la Resignación. Al jugador hay que inculcarle una conciencia laboral.

–Los clubs hablan de su estado de necesidad, pero, ¿acaso el fútbol no es una necesidad de Estado?

– No y no. En todo caso, el fútbol es un estado de codicias que maree y que termina con muchos jugadores sin estado.

–El jugador tiene su vida compelida. Perdón, comprimida, ¿Cuánto puede durar? ¿Cuatro, ocho, diez años?

–Mire, yo hace ya veinte años que trabajo y apenas si gano lo que un jugador ganó en un par de años

–Bueno, pero usted, ¿Qué hace?

–Bueno, un trabajo sin emociones. Estoy al frente de un fichero de cuentas atrasadas. Nunca traspapelé una boleta y sin embargo, nadie jamás me aplaudió.

–Eso es un desvarío. Usted no puede jugar al fútbol, un jugador puede ordenar boletas. Además, usted se puede jubilar, ¿y un jugador? Muchos de ellos terminan en la más completa indigencia.

El extraño diálogo podía no haber terminado nunca. Era, sin embargo, el clásico desacuerdo entre el que vive la emoción de los estadios y el que siente otros estados de emoción. El diálogo, al fin, no era nuevo. Se repetiría todos los años y nadie, concretamente, aportaría una solución ideal a ese reiterado entredicho.

Imprevistamente, empero, una nueva conciencia parecía despertar de un largo sueño. Quienes manejaban al fútbol habían resuelto hablar descarnadamente. Quizá también a ellos los hubiese invadido la sobresaturación de la estrellas, esa carga ambiciosa de divos exigentes que convertían al fútbol en un negocio deplorable. El primero de ellos fue Santiago Saccol, presidente de Racing. “Estoy dispuesto –dijo recientemente– a rebajarles los sueldos a los jugadores. Y si se resisten a entrar por la razón haré público lo que ganaron en 1968, con su pésima campaña”. Saccol sabe que su público, como todos los públicos del mundo es elitista. Pero no ignora tampoco que su público puede ser conquistado y vencido por algo que solo desprecian los irreflexivos, la verdad. El segundo fue Julián William Kent, titular de River Plate. “Solo aumentaré los premios”, afirmó hace unos días. “Si el jugador quiere ganar más –culminó– que se lo gane en la cancha”. Kent también sabe que el jugador siempre se transforma en un recuerdo y que una institución, además de un pasado y presente, debe tener necesariamente un futuro. Ningún jugador, formalmente, puede ni debe anteponerse a una entidad. Un elemental sentido de la perdurabilidad es el más valioso argumento para que la duda sea aplastada por la razón.

Según como se mire, cualquiera de aquellos dialoguistas del desacuerdo podría haber aspirado a convertirse en dueño de la verdad... Ninguno de ellos, empero, apeló a un recurso más simple que el de sus desencontrados pensamientos: el recuerdo. Muchos jugadores, hace mu-

cho o poco tiempo ignorados, se habían lanzado al asalto de la fama cercados por el anonimato y la necesidad. Todos, naturalmente, pensaban en su porvenir. Era lo lógico. Cuando brotaron a la notoriedad se habían olvidado de todo, inclusive de sus bolsillos vacíos. Su zigzagueante itinerario hacia la cumbre de la pirámide había muerto. Miles de lamparillas, las del éxito, solo pueden enceguecer. Y, apenas, por un minuto.

30 de enero de 1969

PASCUAL PÉREZ

Esta es una historia repetida, acaso ni mejor ni peor, ni más cruel ni menos dolorosa que tantas otras historias devoradas por una ciudad cotidianamente fiel a una vieja vocación: la del olvido. Ej., su protagonista no hubiese sido un hombre trascendente, si esa ciudad no se hubiese estremecido con las fáciles conmociones del éxito, tal vez esta historia habría rodado silenciosamente por esa ciudad, muriéndose anónimamente, sin un grito, sin siquiera un gesto, apenas acabada de nacer. Pascual Pérez, el más brillante boxeador argentino de todas las épocas, el ídolo de muchedumbres enardecidas, un pequeño gladiador vibrante, impulsivo sin concesiones a las luchas despiadadas de los reñideros, libra ahora dos de sus más duros combates: el de la vida y el de la necesidad.

Pascual Pérez vive aferrado a una lejana nebulosa. Su mente estalla a veces con un chisporroteante desfile de imágenes seductoras: las de sus triunfos, las de su vértigo. Quisiera retenerlas, fijarlas definitivamente. Quisiera retroceder en un tiempo ya fugitivo, rejuvenecer sus noches de violencia, volver a oír la delirante explosión de las multitudes. Pero sus manos ya están vencidas. Solo aprisionan un puñado de sombras. Una biografía minuciosa no agregaría nada al itinerario zigzagueante de este otrora prolijo obrero de la demolición, de este ahora resignado artífice del desencanto. Fue campeón mundial de los moscas, asombró con su ímpetu incansable, con sus golpes hirientes. Ganó dinero como ningún púgil argentino. Y derrochó su vida pensando, tal vez, que uno de sus golpes bastaría también para batir a su único enemigo imbatible: el tiempo.

En septiembre de 1963, arrebatado ya de su cetro máximo —lo perdió en Bangkok el 16 de abril de 1960 frente al tailandés Pone Kingpetch—, creyó candorosamente que el calendario se había detenido. Fue ciego a todas las declinaciones. No quería verlas: quizá sus pupilas se hubiesen aterrorizado con la única verdad que se empeñaba en no mirar. Deambuló por rings sudamericanos y, de pronto, un deseo invadido de mor-

tificantes nostalgias:”Yo puedo ser campeón”, se dijo mil veces, como una obsesiva muletilla que iba mas allá de todo, inclusive de su propio engaño. Alguien que asistió a sus cuatro últimas peleas las definió como los “los funerales para un fantasma”.

Ahora, a los 43 años de edad, con su rostro demudado, cabizbajo, desoladamente solo, las calles de la ciudad lo vieron sin un gesto, ausente y hosco, hablando consigo mismo, tratando de arrancar a través de estímulos engañosos aquellas imágenes que de tanto en tanto lo asaltan, lo ilusionan, lo exaltan, para derrumbarlo inevitablemente en un presente que ya es pasado y que no tiene futuro. Hace pocos días, controlado un agudo mal, pidió que le resolvieran su apremiante situación. Si, ésta es una historia repetida, antiquísima, rigurosamente actual. Se repetirá siempre, porque a veces la gloria no suele preparar a quienes son capaces de recibirla. Pascual Pérez lo tuvo todo. Ahora, en cambio, le queda muy poco. Solo un álbum que no le podrá devolver nunca lo que él derramó tan generosamente, sin pensar, que algún día sería un arrinconado montón de recortes. La ciudad lo ve pasar cercado por un cono de sombras. Pascual Pérez se refugia en su viejo álbum. Pero ya entendió todo. Ni siquiera habla consigo mismo. Solo quisiera que esta historia repetida se quedara definitivamente sin actores.

3 de abril de 1969

PELÉ

Era como seguir con una aguda tensión el itinerario más escafolofriante del siglo: el de la elevación del hombre hacia la Luna. Pero, opuestamente, no era una cuenta regresiva la que indicaba el prólogo de la hazaña. Los números avanzaban: 996, 997, 998, 999. Y había un tope que conducía hacia el delirio: 1000. Vibrante, a veces diabólico, imaginativo, repentista, creador inspirado de lo imprevisto, a veces etéreo como un danzarín, incorpóreo, livianamente alado, un antiguo hijo de la miseria, inactual dueño de la opulencia, concretamente “Pelé”, transportaba lentamente a su país, el Brasil, hacia el estallido más brillante de toda la historia del fútbol universal. En una cancha, sus pies seguían trazando un alegre ritmo de samba. Y todos estaban pendientes de sus verosímiles diagramas. Ya los adjetivos se habían agotado. “Pelé” era solo “Pelé”.

Todos querían posesionarse de la proeza suprema de “Pelé”: su gol número mil. El patronazgo de la hazaña imponía curiosas distorsiones: el arquero de Bahía tenía órdenes de “dar la espalda” cuando rematase “Pelé”, para que la ciudad de Salvador, escenario del encuentro tuviese el honor de ser la sede de la generosa marca de productividad de “Pelé”. Además, cuando este astro negro, con sus pies burlones, culminase con su pródiga cuenta de goles, el partido debía interrumpirse, mientras la multitud, loando a un dios imaginario del fútbol, se encaminaría hacia la iglesia de Nuestro Señor, en una extraña procesión del estruendo y el éxtasis para depositar, como agradecida ofrenda, el zapato derecho de “Pelé”, pues una rara predicción hacía suponer que el gol número mil llegaría precisamente, con un remate de derecha.

Nadie duda de la sorprendente aptitud futbolística de “Pelé”. Censurarla o ignorarla sería, al fin, casi una injuria o lo único capaz de redimir al fútbol: talento. En Vieytes, allí donde los hombres han perdido la razón, allí donde los hombres no se sabe si son felices o desdichados por haber huido de la armonía, hay, por ejemplo, otro hombre que todos

los días, obsesionado por los oscuros laberintos del alma y de la mente, trata de resolver, con sus ojos gastados en las altas noches de sus estudios silenciosos, el gran enigma de ese vacío que endurece los rostros inexpresivos, ausentes, como una trágica máscara de cartón. Es, naturalmente, un neurólogo, y lo que gana apenas si le alcanzaría a “Pelé” para poder vivir dos noches de disipación. Ese hombre, como tantos otros, como miles de hombres dedicados desveladamente, sin resonancias, a la sutil artesanía de la inteligencia, está rodeado, afortunadamente, de discreción.

Ambas actitudes son incomparables. El fútbol es un espectáculo destinado a movilizar sensaciones epidérmicas. Pertenece a una masa que se exalta, que se deprime, que agravia, que admira, que crea ídolos, que los destruye, que recuerda y que olvida. Alguna vez entre tantos días establecidos para despertar recuerdos condicionados, será creado el Día de la Gratitud. Y si el mundo no ha perdido para entonces la virtud de comprender, de no querer más, sino de querer mejor, no pertenecerá a ningún sublimado “dios del estadio”. Aparecerán entonces otros hombres que habrán entretenido infinitamente menos, pero que habrán luchado infinitamente más que durante noventa minutos de una pasión apuntalada solo por un grito.

Futbolísticamente, el Brasil tiene derecho a sentirse orgulloso. “Pelé”, ese negro embrujo de sonrisa infantilmente blanca, envolvió a su país en un gigantesco ritmo de samba, como si su estallante geografía girase alrededor de un enorme cascabel. Su nombre, pronunciado con frenesí, con admiración, con respeto, con una litúrgica adoración, ya está en camino del mito. Blancos y negros, calles y avenidas, pueblos y ciudades, rascacielos y favelas vibraron al compás del nombre más chico y más grande de toda su historia, de toda una historia construida únicamente en una cancha de fútbol: “Pelé”. Los otros hombres, los silenciosos artífices de un talento inmensamente más perdurable, seguirán con sus ojos anegados de sueño y ensueño. Y lo comprenderán todo, porque ellos saben mejor que nadie, hasta que punto la fragilidad del hombre puede llevarlo a su desequilibrio. La pasión, al fin, nunca fue la hija dilecta de la razón.

20 de noviembre de 1969

LA HORA DEL AJEDREZ

En un mundo de silencio, tensos, concentrados, miles de ajedrecistas seguían aquí, con sus ojos imantados sobre un tablero, la actuación del equipo argentino en la XIX Olimpiada de Ajedrez por Equipos, jugada recientemente en la ciudad de Siegen, de la Republica Federal de Alemania. Se internaban en laberínticas combinaciones, desmenuzando, como hábiles vivisectores, los aciertos y los errores de un conjunto que, al fin, se había lanzado a una lucha que tenía, ciertamente, el improvisado tono de una aventura. El ajedrez es cálculo, razonamiento; un arrebato suele convertirse en un aplastante revés. Hacia aquellos miles de estáticos analistas, como petrificados sobre un manajo de piezas, trascendían naturalmente los matices de siempre. Jugadas, éxitos, empates o traspies. Era, concretamente, el aspecto inevitablemente público del certamen. Pero había también algo íntimo, confidencialmente reservado.

El 4 de septiembre último un día antes de la iniciación de la competencia, el equipo argentino subió al avión que lo conduciría a Europa, y, de pronto, todos los integrantes se entregaron a una obsesión común: la de aguzar sus armas de combate sumergiéndose en los tableros de bolsillo y en los libros especializados. Era una apresurada actualización de conocimientos, un repaso imperioso, signado por un tiempo que urgía sin concesiones. El team había sido resignado una semana antes, apenas, de comienzo del torneo. Pero hubo más: por conducto extraoficial: esos ansiosos ajedrecistas, hostigados por un reloj que parecía seguir las horas con un vértigo angustioso, supieron que la participación argentina estaba condicionada a la intervención de Panamá. El ajedrez necesita mentes lúcidas, serenas; no es, precisamente, una actividad ideal para perturbados.

La Argentina alcanzó ajedrecísticamente su período cumbre en 1950, 1952 y 1954, en que se clasificó subcampeón del mundo. Tal cima no fue, justamente, la culminación del azar, sino el resultado de una

inquebrantable seriedad. Entonces, el equipo era designado con un mes de anticipación y sus componentes se reunían en la casa de Najdorí para estudiar diariamente durante seis horas preparando sus sutiles emboscadas. Pero de entonces a ahora todo ha cambiado. No es posible exigir monstruos sin tiempo, sin dedicación, librados a la mágica intervención de un hada bondadosa. El ajedrez no es una fábula; solo es una realidad basada en una inspiración pura: la del intelecto.

Pese a sus penurias espirituales, el equipo argentino se clasificó séptimo entre sesenta países. Si, pudo haberle ido mucho mejor si las cosas no se hubiesen hecho tan mal. Ninguno de sus integrantes vive del ajedrez. Najdorí, agente de seguros; Panno, ingeniero civil con una empresa de pavimentación; Bolbochán, auditor de la Junta Nacional de Carnes; Juárez, empleado del Banco Provincia; Quinteros, miembro de un equipo de televisión; Rubinetti, alumno universitario. El ajedrez inflama en ellos la misma pasión candente de un coleccionista. Si tuvieran que vivir del ajedrez se convertirían, seguramente, en unos esqueléticos ayunadores.

Quizá ya las palabras no sirvan para nada. Los hechos las contradicen, porque, al fin, han perdido el antiguo valor de un documento. Cuando los encargados de manejar el ajedrez argentino depongan sus extraños personalismos, su vanidad, sus desacuerdos, sus luchas, sus pequeñísimas altanerías, entonces un equipo argentino podrá subir a un avión que no se transforme en un aula de la angustia. El talento y la pasión esperan ese mínimo respeto.

jueves 15 de octubre de 1970

NINO BENVENUTO

“Soy el mejor del mundo: además, soy muy popular; la gente me acosa pidiéndome autógrafos: cuando salgo a pasear por Roma, tardo como una hora en caminar dos cuadras porque la gente no me deja avanzar”. Nino Benvenuto no es amigo de las discreciones. Lo atacó el mal de todos los débiles, ese mal sin antídotos, cada vez más contagioso, penosamente pequeño, que, inevitablemente, padecen todos los enfermos de dos de las más tristes enfermedades: la de la soberbia y la del egoísmo. El espíritu no se apuntala en estridentes altiveces; se fortalece con silenciosos actos de humildad. Pero el mundo de la violencia rechaza toda posibilidad de armonía.

Y ese mundo turbulento, sin piedad, agresivo y tenso, concretamente, el mundo del boxeo, rodeó de seducciones a Nino Benvenuto. Y sucumbió a ellas. Se quiso a sí mismo lo suficiente como para pensar que nadie podía abatirlo. Nunca se hizo una pregunta. En él, todas fueron respuestas. Y fue un ídolo. Y como todo ídolo, quedó atrapado en esa ley no escrita, exaltadamente gritada de las muchedumbres: la de la distorsión. Y, al fin, Nino Benvenuto fue la víctima de mil miradas, de mil voces, de mil aplausos, de mil elogios, aunque, definitivamente, no haya sido nada más que la víctima de sí mismo.

El sábado 7 del actual, este triestino de treinta y dos años de edad, apolíneo, envolvente y narcisista, disipado amante de la noche, sucumbió ante un argentino de veintiocho años, retraído, metódico, apasionado lector de historietas: Carlos Monzón. El Palacio de los Deportes de Roma, donde una multitud trató de animar estruendosa e infructuosamente a su ídolo, enmudeció repentinamente. Ya ni una vez ni un aplauso arrancaba la imagen vencida, casi implorante, de Nino Benvenuto. Y el ídolo, ya inerme, se desplomó. Quedó hincado sobre la lona, boca abajo, destruido. Su mente no tenía ideas. Era un vacío total. Todos los recuerdos habían huido tan despiadadamente como las voces y los aplausos. Y Nino Benvenuto, el ídolo, ya era nada.

Cuando Nino Benvenuto era solo un nombre, luchó para ser algo más. Cuando lo fue, no supo seguir luchando para seguir siendo todavía más. Es el típico movimiento de los desagradecidos, de los que cuando no tienen nada darían todo para tener mucho, y que cuando lo tienen, no le devuelven absolutamente nada a lo que les dio todo. La gloria suele ser un desequilibrado personaje sin memoria. Carlos Monzón, frío, calculador, no se dejó impresionar por la fama de Nino Benvenuto. Se ajustó sin impaciencias, sin ardores, a un plan. Y remató su faena limpiamente, como si su mano derecha, la de matar, hubiese sido un estoque franco, sin emboscar, en el enrojado enardecer de un pase de muleta. La figura derruida de Nino Benvenuto era la dolorosa estampa de la desolación. Ya nadie lo rodeaba; solamente el revés. Es una historia vieja. Pero se repetirá siempre. Bastará con que, frente a frente, haya un altanero y un humilde, un hombre que se adora a si mismo y otro que practique la aleccionadora enseñanza de la sencillez. La noche, ese olvido, que al fin para lo único que sirve es para hacer recordar, no fue hecha, precisamente, para los vencedores.

12 de noviembre de 1970

CLAY Y BONAVERA

“La violencia está notoriamente reñida con la normalidad”, diría un avanzado discípulo de Perogrullo. Y otro alumno no menos evolucionado agregaría: “Cuando la violencia se desata, estalla una de las peores condiciones del hombre: el rencor. El boxeo, naturalmente, no es el mejor medio para construir un edénico reino de paz. Al fin, su primer mandamiento establece que dos hombres se embistan, se golpeen, se maltraten, se hieran e intenten concretar ese deseo que transporta a las multitudes a un extraño estado de efervescencia: el de derribarse mutuamente. El boxeo es así. Y seguirá siendo así mientras exista. Quien lo creó era, seguramente, un agresivo vocacional. Alguien dijo alguna vez muy ingenuamente: “Al boxeo hay que humanizarlo”. Y no se dio cuenta de que la única forma de humanizarlo era suprimirlo. Pero la muchedumbre necesita, de pronto, desatar sus escondidas represiones, liberar una carga abrumadora de monotonía, de resentimiento, de ansiedad, y entonces no encuentra nada mejor que desahogarse en el grito que provoca esa ley primaria del puñetazo. Y también entonces se produce la gran duda: la de no saber si costaría mas suprimir el boxeo o humanizar a la multitud.

Se supone que cuando se enfrentan dos boxeadores se enfrentan dos hombres. Esta sería otra de las sutiles deducciones de otro distinguido discípulo de Perogrullo. Y por ser, precisamente, dos hombres, tienen la obligación de respetarse, por lo menos, antes de iniciar su embestida, porque después, ya se sabe, en plena lucha, el respeto no es, precisamente, un artículo de primera necesidad. Sería asombroso, realmente, que alguien dijera: “Yo trataré de hacer lo imposible por ganar. Mi rival, sin duda, es un gran boxeador. Si pierdo, me quedará el orgullo de haber sido vencido por alguien que es mucho mejor que yo”. Esa muchedumbre deshumanizada se humanizaría y comenzaría a sentir por ese raro ejemplar una simpatía enternecedora. Pero está visto que todo esto pertenece solo al ilusorio país de la utopía.

Cassius Clay y Oscar Bonavena se toparon el lunes último en el Madison Square Garden, de Nueva York, en una de las peleas más conversadas de este año que ya muere. Ninguno de ellos asistió a la escuela de la humildad y, si asistieron, se la enseñaron tan mal que ninguno de ellos la aprendió. Ambos fueron protagonistas de un duelo verbal ofensivo, sin grandeza, impuro, prolijamente pequeño. Ninguno de ellos pensó que cientos de miles de personas estaban pendientes solo de su función específica de aporrearse. Las palabras debían dejar paso, necesariamente, a los puños. Curiosamente, parecieron ser infinitamente más hirientes que los propios golpes. No es preciso hablar del combate. Su análisis pertenece a los técnicos. Clay y Bonavena dieron, por cierto, una penosa lección de impertinencia.

Será mejor no pensar en que cada uno de esos hombres ganó por el descarnado hecho agravante de pegarse. Bonavena, según lo prometido, recibió 400.000 dólares, o sea la escalofriante suma de 160.000.000 de pesos de los viejos. Lejos o cerca del Madison Square Garden, a cientos de kilómetros, a pocos metros de ese estadio retumbante, en cualquier país del mundo, envueltos en silencio, magnetizados por la obsesión de saber siempre más, con sus ojos cercados por la fatiga, había en esa noche del lunes último, miles de hombres que estudiaban, que no hablaban, que no ofendían, que no habían boxeado nunca, ignorados de las muchedumbre, y que, sin estruendos, dictaban una anónima lección de pobreza y de sabiduría. Pero todos ellos eran inmensamente más ricos que Clay y Bonavena.

10 de diciembre de 1970

ALBERTO DEMIDDI

Podía no ser una hazaña. Y podía no serlo porque ya lo había conseguido casi todo. Alberto Demiddi se fue, sin embargo, a buscar algo que le faltaba: el Diamond Challenge School. Se fue como se fue siempre: silenciosamente, sin palabras, sin promesas. No levantaba la voz, hablaba muy poco, porque sabía que, generalmente, el que más habla no siempre tiene razón. O no la tiene nunca. Ya era campeón sudamericano, panamericano y europeo. Y el domingo 6 de septiembre de 1970 concretaba su aspiración suprema: la de consagrarse campeón mundial del par de remos cortos. En St. Catherines, Canadá, la multitud que presenció su triunfo sabía poco de él.

Alberto Demiddi era un obstinado obrero del remo. Solo, recortando su figura maciza en el Paraná, iba como grabándose en cada remada esa idea que se perdía en la rizada inmensidad del río: la de ser el mejor de todos. Su dueño tenía la implacabilidad del empecinamiento. No lo impulsaban apetencias materiales. El remo, al fin, puede elaborar astros, pero no fabrica millonarios. A Alberto Demiddi eso le importaba poco o nada. Y era feliz porque había hallado la vital receta del júbilo: la de hacer lo que quería y querer lo que hacía.

“Quiero vencer en Henley”, alcanzó a decir al irse. Ya no era un deseo; era una imposición. En esa meca del remo, plena de vejez y de tradiciones, Alberto Demiddi triunfó el sábado último ante 30.000 espectadores que se asombraron de su aptitud y de su fortaleza. Demolió en la final a un presuntuoso: el norteamericano Jim Dietz, ex campeón mundial juvenil. Dietz quizá ignorase un sabio proverbio: “De lo único que no te arrepentirás en tu vida es de no haber hablado”. Pero Dietz habló. Y cuando triunfó en una de las semifinales, dijo engalladamente: “El próximo eres tú, Demiddi”. Si hubiese tenido sentido del pudor, al llegar a la meta, ya vencido, se habría visto inundado de una enrojecida y quemante ola de vergüenza. Pero, acaso, tampoco supiese que los triunfos no se consiguen nunca con palabras.

Alberto Demiddi dijo alguna vez: “Yo no soy humilde. Es difícil serlo cuando lo que uno se propone es ser el mejor del mundo”. Era así, era así. No es un simulador. Por lo tanto, dijo lo que sentía. Otros, en cambio, nunca dicen lo que sienten. Y muchos otros ni siquiera sienten nada. Su patrimonio no es, precisamente, la pasión. Pasan por la vida como larvas. Pero los hay peores: los que dicen haber hecho mucho sin haber hecho absolutamente nada.

Pero regresemos a Henley. Lo de Alberto Demiddi fue una confirmación. No era, concretamente, un principiante obteniendo una victoria ayudado por la casualidad. El no es un azar. Es, definitivamente, un conmovedor ejemplo de tenacidad. Algunos, ya en la cumbre, seducidos por aplausos, por sonrisas, por esa infinita gama de halagos que despierta el ídolo, se ablandan, se entregan dócilmente al ocio, como si un título fuese un salvoconducto imperecedero hacia la gloria. Su vanidad los demuele: Son los ídolos fofos, con los pies basta para hacer de ellos un puñado de arena, un uñado de agua. Nada.

Alberto Demiddi es otra cosa. Volverá al país y seguirá siendo el mismo de siempre. Y el Paraná, tal vez nostálgico por su ausencia, volverá a reclamarlo. Y él no se resistirá a su llamado. Remará todas las mañanas, todas las tardes, con la única compañía de su bote y de sus remos. Seguirá haciendo lo suyo obstinadamente, ardorosamente, como lo hacen todos los triunfadores que no son un destello eneguedor hoy y una sombra triste mañana. Y eso sí es una proeza.

8 de julio de 1971

IGLESIAS, EL NADADOR

Su voz es suave, sin exaltaciones, no cree haber hecho nada excepcional; si tuviese que definirse a sí mismo no podría conseguirlo, porque ha alcanzado ese difícilísimo equilibrio que palpita maravillosamente equidistante entre la soberbia y la humildad. Se deprime como todos o como muchos, porque, al fin, no ha perdido la capacidad de sentir y de vivir lo que lo rodea con intensidad, a veces con rubor y otras con rabia: Quizá no haya una maldición más dramática que amar las cosas y admitir la tremenda impotencia de luchar por ellas inútilmente. Hay que tener una fe gigantesca para seguir combatiendo por lo que uno cree y que otros van destruyendo prolijamente, sin emociones, como una insensible máquina que solo produce descreimientos.

Un día, como tantos otros, se fue del país detrás de su fervor: la natación. Horacio Bernardo Guillermo Iglesias, 30 años, casado, sin hijos, ingeniero electromecánico, ya había hecho algo: conquistar el campeonato mundial de natación profesional de larga distancia en 1967 y 1969. En Ezeiza, según propia confesión, lo despidieron sus parientes y tres o cuatro amigos. Al regresar, ya dueño del título de 1971, nada cambió: lo recibieron sus parientes y tres o cuatro amigos. Era un triunfador. Sus virtudes eran la de no hablar, la de no creerse un ídolo, la de no hacer nada más que lo que le gustaba, la de no buscar lo que buscan casi todos: ese pulpo tentacular, seductor y vanidoso de la publicidad. No fue a la redacción de ningún diario. Lo buscaron. Y habló sin alardes, con su palabra moderada, casi tímida.

Nada todos los días; a veces hasta cuatro horas. Se levanta a las 6:30 y, a las 8 ya está en la pileta de Gimnasia y Esgrima tratando de conservar su físico armonioso.”¿Cómo me veo como nadador? Como un tipo sin condiciones: trato de contrarrestarlas con mi obstinado entrenamiento. No tengo flotabilidad. Hago la plancha y me hundo”. Desde 1965, a los 23 años de edad, ya como profesional, está en la dura batalla de

vencer a ríos hostiles, de aguas tan frías que llevan al borde del desvanecimiento. Este año, en cuatro pruebas reconquistó el título mundial. Y se sintió igual a siempre: ni mejor ni peor; simplemente como un hombre que había vencido a aguas empecinadamente adversas con esas magias ante las cuales todo es irresistible, todo es superable: trabajo y fe.

“Si, me deprimó con frecuencia”, desliza con su voz sin matices. “Cuando estoy afuera, porque quisiera estar en mi casa y cuando estoy en mi casa porque veo que las cosas siempre están estancadas. Necesitamos tener un objetivo. Tratar de hacer algo bien es absolutamente normal, pero a veces, frecuentemente, parecía ser trágicamente anormal.” Iglesias quiere todo lo que hace. Tiene el fermento del vencedor, ya sea en la vida, ya sea en el río. En medio del agua no hay tribunas, no hay estallidos, no hay aplausos. Pero allí están los hombres que no persiguen nada, que no trepan por el resbaladizo trampolín de la fama, por ese trampolín que hoy los proyecta hacia las alturas y que mañana los desploma hacia el abismo. Iglesias no tiene vocación de ídolo: solo la obligación de intentar hacer bien lo que hace. Ahora, ya casi podría ser una anormalidad. Es únicamente un conmovedor ejemplo de voluntad. Sin poses, sin gestos disonantes, con la exacta dimensión de un hombre transparente, auténtico.

16 de septiembre de 1971

EL BARÓN DE COUBERTIN

Hay una ambición que persiguen todos o casi todos: el triunfo. Hay quienes luchan honestamente por obtenerlo. Son, desdichadamente, los menos. Un día, hace mucho tiempo, un anciano apacible, con una asombrosa capacidad de ternura, lírico, generoso, humanamente irreprochable, pensó que los hombres podrían seguir entendiéndose sin rencores, sin odios, desinteresadamente, en los campos deportivos. Sostenía que la lucha, aunque se perdiese en ella, era la única capaz de dar temple, entereza, valor, dignidad. Pero se olvidaba de algo que estaba reñido con el ideal que él perseguía: la codicia. El hombre, al fin, es una de las máquinas más perfectamente imperfectas que se conocen. Respira. Por eso vive. Piensa. Por eso siente. Apetece. Por eso se desvía.

Ese anciano plácido se llamaba Pierre de Fredi, Barón de Coubertin. Murió en Ginebra el 2 de septiembre de 1937. Tenía 74 años. Había creado el ideal olímpico, sintetizado en una frase ahora candorosa y que, seguramente arrancará cínicas sonrisas de descreimiento: “Lo importante en la vida no es la victoria, sino la lucha. Lo importante no es haber triunfado, sino haber luchado bien”. Ese era su ideal. Las sombras le arrebataron su lirismo. Quizá se resistía a pensar en la ecuación del desencanto: lo ideal es lo perfecto y lo perfecto no existe. Pero luchó hasta el último minuto de su vida para seguir creyendo en lo que otros se encargaron de destrozar impunemente, sin miseria.

Los juegos Olímpicos, esa cita universal en la que todos aspiran a vencer antes que a luchar, no responden ya a la sublimada inspiración de Pierre de Fredi, Barón de Coubertin. Hace poco, en España, un país que, razonablemente, no puede alentar desmesuradas ansias de victoria, un escándalo sacudió al mundo deportivo. La Federación Española de Atletismo, contagiada de otros malos ejemplos, pidió a los atletas de categoría internacional qué suma desearían cobrar mensualmente durante la preparación preolímpica para “sus distracciones y sus gastos personales”. Y les preguntaba, además, “si preferían que los records nacionales fuesen recompensados con premios en metálico”.

Ya se sabe que uno de los signos magnetizados de la época es el dinero. Es la más gigantesca fábrica de defraudaciones. Pero los Juegos Olímpicos no pueden ni deben estar maquillados con la peor de las máscaras: la de la falsificación. Hace ya mucho tiempo que dejaron de ofrecer al mundo el más conmovedor de los ejemplos: el de la lucha por la lucha misma. Ya nadie lo duda. España acaba de confirmarlo. Pero no es la única. No es, desde luego, una disculpa, porque entonces se llegaría a la más pequeña de las pequeñeces: la de justificar un error con otro error. El rostro bondadoso de Pierre de Fredi parece sonreír piadosamente desde la eternidad.

23 de diciembre de 1971

CABALLERO DEL MAR

Habla poco. No es propenso a la exuberancia. Su vida está signada por la discreción. Vive intensamente hacia adentro, sintiendo, vibrando, padeciendo o en silencio, porque le molesta todo lo que sea exhibicionismo, ese rechinante mecanismo al que apelan quienes sufren el inmenso miedo de no ser vistos, reconocidos, escuchados y aplaudidos. Tiene una paciencia infinita. Alto, delgado, canoso, de ojos claros, con su frente sembrada de estrías, de ademanes lentos, de voz pausada, Germán Frers, casi una leyenda, casi una epopeya, sigue huyendo hacia el río, hacia el mar, porque allí, en sus grandes calmas, en sus grandes tumultos, el hombre no se puede mostrar sino como es. No hay allí ninguna posibilidad de ficción. Todo es claro, sin zigzagueos, desnudamente directo, como para intentar actitudes cínicas disfrazadas de pureza.

A los 73 años de edad, erguido, armonioso, lúcido, Germán Frers es una sorprendente lección de vida. Ya en tierra se siente de otro modo. La rutina, esa aplastante calcomanía, lo vuelve a impulsar hacia el río, hacia el mar, hacia su gigantesca soledad sin simulaciones. ¿La rutina o sus emboscadas? Comenzó a navegar a los diecisiete años. Desde entonces desgranó más de cien mil millas. Tiene cientos de trofeos. No sabe precisamente cuántos son, porque “el triunfo es lo que menos importa. Importa la lucha, el reverente respeto que despierta el mar. Allí me olvidé de todo. Se siente una paz que, a veces, hasta parece un éxtasis. En el mar es imposible mentir. Se vive un mundo muy primitivo, descarnado, y no se puede esconder ninguna debilidad”.

Germán Frers es ya demasiado conocido como para pretender descubrirlo. Encorvado sobre un tablero de estudio, trazando líneas, ajustando medidas, sigue alumbrando las perfiladas criaturas de su fervor, esas que lo convierten en tierra en un estático viajero de la imaginación. Hizo ya más de seiscientos diseños. Sus dibujos son famosos, tanto que su inspiración ya llegó, en obras concretas, a Brasil y Estados Unidos.

Próximamente se extenderán también a Inglaterra. Germán Frers es un afortunado: hace lo que siente, lo que le gusta y lo que quiere. Fuera de las competencias, es un asiduo habitante del Río de la Plata. Allí, inicia su habitual huida hacia una inmensidad que le hace pensar en nada. Es el bastonero de un clan con un asombroso signo común: el del acuerdo. Sus hijos Germán, 31; José Alberto, 30; y Roberto Patricio, 26, heredaron la artesanía del padre. El tablero de Germán Frers seguirá proyectándose hacia el embrujo del mar.

El 29 de mayo último, Germán Frers partió en avión a Estados Unidos. Intervino, con su Fjord VI, en Newport-Bermuda, en la que llegó segundo en su clase, y poco después participó en la Bermuda-Bayona, en la que también logró el segundo puesto en su clase entre una flota de cincuenta y dos embarcaciones, en la que figuraban los mejores timoneles del mundo. Desde España emprendió el regreso a Buenos Aires en el Fjord IV. En Brasil tuvo una actuación descollante. Pero eso es, precisamente, lo que menos le importa. Germán Frers es un verdadero hombre de mar. Le es incondicionalmente fiel. Llegó a la Dársena Norte, el 23 de diciembre último, después de navegar 11.000 millas. Parecía como si hubiese vuelto de una corta salida al río. Fue el de siempre. Habló como de costumbre: parcamente. No tuvo un gesto de más. Antes que nada, seguía respetando reverencialmente al mar, su gran enemigo, su gran amigo.

Por la noches, en su casa de Martínez, rodeado de paz, pensativo y silencioso, envuelto de nostalgias, escucha suavemente a Bach –“Mi amor máximo”–, sin olvidarse en ningún momento de sus otros amores supremos: el río y el mar.

11 de enero de 1973

DOMINGO SIN FÚTBOL

La tarde del domingo se deslizó silenciosa, insólitamente. En muchos sitios el imperio del grito, de la exaltación, ya no gobernaba. Era un extraño poder ausente, inaudible, intocable e invisible. Y en esa tarde triste, sin ruidos, gris, sin emociones, un puñado, de hombres no quiso seguir resignándose estoicamente a lo que se había resignado hasta entonces: soportar injurias, amenazas, agresiones, todo lo que, por supuesto, no puede hacer infinitamente dichosos a esos hombres ni a ningún otro hombre, a menos que se padezca de una enfermiza vocación de masoquista.

Esos hombres no eran sabios. Tenían que aspirar sólo a ser ecuánimes. Pero eran hombres, esa maquinaria espiritualmente imperfecta, palpitante de dudas, de vacilaciones, de inquietudes, de debilidades y, además, del peor de los miedos: el de equivocarse. Eran, son, árbitros de fútbol. Les pagaban, les pagan, para no cometer errores. Pero ninguno de esos árbitros podía tener la tiesa frialdad infalible de una computadora. No es ésta la defensa del desacierto. Es solo una aspiración puramente humana: la de ubicar a esos hombres en su condición de hombres. Los robots no son de carne y hueso. Y a veces se descomponen y también se equivocan.

Un árbitro de fútbol juzga. Es, pues, un juez. Debe dictar, en consecuencia, equilibrio, armonía, justicia. Pero algunas veces no emite sus fallos meditando, envuelto de silencio, de tranquilidad. Ya se sabe que una cancha de fútbol no puede ser el templo de la mudez. Pero tampoco debe ser necesariamente, un campo de batalla. Acosado, denostado, con un fondo erizado de gestos fanatizados, ese árbitro debe pensar rápidamente, con la misma rapidez, con que se produce la acción castigable. Ese es su oficio. De acuerdo. Pero las amenazas nunca fueron las mejores productoras de aciertos. Entonces, la lucidez se empeña cuando debiera seguir siendo ejemplarmente cristalina.

Una huelga o un paro no es, precisamente, una demostración de alegría. Es, ya se sabe, el recurso extremo, y a veces heroico, al que apelan los descontentos. El domingo último fue un domingo sin fútbol. Los árbitros resolvieron no actuar. Fue una medida adoptada con una única intención: la de repudiar la irreflexión que seguía agrediendo a los árbitros. Para que actuaran, se les dieron toda clase de garantías. Sin embargo, no cedieron. La pregunta es imprescindible: ¿Porqué esas garantías no se las dieron mucho antes? La tarde del domingo se deslizó sin fútbol. Alguien pensó que podía ser un drama nacional. No lo fue. En todo caso, para muchos habrá sido un domingo absurdamente vacío, una tarde sin pasiones, interminablemente insoportable, sin apuros, desafortunada, sin nada.

Cuando ese ser que protesta a veces con razón y otras sin ella; cuando ese ser intolerante, agresivo, al que una pasión le robó la reflexión, comprenda que el fútbol es un entretenimiento para resucitar sin exaltaciones sus dominicales horas muertas; cuando ese ser piense que, además de juzgar, podría ser juzgado y que admita que no hay nadie capaz de no equivocarse, y que, definitivamente, esté convencido de que solo la paz puede gestar decisiones serenas, entonces, únicamente entonces, un árbitro de fútbol podrá ir a una cancha sin pensar que parte para la guerra. Que esa tarde del domingo último, triste, interminable, con los estadios fantasmalmente desiertos, no se repita. No habrá que olvidarse nunca de que el fútbol son noventa minutos de un espectáculo sin reminiscencias imperdonables de remotos circos sangrientos.

21 de junio de 1973

EMIL ZATOPEK

El suyo fue, paradójicamente, un ocaso brillante: cuando se retiró, en marzo de 1958, poseía aún los records mundiales de las 10 y 15 millas de la hora, de la hora y de los 20.000 y 25.000 metros. Era “un dios del estadio”, uno de esos monstruos deificados por una idolatría, por un delirio cuyo estruendo se rompe de pronto en un silencio profundo y se transforma poco a poco en una nostalgia de sombras melancólicas, ajadas, envejecidas.

Emil Zatopek, uno de los más grandes atletas de todos los tiempos acaba de renacer fugazmente de su crepúsculo. Ahora, casi a los 51 años de edad, sus ojos apagados, tristes; su sonrisa bondadosa, su humildad, se enfrentan todos los días, inútilmente, con una monotonía sin aplausos, sin gloria, con un ruido menos seductor que el de una voz gritando sus triunfos: el de un equipo de perforación que trata de encontrar cursos subterráneos de agua en Karlovy Vary, a 160 kilómetros de Praga. Tuvo la osada ocurrencia de no pensar como muchos. Su idea no morirá. El pensamiento es, al fin, más poderoso que la fuerza. Emil Zatopek está castigado desde 1968. No se le perdonó a este altivo checoslovaco su desacuerdo con la invasión soviética, ésa que frustró “la primavera de Praga”.

Emil Zatopek agotó casi todos los elogios, casi todos los adjetivos. En el mundo existirán siempre los cazadores de presuntas singularidades. Se lo definió como “El hombre del cronómetro adelantado”, “El checo que anda al filo de la utopía”, “La locomotora humana”. Nació el 19 de septiembre de 1922 en Korpivince, ciudad de Moravia. Corrió su primera prueba a los 19 años de edad. Paulatinamente, su figura moderada –media 1,74 m. y pesaba 67 kilos– fue creciendo atléticamente, hasta alcanzar la monolítica dimensión de un símbolo. En los Juegos Olímpicos de Londres en 1948, triunfó en los 10.000 metros y alcanzó la cumbre en los Juegos Olímpicos de Helsinki, en 1952, al concretar una proeza: la de ganar los 5000 y 10.000 metros y la maratón. Su estilo

era la negación del clasicismo. Corría desgarbadamente, con los brazos pegados a su pecho; daba la sensación de sufrir a cada paso; avanzaba sin plasticidad, sin belleza, y parecía que en cualquier momento podía desarmarse, dejando sus brazos y sus piernas desparramados en la pista. A los 32 años de edad, tras asombrar al universo atlético, anunció su retiro. No podía suponer entonces que quince años después, un periodista, al entrevistarlo, lo arrancaría transitoriamente de su ostracismo.

Un día le preguntaron qué hacía y cómo lo hacía para correr tanto sin cansarse y vencer tan fácilmente. “Todo –contestó– es una cuestión de seriedad, de pasión, de voluntad, de método, de responsabilidad. Hago una vida ordenada; no fumo ni bebo, no trasnocho, tomo mi entrenamiento con alegría, me distraigo mientras corro, trato de superarme siempre, y nunca dejo de pensar que alguien me puede ganar en cualquier momento. ¿La popularidad? Más bien me molesta. Yo no corro para que me aplaudan, sino porque me gusta”. Eran las declaraciones imprevistas de un triunfador. Emil Zatopek sabía que la fama, inevitablemente, seguía el mismo movimiento de la vida: nacer, crecer, morir.

Ahora, cerca de los 52 años de edad, junto a su mujer, Dana Ingrova, campeona checoslovaca de jabalina en 1949, Emil Zatopek, según una entrevista, atiende los reiterados llamados de su capataz: “Emil, ve a buscarme la cerveza, que la traerás más rápido”. Emil y Dana se miran silenciosamente. Y ninguno de los dos entiende. O los dos entienden demasiado.

13 de septiembre de 1973

LOS DOS ÍDOLOS

Seguían siendo lo que habían sido: dos ídolos. La multitud no los olvidaba. Tal vez, hubiesen nacido con el toque inmemorial de la leyenda. Pero, en todo caso, la leyenda la habían construido ellos dos a fuerza de sacrificios, de arrojo, de habilidad, de ímpetu, de ese fermento mágico que atrapa, seduce y vence a las muchedumbres: magnetismo. Los dos seguían siendo iguales y, a la vez, diferentes; Juan Manuel Fangio, reposado, reflexivo, pensando siempre las respuestas; Oscar Alfredo Gálvez, aluvional, gesticulante, como si de sus manos brotase una cascada de voces.

Íntimamente, nada en ellos había cambiado. Sólo el tiempo dibujaba en los dos los estriados signos de lo inevitable. Otoñales los dos –62 años Fangio, 60 Gálvez–, se encontraron el domingo último en el Autódromo Municipal. Y frente a ellos, como si se desplegara una película ya gastada, pasaron rectas y curvas al compás de un ruido que para ellos sólo era una armonía. Corrieron los dos. El aire se inflamó de recuerdos. Y ganó Oscar Alfredo Gálvez. Por muy poco, casi por nada.

En el autódromo, aquel domingo había muchas caras nuevas. Estaban viviendo otra época. Fangio y Gálvez revivían, en cambio la suya. La época de manos engrasadas, de buzos aceitados, de tensas vigiliadas haciendo girar un tornillo, enroscando una tuerca. Una época sin un mordiente profesionalismo, en la que el piloto no era, precisamente, un espectador implacablemente limpio en la desprolijidad de talleres estruendosos.

Los dos se retiraron a tiempo. Ninguno de ellos despertó la piedad que provocan los ídolos caídos. Los dos se entregaron a lo suyo apasionadamente y en los dos ardió la llama del genio. Ese domingo, esas caras nuevas comprendieron por que tantas manos viejas seguían aplaudiendo a esos dos hombres.

8 de noviembre de 1973

REUTEMANN

La frase, por muy disparatada que parezca, posee una lógica tan pura que es pura lógica: "Yo sólo estoy seguro de ganar una carrera cuando llego primero". Nadie se acuerda de cuando la dijo por primera vez y nadie sabe quién fue su creador. Debía ser un gran desconfiado o un incondicional amante de las precisiones. El domingo último, esa frase acudió a los labios de una muchedumbre que hacía muchos años no vibraba como entonces en el mismo escenario. El Autódromo Municipal, con una multitud en puntas de pie, ofreció ese día dos rostros sideralmente opuestos: el de la ilusión y el de la congoja. Una esperanza abruptamente rota segó esos pies y esa multitud se desplomó como un biombo de papel ultimado por un vendaval.

Carlos Alberto Reutemann, un hombre metódico, reposado, dueño de un extraño equilibrio dentro de un osado mundo propenso al desequilibrio, reconcentrado, sin ampulósidades, enemigo de la excentricidad, sin dejar nada librado al azar, padeció ese domingo el desencanto tal vez más agudo de su campaña automovilística. Cuando costaba mucho más perder que ganar, Carlos Alberto Reutemann vio astillarse un esfuerzo impulsado por el casi seguro signo del triunfo si no hubiese sido por la lógica pura del olvidado creador de aquella viejísima frase aún recordada.

Nunca como en ese domingo, Reutemann se sintió tan seguro de sí mismo. Atacó apenas iniciada la prueba, se despojó de toda especulación y gallardamente, con decisión, orgullosamente, con fe, gobernó el lote de los elegidos de la urgencia, lo mejor del mundo de la Fórmula 1. Pareció un Reutemann distinto, decidido, impetuoso, sin concesiones, obsesionado sólo por una idea: la de la victoria. Se le escapó el éxito como un puñado de arena de entre sus manos. Paradójicamente, no ganando, tampoco perdió. No fue un vencedor moral, como dijo alguien, porque, al fin, esos títulos no existen, ni tampoco un triunfador mate-

rial, como agregó ese alguien en el colmo de su exaltación. Pero no fue, concretamente, un abatido. Lo suyo, achacable a un infortunio o a un descuido, fue realmente alentador, por no decir casi consagradorio. Lo vio casi todo el país. No vale la pena repetirlo.

Carlos Alberto Reutemann ya sabe que puede luchar sin desventajas con ese mundo multicolor, dislocado, temerario, un poco demencial, otro poco desajustado de la velocidad. Habrá quienes todavía sigan discutiéndolo. Pero Carlos Alberto Reutemann ya sabe que puede combatir y ganar, aun cuando arrastre tras sí, para su desventaja, un recuerdo que aplasta a todos: el de Juan Manuel Fangio. Las comparaciones ya no sirven porque ese recuerdo puede mantenerlo aún vivo sólo un diabólico maestro del vértigo. Carlos Alberto Reutemann sabe ya muchas cosas que no sabía.

17 de enero de 1974

LUTO EN VÉLEZ SARFIELD

Era de los que hacían mucho y no decían nada. Había nacido bajo los signos del silencio y de la sencillez. Detrás de su rostro severo, duro, casi inexpresivo, se escondía un hombre honesto, sensible, obstinado, incansablemente luchador. Murió el 14 de mayo de 1969. Vélez Sarsfield, su barrio, lo lloró acongojadamente, porque se iba un hombre que había vivido en una permanente actitud de entrega, bondadosa, humildemente, haciendo todo lo suyo con discreción, sin ruidosas difusiones, como todos los actos con grandeza, José Amalfitani murió a los 75 años. Toda su vida fue un ardiente combate. Lo enfrentó con armas que nunca podrán ser vencidas: dignidad, fe, honradez, sacrificio y entereza. Dejó una obra, dejó un ejemplo. Impulsó a Vélez Sarsfield como nadie. Sabía que una mole de cemento era infinitamente más perdurable que un astro de papel. No fue a buscar éxitos para conquistar multitudes. No ignoraba, además, que los hombres eran fugaces. No compró estrellas deslumbrantes. Prefirió la austeridad. Poco antes de morir, encorvado, con sus oscuros ojos aún iluminados por una ilusión, cuidadoso, con una sonrisa casi desdibujada, apenas alegre, caminando por ese club que él enalteció, se lo veía apagar las últimas luces, como un prudente dueño de casa, insobornable celador de su economía. Al morir, este diario dijo, entre otras cosas: "Así fue como en una época de dirigentes con alma de publicistas, donde suele importar más un eventual éxito deportivo que el patrimonio de una entidad, surgió como un extraño personaje, que no olvidó que lo primordial de su tarea era dirigir".

Dirigió durante más de 54 años, la mitad de ellos como presidente del Club Vélez Sarsfield. Ahora, a poco menos de cinco años de su muerte, este anciano venerable, que no nació con un anónimo destino de sombra, podrá encender con una sonrisa su rostro severo, duro, casi inexpresivo. Su club, al que le entregó todos sus apasionados empeños, acaba de cerrar su último ejercicio con un superávit de 1.966.843,04.

Su presidente, José R. Feijóo, lo anunció en la asamblea, de representantes, en la que flotaba el símbolo aleccionador hecho ya leyenda de José Amalfitani, con unas de cuyas palabras aquel clausuró la reunión:” Hagamos un club duro para que se rompan los dientes los que lo quieran destruir”. En momentos en que otros clubes padecen escaseces franciscanas, en que otros dan más de lo que pueden a quienes piden más de lo que merecen, Vélez Sarsfield continúa la política que lo llevó a ser uno de los clubes más sólidos si no el más poderoso de todos. La figura tutelar de José Amalfitani, ese hombre que rara vez conoció el reposo y que siempre se entregó a la lucha sin medir días ni horas, sigue siendo aún un recuerdo emocionado en ese barrio que lo lloró tan sinceramente.

11 de abril de 1974

LOS LUCCHETTI

Esta podría ser una historia ejemplar. Lo es. Nació hace ya mucho tiempo, bastante antes de 1900, cuando José Lucchetti, un italiano apasionado, fundó aquí, en el país, lo que sin exageraciones, podría denominarse la artesanal dinastía acerada de las armas. Murió en 1952, a los 82 años de edad, convertido en ciudadano argentino, tras agradecerle siempre a su tierra de adopción, con una fidelidad inalterable, todo lo que esa tierra le había dado. Quiso devolvérselo y se lo devolvió. Ahora a 24 años de su desaparición, uno de sus bisnietos, Sergio Alejandro Lucchetti (18 años), acaba de conquistar el campeonato argentino de espada. Toda historia es, elementalmente, una sucesión de hechos. Indiscutible. Y es, también, una acumulación de fechas, de nombres, de pasiones. Necesita, pues, un orden para que esa historia no se despoje de su palpitante tránsito cronológico. Lo tendrá. Lo tiene.

José Lucchetti transmitió su arte a cuatro hijos: Alberto (75 años), Luis (72), Héctor (70) y Eugenio (muerto en 1971, a los 63 años). Todos ellos fueron figuras sobresalientes de la esgrima.. Alberto, sin embargo, descolló entre los cuatro. Fue, sin duda, el personaje cumbre. Alberto trasladó a dos de sus hijos ese heredado amor, casi obsesivo por el tenso vértigo: Guillermo María (48) y Francisco José (41). Ambos obtuvieron numerosos títulos y triunfos. Inevitablemente prisioneros de la despótica comprensión del espacio, habrá que eludir ciertas precisiones. Serían capaces de engendrar un libro exuberante. Guillermo María tiene cinco hijos: Guillermo César (20), Marcos Flavio (17), Hernán Máximo (15), Lucio Alberto (13) y Mariano Facundo (11). Todos prolongan esta curiosísima tradición esgrimística, como si fuese “una incurable epidemia familiar”, según palabras de Francisco José, quien le contagió a sus tres hijos: Sergio Alejandro (18), Diego Pablo (16) y Gustavo Francisco (11). Desde aquel José Lucchetti precursor de una dinastía deportiva única en el mundo han transcurrido muchos años, pero está visto que el tiempo, ese tenaz elaborador de olvidos, no fue capaz de ejercer su obra desvanecedora. Extrañamente, la afirmó, tal vez porque en este interminable

clan Lucchetti siga ardiendo algo que, con frecuencia, se apaga tan rápidamente como se enciende: pasión.

Sergio Alejandro Lucchetti es el actor principal o, en todo caso, reciente de esta historia insólita. A los 18 años de edad, repitiendo un registro hasta entonces único —el de Mario Debre, campeón argentino de espada en 1975, a la misma edad—, obtuvo hace pocos días ese título en igual horma. Tímido, sin exaltaciones, sintetizó su triunfo: "Sentí una gran alegría. Siempre tengo un poco de miedo. No sé si será la responsabilidad. Pero desaparece al primer golpe. Estaba muy contento y nada más. No me lo perdonaría nunca si me creyese un superhombre. Quiero disfrutar de la esgrima, estar junto a mis amigos. ¿Mi mayor deseo? Representar a la Argentina en un torneo importante". Sergio Alejandro Lucchetti reparte sus días entre la preparación para el ingreso a la Facultad de Ingeniería y su entrenamiento. Cotidiana, puntualmente, practica tres horas. Y además, la única retribución que recibe es sólo espiritual: la de oficiar ese reverencial rito familiar inaugurado por José Lucchetti, su bisabuelo.

En otro sitio, un sitio cuya estabilidad zigzaguea y se astilla en un rostro ácido, en un grito cruel, un futbolista que debía mucho a su oficio, un integrante insaciable del plantel de River Plate, dijo el domingo último, antes del partido con Racing: "Ya casi arreglamos: la base del acuerdo es del 50 por ciento neto de las recaudaciones de los partidos por la copa" (la Libertadores de América). Uno es un deporte: la esgrima. El otro, un espectáculo: el fútbol. Dos cosas distintas. Todo era, además, diferente: la escena y sus actores. La voz tímida de Sergio Alejandro Lucchetti seguía como envuelta en una extraña pureza. De la eternidad de José Lucchetti el precursor pareció brotar, a impulsos de la imaginación, a través de ese bisnieto respetuoso de un culto tan rígido como la hoja de su espada, una sonrisa tierna. Era solo un conmovedor simbolismo inmaterial: el de la gratitud.

La de los Lucchetti podría parecer casi una leyenda. No lo es. Es una historia verdadera que, acaso, pudiera ser hasta un poco ingenua en ésta época sin candor. Lástima que no haya muchas más historias como ésta. De haberlas, el deporte seguiría siendo lo que no debió dejar de ser nunca: honesta, limpiamente, deporte.

10 de junio de 1976

¡BOCA CAMPEÓN!

La ciudad resonó. Miles de voces se adueñaron de ella. El fervor se derramó por sus calles en la tarde apacible y gris del domingo último. Fue una invasión de gritos, de gestos, de sonrisas y de cánticos. Ninguna estadística habría sido capaz de ese estallido que se consumaba con el impulso alegre de una ebriedad inofensiva. Los números no pueden aprisionar un sentimiento. Son demasiado fríos para los ardores. No coinciden con ellos y los rechazan. Las cifras se encargarían de elaborar una historia serena, minuciosa y veraz. Pero esa sería otra historia, algo que importaría después, con el tiempo, cuando ya no hubiese tantas urgencias para el estruendo o cuando todo fuese sólo un recuerdo. Y en esa tarde se vivía un momento. No había pasado ni futuro. El ahora se apoderó de esa muchedumbre envolvente y desbordante. Ya no importaba otro grito que el de un nombre y otro orgullo que el de un título: “Boca campeón”.

En la hora del triunfo, los que pierden suelen apelar a un mecanismo disminuido: justificar el fracaso propio y empequeñecer el éxito ajeno. Son los vencidos poco dignos. Boca Juniors no constituyó un equipo deslumbrante, pero tuvo lo que a muchos les faltó, ese algo muy viejo, a veces olvidado y que no puede ser incluido en la precisión supuestamente infalible de un diagrama: empuje y fe. Futbolísticamente, quizá no haya dudas de elección entre un inteligente pasivo y un discreto activo. Cuando se es capaz y la capacidad no se ejercita, ocultándola como una avaricia, se extiende una mortificante adhesión al egoísmo. Boca Juniors luchó con empeño, tesoneramente, cuando otros, más habilidosos, por momentos brillantes, se limitaban a ser abúlicos espectadores de sus posibilidades desvanecidas. Merecían perder porque no sabían ganar. “Tuvo suerte”, dijeron muchos. Eran los que pretendían atribuirle la victoria al azar. En el fútbol, es cierto, hay una cuota de imprevistos, pero, aun cuando el azar sea la ingobernable emboscada de lo inesperado, no

se debe adjudicar a la suerte un papel protagónico exclusivo. El fútbol no es un juego de dados. Hay sorpresas, pero se impone un conjunto de factores reñido con la casualidad, esa deidad inconstante y resbaladiza.

Juan Carlos Lorenzo, director técnico de Boca Juniors, no dejó dudas en sus declaraciones: “Yo sé que muchos prefieren el juego estilizado, de toque. Pero para eso se necesitan fenómenos y no siempre se tienen. Entonces hay que adaptarse al fútbol fuerza. Boca lo consiguió. Formó un equipo de hombres y ganó el campeonato”. Mientras en las luchas Boca Juniors volcaba su empuje y su fe, algunos otros, más sutiles, por momentos excepcionales, perdían un tiempo irrecuperable pidiendo más de lo que, lógicamente, merecían, y disgustándose porque tardaban en dárselo o no se lo daban. Nada se puede hacer bien si lo que se hace no se siente. Los grandes impulsos están dictados por las grandes pasiones. El disgusto de responder a una obligación nunca produjo actos ni obras perdurables. El éxito está unido inseparablemente a algo muy simple: el deseo tenaz de obtenerlo. Es ya el cincuenta por ciento de la victoria. La madrugada sorprendió a los que habían sembrado de una ruidosa gratitud la tarde plomiza del domingo último. Ya era lunes. La ciudad regresaba a su calma. Muchos demorados, sin embargo, despertaban sin casi haber dormido. Sus voces eran ya afónicas, pero sus ojos aún brillaban. Antes, hace un año, el estrépito le había pertenecido a River Plate. Las calles habían resonado como ahora. Nadie nada más que ellos, sólo esos dos colores opuestos irreconciliables, podía provocar ese alud de exaltaciones, esa actitud báquica y, paradójicamente, sin efluvios entorpecedores. Los dos eran los dueños de un imán singular, único, en ese mundo ansioso, fiel, irreflexivo y crujiente que crea el seductor correr de una pelota. La tarde y la noche del domingo habían sido de Boca. Ya lo había sido también la misma semana. El lunes despuntó con los últimos gritos que habían encendido su empuje y su fe. El temple fue el actor irremplazable de una larga lucha con un acto final alborozado y agradecido. Para ganar hay que tener ganas. Así, con el deseo ferviente de avanzar, de mirar decididamente hacia delante, se incuban los triunfos.

12 de agosto de 1976

EL MEJOR POLISTA

Es curioso. Rarísimo. No se dejó seducir por las irradiaciones de la fama. A veces, frecuentemente, una curiosidad trata de desnudar espiritualmente al ídolo con preguntas atrevidas que sólo pertenecen a la intimidad: si es feliz, desdichado, si fuma y bebe, qué dentífrico usa, quién le cose, cuánto duerme, qué número calza, cuánto pesa, qué come, con quién sueña, si se angustia, cuánto gana, qué coche tiene, cuál es su actriz predilecta, a qué hora se levanta, qué opina de sí mismo. Es la impertinencia atizada por la fama. Juan Carlos Harriott (h) es amante de la discreción. Rechaza las estruendosas resonancias. Luego es un equilibrado. Siente intensamente lo que hace. Luego es un fervoroso. No le atraen los reportajes, no escucha los aplausos mientras juega, se concentra en la lucha, tiene un generoso sentido de equipo, no busca egoístas predomios personales. Luego es excepcional. El domingo último, en Palermo, en una final desigual, con un equipo avasallante, el de Coronel Suárez, y con otro desconcertado, el de Santa Ana, Juan Carlos Harriott (h) dictó una deslumbrante clase de aptitud. Y aun cuando sin disgustarle, pero no gustándole mucho, habrá que afirmar que fue una vez más, sin grandilocuencias, verdadera, indiscutiblemente, el mejor polista del mundo. Juan Carlos Harriott (h) tiene cuarenta años de edad —nació el 23 de octubre de 1936—, a pesar de que no sea un cazador de elogios, hay algo que él mismo, aunque no se envanezca, tendrá que aceptar: el de haber mantenido durante quince años consecutivos un diez de hándicap, la valoración máxima. Caso único en la antiquísima historia de este deporte espectacularmente impetuoso y de singular plasticidad. En la cumbre de su madurez, Juan Carlos Harriott (h) sigue honrando al polo argentino, al polo mundial.

Al terminar el encuentro, definido con una holgura nunca registrada en una final del campeonato abierto argentino, Francisco Dorignac, capitán del vencido, Santa Ana, expresó categóricamente, sin justificativos, su opinión: “Simplemente, Coronel Suárez anduvo muy bien y nosotros

muy mal. ¿La cancha algo blanda? No es excusa, porque afectó a todos por igual. ¿O es que para nosotros estaba blanda y para ellos seca? Todos jugábamos en el mismo sitio”. La memoria, paradójicamente ese olvido, porque suele ser infiel, sobre todo cuando deliberadamente no se quieren recordar cosas que lastiman mucho, se convirtió en un discreto duende viajero y trasladó esas palabras a otros escenarios con otros actores, allí donde siempre, o casi siempre, se busca una disculpa a una caída, “El calor nos perjudicó; después, esa lluvia repentina no nos dejó hacer pie. La pelota pesaba, no nos podíamos afirmar y nos caíamos a cada rato. Así no se podía jugar”. ¿Y el rival? Para él también hacía calor, para él también llovía. Pero, acaso, esta oposición sirva para muy poco o no sirva para nada. El escenario era distinto, los actores eran diferentes. Y, además, era otro el juego que se jugaba y, definitivamente, eran otros, abismalmente desiguales, quienes lo practicaban. Aún admitiendo tantas diferencias de escenarios y de actores, había algo que, por mucho que se persiguiese, no se podría encontrar nunca, y algo, también, que sin perseguirlo se encontraría siempre: una simple cuestión de espíritu.

16 de diciembre de 1976

¡VAMOS ARGENTINA, TODAVÍA!

Se fue el tiempo, esa impertinencia. Se va siempre. Sólo deja un recuerdo, una emoción, u momento que no volverá a vivirse. Las horas son demasiado puntuales, prolijamente indiferentes, como para que se apiaden de quienes ingenuamente quieren detenerlas en su matemático paso insobornable de todos los días. Terminó el mundial, con su palpitante vibración de voces resonantes, de ojos encendidos, vivió tan apasionadamente como todo lo que está signado por el más invencible de los impulsos: el del fervor. Decir, pues, que terminó sería como querer arrinconarlo en el olvido. La más dramáticas de las palabras, fin, sepulta todos los recuerdos. Por eso, porque fue nuestro y, además, de todos; porque nos unió como no habíamos estado unidos nunca; porque fue un grito sin edades; porque no hubo un solo rincón del que no brotase una esperanza; porque se jugó al juego limpio de la honradez; porque se luchó con lealtad, orgullosamente solos; porque nadie dejó de refugiarse en la fe, la más ilusionada de las palabras; porque fue un esfuerzo sin alardes de una Argentina injustamente zaherida; por todo eso que es, concretamente, decir todo, este mundial no terminó. Acaso únicamente se haya ido como el tiempo. O no. Deberá quedar, y quedará entre nosotros como una de las más gigantescas obras de fervor de un país que, cuando quiere, puede. Se lo recordará a cada momento, a cada hora. En todos los sitios donde lata una tierna vocación de gratitud. Y se recuerdo, que será constante volver a vivir, será perdurable porque lo acompañará la más fiel de las palabras: siempre. Este mundial no murió. Sólo acaba de irse.

Se jugó y se ganó. Y se ganó con ímpetu; sin blandas caídas, esas que durante largos años, casi una eternidad, enrolaron al país en el astillado peregrinaje del fracaso. Hubo un deseo ardiente por dejar de ser lo que había sido y por comenzar a ser lo que todos merecían: una inmensa hermandad con mentalidad ganadora. Nunca se registró un hecho igual. Milagro de la fe o de lo que fuese, se luchó como no se había

luchado nunca. Ya no había indiferentes, ese bando fofo de la abulia que se resigna a perder antes de comenzar a pelear. El fútbol, ese universo a veces desarmónico, se olvidó de sus desacuerdos y creó un equilibrio de voluntades que se resistían a admitir, ni siquiera remotamente, ninguna posibilidad adversa. Alguna vez se dijo que este mundial lo jugaban veinticinco millones de argentinos. Parecía, es cierto, una exageración. Se perdonaba el slogan, porque, al fin, irradiaba a todo el país una imperiosa necesidad de vencer y, además, parecía querer sacudirlo de su vocación resignada de desdén por todo o por casi todo.

Esos once hombres que entraron en una cancha con una nueva consigna demostraron que nada es inalcanzable cuando existe el unánime deseo encendido de lograrlo. Y así fue. Con dignidad, con ganas con pasión, como se debe hacer todo lo que se siente y todo lo que se quiere. La ciudad, el país, festejó la victoria unánimemente. No hubo ningún indeciso porque era, formalmente, la hora precisa de las definiciones. Se jugaba un partido de fútbol. Pero, a la vez, se jugaba algo más: la impostergerable necesidad de demostrarle al mundo que la Argentina, a veces burlada, otras veces lastimada, se había despojado solitariamente de esa vieja inclinación casi epidérmica hacia el desastre. Pero no estuvo sola. La acompañaron veinticinco millones de habitantes que fueron un solo color y un solo grito. Y hasta quienes no habían ido nunca a una cancha, entre ellos miles de mujeres, y cuyos conocimientos empíricos sobre el fútbol les hacía suponer que una pelota hasta podía ser redonda, se sumaron a ese triunfo que descubrió un impulso nuevo: el de vencer luchando.

La ciudad, el país, se desveló. No durmió. Valía la pena el insomnio, porque había sido un hecho único, nunca registrado hasta ahora. El mundial se fue. No murió. Vivirá siempre como un ejemplo de fe, de querer hacer las cosas intensamente, viviéndolas con una impulso avasallante, con una mentalidad sin vacilaciones, vigorosamente ganadora. Que ese ejemplo se extienda fuera de una cancha, de cientos de canchas, y comience a arder allí donde miles de habitantes, veinticinco millones, enfrentan cotidianamente la honorable responsabilidad de la lucha. La Argentina quiere. La Argentina puede. ¡Vamos, Argentina todavía!

26 de junio de 1978

SILBIDOS

–No sé, pero habrá que cambiar. Quizá también todo esto deba regirse por una ley no escrita, pero que parecería estar rigurosamente de moda: la de la incoherencia.

–No entiendo.

–Yo tampoco. Y como no lo entiendo, propongo algo que, tal vez, se entienda menos, pero que, acaso, pueda ser un aporte más a esa insólita ley de la desarmonía. Cuando usted vaya a un espectáculo que decididamente le desagrade, aplauda, y cuando asista a una reunión que lo entretenga, silbe.

–Pero eso es un disparate.

–Puede ser, pero como entonces nadie sabrá qué es lo bueno y qué es lo malo y, además, tampoco nadie podrá explicarse por qué silba cuando se tiene que aplaudir y por qué se aplaude cuando se tiene que silbar, nadie entenderá nada y entonces se habrá logrado la perfección del desconcierto. Y como todos no sabrán qué opinar, nadie dirá nada. Y así usted habrá logrado algo que conduce a la paz que todos persiguen en un mundo en el que todos hablan, todos opinan, todos creen haber hecho lo mejor, aunque hayan hecho lo peor; en el que siempre se habla de más, en el que se justifican los propios errores y no se toleran los errores ajenos y en el que, en fin, todos están seguros de tener razón aun cuando no la tengan sin siquiera haber hablado. Y ese mundo plácido, mi amigo, se habrá logrado. Es, simplemente, el mundo del silencio. Entonces, habrá muerto la única posibilidad que hace que no se entienda nadie: la del desacuerdo. ¿Qué tal?

El que escuchaba ya no se pudo reponer. Quedó solo el que hablaba. “Hace poco –dijo el monologuista solitario– jugaron al fútbol los seleccionados argentino y búlgaro. El nuestro no tuvo, ciertamente, un desempeño sobresaliente ante un equipo que no era un deslumbrante compendio de virtudes. El público, siempre tan exigente, pareció aburrirse y entonces silbó. En el fútbol, el enojo no suele concretarse, desde

luego, en actitudes exquisitamente delicadas. Había pagado por ver algo agradable y vio algo que no le agradó. Después del partido, el DT argentino dijo que ese equipo merecía un poco de respeto, porque, al fin, muchos de los que lo integraban habían conquistado el campeonato mundial de 1978. Con su opinión coincidió el capitán del conjunto, quien señaló: “Los silbidos no hicieron más que traducir un acto de injusticia para con la mayoría de los que en 1978 le dieron al país el título que constituye el galardón máximo en este deporte”.

“Yo –continuó el monologuista– me adjudico el derecho de la duda. Me parece muy bien que la gente tenga sentido de gratitud. El que olvida el bien recibido es, desde luego, un desagradecido. Además, no se debe exigir a ningún futbolista un desempeño permanentemente deslumbrante. En el fútbol, en todo, hay que admitir naturales fluctuaciones, porque nadie es dueño de una perfección inalterable. Pero ese equipo, muchos de los que lo integraban, había conquistado un título que unió al país en una alegría y en un grito que no había sentido ni pronunciado nunca. De acuerdo. Yo de eso no me olvido. Y por haber conquistado ese título que enorgulleció a todos, ese equipo, aun jugando discretamente, tenía la obligación de mostrar, por lo menos, cierta prestancia de campeón. El público, ya se sabe –valga el contrasentido–, es el productor más fiel de infidelidades. Hoy aplaude, mañana silba. Realmente, yo no le puedo pedir a un idiota que haga una genialidad. Sería lo mismo que pretender que un abogado construyera un puente o un arquitecto curara una pulmonía. A un equipo mediocre, entonces, no se le debe pedir brillantez. Pero a un equipo con figuras destacadas se le puede pedir, aunque no juegue brillantemente, que justifique por momentos, sólo por momentos, la fama que alguna vez consiguió. Lo de los silbidos pareció ser una reacción lógica. No hay que olvidarse de que el público, ese implacable buscador de éxitos, no se disgusta porque se juegue bien y se alegra porque se juegue mal, a menos, naturalmente, que sea el equipo contrario. ¿“Está claro?”

16 de octubre de 1980

NICOLINO LOCICHE, VENCIDO POR EL TIEMPO

Fue la mejor pelea de su vida. De su vida de boxeador, naturalmente. El 12 de diciembre de 1963, hace ya diecisiete años, en un ring de Tokio, desplegó, como nunca, su estilo irrepetible, sutil, preciso, como trazado por un dibujante generosamente imaginativo. Su rival, el japonés Paul Fuji, roto su espíritu combativo, irradiaba desde su rincón la abatida imagen de la impotencia. Y no respondió al llamado de la campana que invitaba, en el décimo round, a la continuación de la desigual embestida. En ese momento, Paul Fuji hubiese querido ser, seguramente, cualquier otra cosa menos boxeador. Y Nicolino Locche, sacudiendo su impasibilidad de siempre, animando su rostro naturalmente inexpresivo con una sonrisa que parecía casi un grito, quedó consagrado campeón mundial. Tenía entonces veinticuatro años. LA NACIÓN sintetizó en su comentario de la pelea: “Fue el triunfo del tesón y del ingenio”. Ya todo esto tiene, desde luego, el añejado sabor de una vieja historia.

Nicolino Locche defendió su título y lo conservó. Toques burlescos le dieron a su tarea un sentido festivo en un oficio que no se distingue, precisamente, por una alegre liviandad, como que en él la victoria se elabora con agresiones y pertenece, casi siempre, al más violento. Lo que siguió a aquella vieja historia estacionada es ya muy conocido. Nicolino Locche, cercado por una placentera devoción a la informalidad y a la indisciplina, perdió el título. Y de pronto eligió el ocio formal, su única puntualidad, al fin, y abandonó el boxeo. Pero, imprevistamente, como respondiendo al sorprendente signo de la contradicción, decidió volver. Acaso porque en su vida había impuesto también el arte zumbón de sus puños traviosos. Aquel signo determinaba sus últimos contrasentidos: los de aburrirse cuando

hacía algo y los de no entretenerse cuando no hacía nada. Ante su anunciado propósito de intentar volver a su abandonada carrera, aquí el jueves 2 de octubre último, se dijo: “Nicolino Locche sabe cual fue y no ignora lo que es. O, dicho de otra manera, cómo estuvo y cómo está. Comparando, quizá llegue a la conclusión de que es decididamente candoroso creer en milagros”. De ninguna manera hay ni siquiera una ínfima satisfacción en el acierto. Se habría deseado cometer el más grueso de los errores de todos a los que está expuesto quien asume la tarea de juzgar. Pero, según diría Pedro Astuto, “lo único real es la realidad”.

Y el sábado último, en el Luna Park, resolvió someterse Nicolino Locche a una lucha desigual con algo que es, irremediamente, el eterno vencedor: el tiempo. Y allí, a los 41 años, un eco apenas audible de lo que fue, Nicolino Locche, el que extasiaba a las multitudes con su prodigioso don casi mágico de opulento creador de imprevistos, dio la sensación, inmóvil, pétreo, detenido, que se había convertido en una estatua levantada por una multitud agradecida a sus noches deslumbrantes. Las luces del Luna Park brillaban. Como siempre. Fue lo único resplandeciente en una noche tristemente oscura.

Ya no había dudas. Tampoco las hubo antes de esta tentativa de regreso a destiempo y que, en consecuencia, tenía que ser vencida por el tiempo. Por todo ello, sorprendió que se realizara una especie de plebiscito de la consulta popular. Idea peregrina, por cierto, porque, al fin, quienes tenían que determinar el regreso a los rings o la despedida definitiva de ellos de Nicolino Locche eran sólo, y no otros, los encargados directos de su conducción. Indiscutible. La multitud suele ser un juez certero. Su veredicto tiene dos formas de expresión: silbidos y aplausos. El voto, se supone, está destinado a cosas mucho más serias y, por lo tanto, más importantes.

Nicolino Locche se había ido simbólicamente hace ya tiempo. Fue un boxeador con un estilo inimitable, único, asombroso. Le quedará el recuerdo de haber sido un ídolo. Cuando algo se rompe, su recomposición no le devuelve su intacta integridad perdida. Hay ciertos desafíos imposibles, entre ellos el de intentar ser ahora lo que se fue antes. Tal vez, Nicolino Locche se haya olvidado de la impertinente función rigurosamente puntual de los relojes.

18 de diciembre de 1980

JUAN MANUEL FANGIO CUMPLE 70 AÑOS

Ve la vida de otra manera, serenamente, como se debe verla, al fin, desde la cumbre, desde una altura en que muchas cosas parecen pequeñas y tienen, además, un inevitable sentido de fugacidad. Se le escaparon ya los años de plenitud, los de su mejor época, esa en que su nombre era una atracción irresistible, y en que su brío, su coraje y su aptitud despertaban la admiración de los amantes del vértigo y de la audacia. Fue, realmente, una ráfaga. Ahora está atrapado por los recuerdos. Juan Manuel Fangio, el único que conquistó cinco veces el campeonato mundial de automovilismo, cumplirá setenta años el miércoles próximo. Recientemente, en Mendoza, lanzó una advertencia dedicada a los insensibles: "Que nadie se olvide de que las carreras se hacen con autos, pero también con hombres. Ahora hay menos muertes que en mi época, pero hay más sensación de carnicería. Los intereses en juego hacen esto cada vez más propenso a las masacres".

Juan Manuel Fangio está habilitado mejor que ninguno, tal vez, para juzgar dos momentos. El suyo, el de su esplendor, cuando corría con medio cuerpo fuera de su auto, sin casco y con una camisa sport de mangas cortas, y el de ahora, enfundados los pilotos en atuendos que trazan claras imágenes de astronautas. Y otras cosas dijo Juan Manuel Fangio con su voz suave, apaisanada y sin rencores, porque ya está al cabo de cualquier ardor, de cualquier pasión: "Los equipos, empujados por descomunales inversiones –afirmó–, han aislado a sus pilotos, los han colocado, como se dice ahora, en una situación psicológica más propia para tiempos de guerra, de guerra desleal, que de competencias deportivas". Abogó, además, para que los pilotos volviesen a recuperar ciertos hábitos perdidos. "No es posible –dijo– que quince minutos después de una carrera, los pilotos se hayan ido. Es necesario que compartan entre sí algunas horas. Que se vean sin el buzo y a cara descubierta".

Toda esa caravana de temerarios trotamundos está compuesta por hombres que guiados por la ambición, persiguen la gloria jugando al más

peligroso de todos los juegos: el de conservar la vida enfrentando a la muerte. Todos ellos, se supone, eligieron conscientemente hacer lo que hacen, aunque algunos den la sensación de haber olvidado eso que enaltece toda lucha y que tiene un nombre clarísimo y que, en consecuencia, no puede despertar de ningún modo ninguna confusión: juego limpio. Todos hacen lo mismo. Y todos, a la vez, intentan lograr, también lo mismo: el triunfo. Es una copia repetida Pero cuesta creer que todos comentan la fiel reiteración de una calcomanía. Juan Manuel Fangio tiene razón. Curiosamente, esa caravana está integrada por conocidos desconocidos. Por hombres famosos que no hablan entre sí, que no se sinceran, que guardan herméticamente sus secretos, que no confían en nadie y que, padecen enemigos decididamente declarados, repitiendo su función como silenciosos robots, enojados con la cortesía, el compañerismo y la amistad, fervorosos esclavos, al fin de esa dorada esclavitud a la que se someten tantos: la del dinero.

18 de junio de 1981

LOS IRRACIONALES

—¿Vio? Otra vez el escándalo, las agresiones, los insultos, el rencor. Parecería como si hubiese una consigna dictada por la imperfección: la de ser peor. Hay muchos que se empeñan tanto en hacer tan bien lo que está tan mal que concretan una desalentadora paradoja: la de hacer mejor lo peor.

—Mire, hay una sola manera de no estar contento: la de estar descontento.

—Muy sutil. Lo felicito. Comprendo que no hay muchos motivos para alegrarse. Sentirse demasiado satisfecho sería, sin duda, una actitud sospechosa y que reclamaría urgentemente un severo tratamiento espiritual. La normalidad parecería ser peligrosa. La gente se pelea porque no se entiende.

—Muy sagaz. Ahora lo felicito yo. Sería curioso que la gente se enojara porque estuviese de acuerdo.

—Espere. Todo puede suceder en un mundo que, al fin, piensa poco, que no dice lo que siente, que tampoco siente lo que dice, que promete y no cumple, que afirma no haber dicho lo que dijo, que duda de todos y que ya no cree en nada ni en nadie.

—Pero eso es el caos, ¿No es así?

—¿Pensó alguna vez que había motivos para suponer que pudiera ser un paraíso? Yo diría que es una irracionalidad. Y entonces hay sólo una posibilidad: la de cometer actos irracionales, los que, por no estar asistidos, precisamente, por la razón, se parecen más a actos primarios, descarnadamente ofensivos, guiados sólo por impulsos, arrebatos, exaltaciones, venganza, resentimientos. O sea todo lo que puede convertir una voz en un bramido.

Aquí, recordando un hecho triste, se dijo hace tiempo: “Murió el domingo 9 de abril de 1967. Pero la verdad fue mucho más dura: lo ma-

taron. Y cayó absurdamente en un sitio que nació para la distracción: una cancha de fútbol. Se llamaba Héctor Souto y tenía diecisiete años. Murió golpeado por una incorrectamente llamada “barra brava” y apenas si alcanzó a comprender que la pasión se podía convertir en ira.

El sábado último, en la cancha de Vélez Sarsfield, otra vez, centésima vez, volvieron a perpetrar las “barras bravas” un nuevo acto sin coraje. Allí, un hombre joven, Adriano Acosta, de veinticinco años, se vio envuelto en un torbellino de odio, en el choque entre los fanáticos de San Lorenzo de Almagro y Deportivo Morón. Poco después, también sin comprender que su paz alterada podía transformarse en una paz definitiva, su corazón se asombró tanto que dejó de serle fiel y murió de un paro cardíaco.

Quizá todo esto no sirva para nada. Al fin, son sólo palabras y muchos, muchísimos, tienen una sorprendente vocación de olvido. No hace falta esperar que las cosas ocurran para poder lamentarlas. Entonces, todo es ya irreparable. Las palabras sobran. Hace falta acción. Todo consiste en dos actos muy simples: el proponérselo con firmeza y el ejecutarlo con severidad. Sin tolerancias cómplices, sin dejarse someter por el atemorizador imperio de la soberbia y de la fuerza, sin colaborar, precisamente, con esas “barras bravas” a las que quienes las apoyan, muchos dirigentes, las censuran después de lo ya inevitable. Los implacables sólo merecen un trato que no puede admitir ninguna diferencia: implacabilidad. A un irracional incurable no se le puede curar con el persuasivo ejercicio de la razón. De lo contrario, todo volverá a ser un inútil puñado de palabras y una voz volverá a ser un rugido.

14 de octubre de 1982

LOS CULPABLES

Culpable es el que tiene culpa. La definición es clarísima. En consecuencia, no existe esa posibilidad dictada por el desconcierto: la de la confusión. Pero ocurre que muy pocos, aunque sean culpables, reconocen su culpa. Dicen no haber hecho lo que hicieron, no haber dicho lo que dijeron. Y entonces parecería asistirse a un candoroso mundo de inocentes que, curiosamente, revela, día tras día, una absoluta falta de inocencia.

El domingo último fue raro que casi de ninguna cancha de fútbol no brotasen una protesta, un mal gesto, un grito, un agravio. El descontento pareció ser casi total. Hubo críticas para el rival, para los árbitros e, inclusive, para el periodismo. Ricardo Gareca, jugador de Boca Juniors, tronó: “Tengo mucha bronca y quiero ver que dice el periodismo”. En todo caso, en lugar de verlo, lo leería. Hay quienes se sienten perseguidos sin que nadie los persiga. El periodismo, mal que le pese a Ricardo Gareca, convertido en imprevisto crítico de sus críticos, dijo lo que tenía que decir: lo justo. La función de un futbolista es, elementalmente, la de tratar de jugar bien al fútbol, aunque muchas veces no lo consiga, y no la de juzgar a quienes lo juzgan. De lo contrario, un médico podría criticar profesionalmente a un ingeniero o a un fabricante de embutidos a un perfumista. Un absurdo.

¿Hasta cuándo?

Entretanto, un día antes, el domingo último, un hombre que, tal vez, creyese en muchas cosas, José Luis Pérez, de 25 años de edad, emprendía prematuramente un camino que lo conducía a una paz definitiva. Una semana antes había ido a una cancha de fútbol, la de Temperley, con una intención saludable: la de distraerse. No pensó nunca que el odio estaba agazapado, dispuesto a clavar sus zarpas y destrozarse a impulsos de una irracionalidad: la del resentimiento. Y allí, entre el furor de los fanáticos, los irreflexivos, de Temperley y Los Andes, cayó José Luis Pérez. Curiosamente, un imponderable se apiadó de él y lo privó de su

conciencia. Desde entonces hasta el sábado último, en que se fue de la vida sin darse cuenta de que noventa minutos de fútbol podían convertirse en una eternidad.

Unos echaron las culpas a otros. Es el juego clásico de los hombres sin decoro. En este caso, sin alma. Nadie había hecho algo y entonces se llegó a una deducción insólita: José Luis Pérez, pleno de salud hasta entonces, comenzaba a morir por un capricho insondable, sin haber sido agredido por nadie. Los comunicados se repetirían, sin duda. En ellos, nadie tendrá la culpa de algo y las “barras bravas”, ese estallido sin coraje de las tribunas, seguirán protegidas por quienes, una vez consumado lo irreparable, serán los primeros en criticarlas duramente. Pero aquí ya no se trata de críticas. Hay una necesidad imperiosa, determinada, aunque sea, por una imprevista actitud digna: la de suprimirlas.

Se volverá a oír la muletilla de siempre: “Nosotros no hicimos nada; fueron los otros”. Y los otros, con una imaginación poco envidiable, dirán: “Fueron ellos”. No es la hora de las palabras. Es el momento de los hechos, a menos que el temor paralice las buenas intenciones de suprimir los malos instintos. Sería otro absurdo: el del miedo a unos irracionales sin valentía. ¿Hasta cuándo los culpables seguirán sin tener culpa? Y, además, ¿sin ser castigados y eliminados? Bueno, hasta que un mínimo de coraje se anime a terminar con un exceso de cobardía.

28 de octubre de 1982

LOS SOBERBIOS

–¿Vio? Sale por la noche para divertirse.

–¿Qué edad tiene?

–No sé, pero es muy joven. Y, además, millonario.

–Entonces, ¿qué quiere? ¿Qué salga por la mañana para aburrirse?

Una vez más, el futbolista argentino mas caro, carísimo, volvía a ser el centro de una atracción que, al parecer, estaba destinado a no desvanecerse, a figurar permanentemente en un primer plano, saliera donde saliese, hiciera lo que hiciese, se portara bien o se portara mal, jugara con brillo o actuara opacamente. Había, los hay, problemas más acuciantes como para dedicar el tiempo a cosas más trascendentes. Pero, al fin, no se sabía, no se sabe, si se hablaba de él para olvidarse, precisamente, de esos problemas que provocaban tanta angustia a tanta gente. Puede ser.

No hay duda de que los astros fulguran y esos fulgores parecen enceguecer a muchos. Es cuando se deforma la visión. Un torpe, que es un ignorado, no figurará nunca en ninguno de los escaparates en que suelen exhibirse los que triunfan y que, por ser justamente vencedores no pueden contrarrestar, por regla general, una aluvional vocación de vidrieristas. Viven mostrándose y, en consecuencia, desdeñan, poco humildes, toda posibilidad de ocultarse. El silencio es su agonía. Es el típico mareo de las alturas, aún cuando muchos de ellos no sean tan imponentes y ni siquiera sean astros demasiado deslumbrantes. Apenas, asteroides.

El presidente de su club, un poderoso club español, emplazó recientemente a esa luminaria. Fue descarnadamente concreto, pensando, acaso, en todo lo que había costado la adquisición de una estrella que, tal vez, no pensase mucho, que no razonase prolijamente, pero que tenía en sus pies un talento exuberantemente retribuido y que otros lo tienen bastante mas arriba y que, quizá, por eso sea recompensado con muchísima

menos generosidad. Ese presidente dijo: “Un jugador no solo debe jugar al fútbol, sino también llevar una vida personal aceptable. Debe cuidar su imagen, hacer amigos y estar dispuesto a comprender una línea de conducta que debe seguir en Europa para poder continuar figurando en el equipo. De lo contrario, lo mejor es que abandone el club”.

El jugador fue cortante en su respuesta: “Yo no le pido permiso a nadie para salir de noche. Yo voy a salir cuando y adonde quiera”.

Desmintió, además, que cobrase, como se lo acusó, 20.000 dólares por reportaje y, de pronto, se convirtió en acusador al firmar que todos eran inventos de los periodistas. Una vez más se ponía en práctica ese movimiento ahora rigurosamente clásico de decir que no se dijo lo que se dijo y que no se pidió lo que se pidió. Es la clara o, mejor, la oscura técnica de la duda. La vacilación es pariente carnal de la inseguridad. Pero todo terminó amablemente, después de haberse iniciado todo tan ásperamente. Curioso, sin duda. O efecto de mutuos intereses. Y la cordialidad fue reestablecida en una comida entre el presidente y el futbolista.

Los astros suelen padecer de una asombrosa falta de memoria. No retroceden nunca temporalmente. Sería bueno que lo hiciesen, porque entonces, aún cuando no tuvieran muy desarrollado el sentido de gratitud, recordarían lo que fueron cuando no eran nada. Entonces, se evitaría ser soberbio en el triunfo por la simplísima razón de no haberse olvidado de cuando se era desesperadamente humilde en la pobreza. Para todo hay que tener estilo. Siempre desde luego, que se sea agradecido.

25 de noviembre de 1982

CORBATTA: UNA LÁGRIMA

El desafecto lo llevó a la soledad, la soledad al vacío, el vacío al olvido, el olvido a la desolación. La trayectoria al fin, de todos los seres vencidos y sin rumbo, sin otro deseo que el de acortar lo que casi todos tratan de alargar la vida. Con los ojos vidriosos e inexpresivos, casi alucinados, con un rostro que parece la petrificada máscara desalentada del infortunio, Oreste Omar Corbatta, a los 47 años de edad, ex estrella del fútbol argentino, un puntero de una sorprendente habilidad inigualable, lucha por vencer a los dos grandes enemigos de las almas casi impudicamente desorientadas: el ocio y el alcohol.

Ya no tenía tiempo para otra cosa que no fuera someterse, arrinconadamente solitario en una dependencia del club al que le había entregado su aptitud asombrosa, a esa engañosa seducción líquida que duplica las imágenes y que se busca siempre para refugiarse en el olvido. Un refugio apenas fugaz, repetido y que se deshace también siempre por culpa de otro enemigo imbatible: el recuerdo.

Corbatta, como “Garrincha” perseguía denodada, desesperadamente, una evasión. Ya no tenía horas para sus fugas. En sus oídos ya no resonaban los aplausos. Sólo estaba rodeado de un silencio tan hondo, tan perfecto, que parecía, paradójicamente, hasta piadoso porque le daba la sensación de matar sus nostalgias y esencialmente, esa extraña impresión artificial de no seguir viviendo.

Con voz gutural, casi incomprensible entrecortada, lanzó una especie de clamor. “Quiero trabajar y dejar la vagancia y el alcohol”. En el hospital, las brumas que lo acompañaron fielmente se habían disipado. La multitud, también pocos se le acercaron. Muy pocos los ayudaron. Por respeto a lo que fue, a lo que hizo, a lo que deleitó. Oreste Omar Corbatta merece la gratitud de muchos. De aquel ahora apagado fondo de gritos que siguió fanáticamente sus imprevistas gambetas burlonas debe despertarse, tiene que brotar un eco. No importa que para él las tribunas estén ya definitivamente vacías. Los que alguna vez fueron algo y, más que algo, ídolos, no deben quedar sepultados en una casi obscena indiferencia: la del olvido.

10 de febrero de 1983

LA INCENTIVACIÓN

“Un incentivo es, sin duda, un aliciente. Todos quieren que los alienen, porque parecería que todos hubiesen perdido el aliento. Entonces, los desalentados necesitan ser estimulados para hacer algo y, además, para ganar. ¿Habrá alguien que precise ser alentado para perder? Sería el aliciente del fracaso. Algo así como ganar perdiendo”. (Pedro Astuto).

El fútbol, ese imprevisto, acaba de aportar una nueva nota inesperada: la de la incentivación. Una confesión a destiempo reveló que a un equipo que jugaba en el campeonato mundial de 1974, el de Polonia, lo incentivaron para que venciera, naturalmente, a otro equipo, el de Italia. Desde entonces, se desató una polémica que parece ser la de la duda. No hubo, es cierto, coincidencias y tanto no las hubo que unos dijeron que era un hecho normal y otros que era anormal. Un jugador de fútbol, se supone, cobra por jugar. Es lo lógico. Es el obligado pago a un esfuerzo, aún cuando muchos de ellos no se esfuerzen demasiado. Pero esa es otra cosa.

Hace tiempo se le ocurrió a alguien que, además de pagarles por jugar, había que pagarles por ganar. Y ahí estuvo el pecado original. Desde entonces se hizo un hábito, un mal hábito, desde luego, porque se premiaba algo que era una espiración simple, común, compartida. Vencer. Era algo parecido a la recompensa extraordinaria a un oficinista por hacer las cosas correctamente.

Jugar es una obligación y tratar de ganar es un deseo. Esa obligación y ese deseo son inseparables y, por lo tanto, no admiten desdoblamientos indiscutibles. Las malas costumbres nacen siempre de los malos ejemplos. Y ese fue, es, un mal ejemplo que determina un mal hábito. Al revés, pero es lo mismo. De todas maneras, juzgando con una exagerada indulgencia, se podría llegar hasta comprender que un club estimulara a su equipo. Lo del campeonato mundial de 1974 fue otra cosa: la de estimular a un tercero en beneficio propio. Concretamente, la compra de un resultado, como si el fútbol, un juego, se convirtiese en un remate poco honorable.

Se dijo alguna vez, pero conviene repetirlo: el mundo es un resultado. Por lo tanto, el lírico pierde casi siempre en un mundo sin lirismos. Ahora, el desacuerdo se agudiza. Y algunos sostienen que la incentivación es un hecho normal porque ocurre en muchas partes. En el mundo suceden también muchas cosas deplorables que, necesariamente, no tienen porqué ser imitadas si es que no se quiere llegar al descreimiento, al desencanto, a la desesperanza y al dolor. Al margen de una actitud estrictamente espiritual, no gobernada, desde luego, por la precisión de un código, la incentivación de 1974 fue, sin vacilaciones, sin eufemismos, una inmoralidad. En el fútbol, en todo, la vida debe tener un estilo: el de la dignidad. No es, precisamente, un toque de distinción, sino un toque de honradez. Hay que ser, además de parecer.

—¿Qué opina, Pedro, de la incentivación?

—Señor Astuto, de vez en cuando. Hay que ser un poco más respetuoso.

—Discúlpeme, pero, ¿qué opina?

Cuando se pierde el decoro se es indecoroso. Comprar un resultado es tan indecente como comprar el amor. Y pagar por ganar es tan poco enorgullecedor como recibir un premio por un fervoroso deseo. O, en todo caso, como usted quiera, por una ambicionada posibilidad. Es tan poco limpio como tasar la fe. Y no sigo porque no estoy incentivado.

24 de febrero de 1983

SÓLO HECHOS

Al mejor estilo de la selva, con rencor y sin piedad, un hombre que acababa de ejercer una función temaria, Juan Carlos Loustau, fue agredido en una emboscada tendida por quienes consideraron, paradójicamente sin ninguna consideración, que su labor había perjudicado al equipo local. Poco antes se había registrado un hecho simple y repetido: el de jugarse un partido de fútbol. Era, es cierto, un hecho común: veintidós jugadores frente a frente, once contra once, como ocurre, generalmente, en partidos de fútbol. No se jugaba allí otra cosa que noventa minutos de fútbol y los veintidós jugadores estaban inspirados por un deseo compartido: el de vencer. Como ocurre, además, en cualquier clase de lucha, sea dentro o fuera de una cancha.

San Martín, de Tucumán, y Argentinos Juniors empataron en ese encuentro en un gol. Ya se sabe. El resultado es lo que menos importa, a pesar de que para conseguirlo, un resultado triunfal, por supuesto, se apele con frecuencia a medios poco claros, decididamente opacos. Lo que sólo parecería importar es el fin, aunque sea un fin logrado sin brillo ni honradez.

En el camino hacia el aeropuerto, ya de regreso a Buenos Aires, Juan Carlos Loustau padeció la celada. Fatiga, realmente, hablar siempre de lo mismo: de las iras de los irracionales. Cansa, pero hay que señalarlo aun cuando no sirva para nada. Ante tanta irreflexión, se supone que el tiempo de los hechos debe reemplazar al tiempo de las palabras. Es cierto: se habla mucho y se hace poco. El imprevisto episodio, en el que Juan Carlos Loustau pasó un mal momento y que, inclusive, pudo haber sido peor, es ya conocido.

Pantalones largos

En Tucumán, algunos quisieron justificar la actitud injustificable. Y el presidente de la Liga Tucumana de Fútbol, Luis Octavio Rodrí-

guez, afirmó: “Los árbitros son rápidos para asustarse”. El instinto de conservación es universal. Nadie puede no asustarse ante un alevoso ataque inesperado. Y siguió: “Al interior quieren darle una imagen de que todavía está con plumitas, pero desde hace tiempo que tenemos los pantalones largos”. Si tener pantalones largos es un signo de responsabilidad, o debiera serlo, ese signo debe responder a esa responsabilidad. De lo contrario, se puede pensar que sólo se usan pantalones cortos. Luis Octavio Rodríguez continuó: “En muchos partidos de Buenos Aires han pasado cosas más graves y jamás han mandado a los equipos a jugar a Tierra del Fuego, ni siquiera a Tandil. Simplemente, los cambian de cancha en el radio de la Capital Federal”. Es verdad. Cosas graves ocurrieron y, tal vez, sigan ocurriendo en Buenos Aires, como el sábado último, por ejemplo, en que la “barra brava” de Chacarita Juniors, afecta a una asombrosa reincidencia sin coraje, repitiéndose casi todos los sábados con un empeño que debiera emplear en valiosas cosas útiles, provocó incidentes y destrozos al término del match que ese equipo sostuvo con el de Estudiantes por el campeonato de la B. Si, ocurren cosas aquí y allí. En muchas partes. Pero lo que sucede en un sitio no se puede justificar por lo que suceda en otro sitio. Nada debiera ocurrir en ninguna parte. Un juez simplista podría dictaminar que un hecho es menos grave porque hay otro más grave. La gravedad, mayor o menor, siempre provoca un daño. Es indudable.

En Tucumán, un hombre, un árbitro de fútbol, estuvo a punto de perder la vida. ¿Un partido de fútbol, un resultado, puede poner en peligro lo mejor que posee un hombre? Rotundamente, no. Es indiscutible. Ha llegado, pues, el tiempo de los hechos. Lamentablemente, cuando la persuasión fracasa, las palabras mueren.

17 de marzo de 1983

STEINER: UN EJEMPLO

Es perseverante, capaz, sacrificado y, además, sincero. Realmente, una curiosidad. Por ser como es, apasionado por lo que hace y claro en lo que dice, es un afortunado: hace lo que le gusta y dice lo que siente. Una vez, hace ya tiempo, Tito Steiner dijo cosas que molestaron a quienes no les gusta que se las digan porque tienen un signo irrefutable: el de la verdad. Sus relaciones con los dirigentes argentinos, del atletismo no fueron, por cierto, muy fluidas. Concretamente, fueron poco, casi nada amistosas. Hace siete años se fue a Estados Unidos, ayudado por un subsidio del Ministerio de Acción Social. La historia es larga. Por respeto a la síntesis, comprimámosla.

Lo que materialmente recibió no le alcanzó. Se le redujo en más del cincuenta por ciento de su valor al recibir esa ayuda en plata argentina cuando el alza del dólar durante la guerra de la Malvinas. Tito Steiner no comulga con la actitud de quienes se entregan porque enarbolan, sin luchar, el emblema de los vencidos: el de la adversidad. Supo que la adversidad existía. Y tanto lo supo que la padeció. Pero la derrotó. Operado de la rodilla derecha, se quedó sin plata. Entonces, para procurar lo que no tenía, cavó zanjas y arregló jardines. Su situación cambió posteriormente y ahora es el entrenador oficial de la Brigham Young University y vive, con su pequeño hijo y su mujer, en Provo, estado de UTA, en donde el miércoles y jueves batió los records argentino y sudamericano del decatlón con 8383 puntos.

Cuando se fue a Estados Unidos, uno más de los que se fueron y siguen yéndose por la persistencia del mal casi incurable de las promesas incumplidas, Tito Steiner dijo algo tan simple como concreto: “Cada vez que me prometen algo, agacho la cabeza y me voy porque sé que me están mintiendo”. Tenía entonces sólo una garrocha, además, rajada. Le prometieron una y nunca se la dieron. “Estoy decepcionado –agregó–, pero sigo adelante nada más que por mi amor al atletismo”. Para algunos pareció convertirse en un altanero. Tal vez, en un irrespetuoso y un

indisciplinado. Para quienes disintieron con él seguía habiendo un denominador común: el del elogio. No se dieron cuenta, desafortunadamente, de que lo necesitábamos para comenzar a evitar el dolor.

El atletismo, ya se sabe, no es en nuestro país un deporte de multitudes. A los torneos van más atletas que espectadores. Y, acaso, sea una suerte que no se haya convertido en un espectáculo, como esos que en otros campos, con otros actores, naturalmente, convocan a muchedumbres y también las separan y las enconan y en donde las apetencias de muchos que se creen ídolos exigen un pago que va mas allá, mucho más allá, de sus comprimidas condiciones. Paradójicamente, son los limitados sin limitaciones.

Nos apartamos, empero, del tema central. Perdón. Tito Steiner dio una magnífica lección de entereza. Dentro de las pistas y fuera de ellas. A los 32 años, seguirá luchando, sin duda, porque sabe lo que quiere y, además, quiere lo que hace. Entretanto, ¿qué podrán decir quienes sugirieron que era inútil apoyar a alguien que, quizá, no volvería nunca a tener un buen nivel competitivo? Fueron y son lo que creían y creen sólo en el elogio, aun cuando no hiciesen ni dijese cosas elogiables. Por suerte, se quedaron sin palabras.

1 de julio de 1983

ESA LUZ, UNA TINIEBLA

“El odio es la cólera de los débiles”.

DAUDET

Ni siquiera tenía las manos trémulas. No podían temblarle porque era incapaz de sentir una emoción. Y todo fue paradójico. Dolorosamente paradójico. Roberto Alejandro Basile fue a una cancha de fútbol a ver vida, movimiento, a oír gritos, a gritar él mismo, e, imprevistamente, ya no oyó nada y todo se le detuvo para siempre. Una luz que había sido hecha para tratar de salvar vidas se convirtió en una tiniebla y esa tiniebla envolvió a quien, sin comprender, no pudo sentir siquiera un segundo de asombro. Las manos que la arrojaron no podían temblar. Su alma estaba congelada.

Ya muchos conocen esa impúdica biografía de la cólera trazada de rojo en la noche del miércoles 3 del actual en la cancha de Boca. Señalando otra paradoja, cualquier calificativo cruel sería bondadoso para definir esa impiedad. Pero, ¿acaso era necesario llegar al drama para descubrir la descarnada peligrosidad de las “barras bravas”? Viven, en plena lucha, guiadas por una actitud agresiva latente, y con frecuencia esa actitud arde inflamada por el odio, el resentimiento; el desequilibrio.

Aquí, en estas mismas columnas, hace ya tiempo, fue recordada la muerte de Héctor Souto, un chico de diecisiete años, inmolado por esas patotas sin valentía, espiritualmente microscópicas, el domingo 9 de abril de 1967 en la cancha de Huracán. Ahora se actualiza el recuerdo ante otra víctima fatal. Necesariamente, una muerte no debe desnudar el alma seca de esas barras cobardes. Sería la absurda espera de lo irreparable.

El partido se jugó. A cientos de personas parecía preocuparles más el juego que la aflicción de una vida joven interrumpida. Injusto. Triste.

Ya nada podía remediarse, pero esos cientos de personas podían haberle rendido el último tributo de silencio, de respeto, de pena, a quien, sin imaginárselo, iría por última vez a una cancha de fútbol. Siguiéron allí, indiferentes, sin atinar a abandonar el estadio para formar una callada caravana de compungida adhesión a un duelo inesperado. A nadie se le ocurrió suspender el encuentro. ¿Sería, tal vez, porque era más importante que una vida casi adolescente obscenamente arrebatada?

Hubo ya muchos, demasiados hechos delictivos como para seguir tolerándolos. Sábado a sábado, domingo a domingo, se producen al compás de un impulso irracional. Después de la muerte de Roberto Alejandro Basile, varios dirigentes condenaron el desdichado episodio. Pero son varios también los dirigentes que conocen a esos sistemáticos agresores, que hablan con ellos, que los aceptan y que, en algunos casos, los protegen. Son los mismos de siempre. Por lo tanto, perfectamente identificables.

Cuando alguien les pregunta a esos dirigentes si conocen a los integrantes de esas barras sin coraje, esos dirigentes ponen cara de sorpresa, de disgusto. Lo niegan rotundamente y algunos hasta se ofenden. Un ofendido que, sin embargo, no convence a nadie. Habrá que apelar, definitivamente, a rigurosas medidas para impedir que el vandalismo se repita. Policía, dirigentes, controles, todo aquel que tenga que ver con la prevención de esos estallidos, deberán proceder de tal manera que un partido de fútbol vuelva a ser una fiesta inofensiva, alegre y chispeante, como era antes. Mucho antes.

De lo contrario, aunque Héctor Souto y Roberto Alejandro Basile ya no puedan reprochar nada, una cancha de fútbol seguirá siendo batalla incomprensible, ahuyentando a quienes van a cambiar una rutina por una distracción y se encuentran con una erupción devastadora: la de la perversidad. Un juego, al fin, no debe ser un temor. Todo esto se dijo varias veces. No habría que decirlo más. Los hechos están ya antes que las palabras. Que no se repitan más las palabras de siempre.

11 de agosto de 1983

TURISMO SEDUCTOR

Viajar sin tener nada que hacer, sometiéndose sólo a la propia voluntad, convirtiéndose en el único dueño de si mismo, atrae, es la más inactiva de todas las actividades. Una especie, al fin, de trabajo del ocio. Viajar gratuitamente, sin otro cargo que el de tratar de desempeñar una función indeterminada con un propósito indefinido, sujeta a un horario ambiguo y a una dedicación imprecisa, debe ser, seguramente, un placer supremo.

La Argentina estuvo representada generosamente en los IX Juegos Deportivos Panamericanos, tanto que fue el equipo más numeroso en la historia de nuestro deporte que hubiese viajado al exterior: 337 personas. De ellas, 253 fueron deportistas. El resto lo compusieron dirigentes –17 en total–, médicos, directores técnicos, masajistas y mecánicos –éstos para el ciclismo, naturalmente–, hasta completar otro número generoso: 84 personas. Cuando partió la delegación se dijo, entre otras cosas, que se iba a adquirir experiencia. Un inocente justificativo invocado frecuentemente y al que no se debería apelar ya más, pues cuando se lucha por algo no es, precisamente, para lograr inexperiencia. En este caso, en una extraña búsqueda de la imperfección, valdría la pena no luchar en nada ni con nadie. Indiscutible.

La actividad de esos dirigentes que alcanzaron el ya señalado placer supremo de viajar gratuitamente no agotó a ninguno de ellos. Se presumía. Algunos se desentendieron de lo que debían atender y otros no fueron un apoyo esencial para quienes tenían, si, una función claramente establecida: la de competir. La magnitud de nuestra delegación –magnitud numérica, se entiende– respondió a la intención de reconocer el apoyo que Venezuela le dio a la Argentina durante el conflicto de las Malvinas. En épocas de angustiosas necesidades imperiosas, lo único que abunda es la escasez. Entonces no hay por qué acentuarla aún más. El reconocimiento a la adhesión venezolana habría existido igualmente

si se hubiese pensado más en la calidad que en la cantidad, lo que habría significado, sin duda, un ahorro singular.

Ricardo Ibarra, ese tenaz remero, remero casi obsesivo, concretó una hazaña: la de triunfar en el single scull por tercera vez consecutiva en los Juegos Panamericanos. Fue la figura brillante de una delegación argentina obscurecida por errores muy conocidos, entre los cuáles el más repetido es una falta absoluta de preocupación por encarar el deporte con seriedad.

Desde aquellos Juegos Panamericanos realizados en Buenos Aires en 1950, en que la Argentina conquistó 150 medallas, hasta ahora, ha transcurrido mucho tiempo y han pasado muchas cosas. No vale la pena ningún lamento. No remediaría nada. Pero si es que se pretende que el deporte sea tratado como corresponde, con la aspiración de lograr actuaciones decorosas, sin llegar, al deslumbrante grado de la proeza, habrá que pensar y, consecuentemente, actuar de otra manera: con desinterés, silenciosamente, con humildad, sencillamente; con decisión, obstinadamente, entregando esfuerzos que broten de una virtud que no parecería ser ya de una fundamental prioridad: integridad.

25 de agosto de 1983

DESPEDIDA

Pudo haber sido la hora de la tristeza. O, tal vez, la hora de la resignación. Una hora acongojada signada por la adversidad. Fue, en cambio, la hora de la agresión, ese deplorable recurso al que apelan quienes pretenden tener razón ya la han perdido. La razón no nace, al fin, de un grito ni de un golpe. La persuasión muere entonces de una repentina muerte sin grandeza.

Lo ocurrido el domingo último en la cancha de Racing, en Avellaneda, quizá haya superado todo lo conocido en ese hiriente muestrario del rencor, del resentimiento y del odio en que suele convertirse algo tan simple como debiera ser un partido de fútbol. Una lucha entre veintidós hombres. Sólo eso, pero que, de pronto, se enciende y arde al compás de la incomprensión, porque perder esa lucha parecería como si se perdiese el honor. Un resultado desfavorable, sólo un resultado, no puede determinar el deshonor de nadie, sobre todo si se ha luchado dignamente. Racing perdió y con su caída padeció por primera vez de algo que lo acechaba con una agorera insistencia: el descenso de su categoría.

La historia de Racing es muy conocida. Es, por lo pronto, un nombre brillante en el fútbol argentino. No hacen falta demasiadas precisiones para enaltecer sus méritos. Conquistó triunfos innumerables y por sus filas pasaron hombres no olvidados, hombres de una época romántica en que presenciar un partido del fútbol distaba de ser una erizada aventura y en que una jugada no se aprisionaba en la teoría infalible de un dibujo. El pizarrón era la cancha. Y allí, el ingenio y el genio quedaban estampados, sencillamente, con la punta de un botín. Un diagrama inesperado, repentino, de la inspiración.

Esta vez, a Racing le tocó perder. Problemas también conocidos fueron restándole posibilidades de triunfo. En las derrotas, sin embargo, no sirven las excusas. Intentó hacer todo lo que pudo por ganar. Pero no bastó. De pronto, hasta pareció entregarse al fatalismo. Lo suyo

es, empero, una despedida. No hace mucho, el año último, otro club prestigioso, rodeado, asimismo, de éxitos y de títulos, San Lorenzo de Almagro, sufrió igual suerte que Racing. Lo lamentaron todos, como esta vez: sus adeptos y el fútbol. Acompañado por el fiel estímulo de sus adictos, siempre una multitud, luchó con un empeño prodigioso, a veces arrollador, y recuperó lo que había perdido. Ahora ahuyentó a los ya viejos fantasmas, tanto que luce en uno de los primeros sitios de las posiciones. Lo suyo no fue un milagro. Fue sólo una fórmula que siempre conduce al éxito: querer y poder.

Entre tanta desazón, Racing tendrá que retemplar su ánimo. No son simples palabras, las palabras repetidas ante un infortunio. Deberá sentir imperiosamente la necesidad de volver a estar en donde estuvo. Allí está su lugar. El marcador central de Racing, Diego Ariel Castelló, fue uno de los pocos que no perdieron la calma entre el desencanto. “Este —dijo— no es el momento de sacar a relucir las equivocaciones que todos cometimos. No nos queda otro remedio que luchar el año próximo por ganar el torneo de la B y hacer regresar a esta institución al lugar que se merece”. Así debe ser y ojalá que así sea.

22 de diciembre de 1983

INEXPLICABLE

Hizo todo lo que pudo. Más de lo esperado. Y no hizo más por una sencilla razón: porque no podía. Una única esperanza se basó, asimismo, en una única posibilidad: la de un golpe. Para concretarlo debía jugar el juego no siempre complaciente, a veces decididamente esquivo, de la fortuna. Concretamente, el azar. Ya no interesa el desarrollo minucioso del duelo desigual. Fue divulgado en su momento. Importa algo mucho más valioso, naturalmente, que la intención poco bondadosa de dos hombres de destruirse cuanto antes.

El argentino Juan Domingo “Martillo” Roldán sucumbió ante el norteamericano Marvin “Maravilla” Hagler. Los vio casi todo el país, además, lo padeció. En Las Vegas, la desvelada ciudad de las epidérmicas sensaciones, un boxeador esquemático, temperamental, con una potencia hasta entonces devastadora, quedó tendido en el ring, ya sin fuerzas, semiciego y con su rostro convertido en una máscara. Sólo él, sin ayuda de nadie, desolado, pensando sabe Dios en qué, en su ilusión rota, en su diminuto pueblo natal, en una corona desvanecida, o sin pensar en nada, tuvo que decidir su abandono por su propia cuenta. Su tortura se prolongó más allá de límites esenciales humanos. Mucho antes había pedido no seguir. Casi lo imploró. Pero de su rincón partió una imperativa orden poco generosa: la de prolongar una presencia que era la triste imagen desgajada de la impotencia. El ruego de Roldán tenía una vibración dramática: “No veo. No puedo más”. El médico de la Comisión Atlética de Nevada lo revisó y dio su diagnóstico y concedió una posibilidad: “Está –dijo– en malas condiciones. Le doy un round más”. ¿Para qué? ¿Acaso para que, estando ya tan mal, estuviese mucho peor? Se notaba que no era él el que estaba sobre el ring.

En el rincón de Roldán estaban sus segundos, y, además, el promotor Juan Carlos Lectoure, convertido, extrañablemente, en un bastonero absolutista. Y de él partió la orden de seguir. Absurdo, tan absurdo como el presidente de un club de fútbol dirigiendo su equipo desde el banco.

Dicen que Juan Carlos Lectoure es un apasionado del boxeo. Al margen de su fervor, hay pasiones que matan, como ciertos amores. ¿Era justo, era lógico, era piadoso que un Roldán ya disminuido, curiosamente agotado después de un largo entrenamiento riguroso, tuviese que extender un martirio? Un mínimo sentido humanitario tiene la respuesta. Se dirá, acaso, que todavía existía la ansiada posibilidad de un golpe definitivo. La contestación está regida por una lógica pura: si con su visión plena no había hecho peligrar la estabilidad de su rival, era un imposible que lo lograra en su deplorable estado de semiceguera. Irrebatible.

Y allí en el ring, demolido por su impotencia antes que por un golpe, Roldán, el noqueador, era la afligida estampa de la derrota. Alguien, y no él, debió haber decidido su abandono. Al volver a su rincón halló en Juan Carlos Lectoure un mal gesto: la toalla arrojada sobre la cabeza de Roldán y su ausencia inmediata del ring. Roldán necesitaba encontrar, por lo menos, una ayuda espiritual que le aliviase el sufrimiento por una gloria que se le había desvanecido. Hay gestos que ayudan a soportar el dolor.

En los vestuarios, Juan Carlos Lectoure reconoció su error. Lo fundamental habría sido no haberlo cometido. Sorprende que un hombre que vive del boxeo haya cometido tal equivocación. Su reconocido oficio dictaba otra cosa: el cuidado de la integridad de un hombre. Sólo eso, que es mucho, que es todo.

Aquí ya no caben disculpas. Una vez más, el boxeo, esa perversidad, demostró que no es, como pretenden muchos, el sutil arte de la defensa, sino el insensible arte de la destrucción. ¿Hasta cuándo? Quizá a esta hora, Roldán debe ser otro arrepentido. Habló de más –“A ese negro le arranco la cabeza”– y cuando se habla de más, siempre existe una posibilidad ineludible: la de acertar menos.

En el boxeo, las palabras mueren. Sólo hablan los puños, el más irracional de todos los lenguajes.

3 de abril de 1984

ASÍ DE SIMPLE

“Generalmente, todo cambio supone cambiar. Cuando algo está mal hay que tratar de que comience a estar bien. De lo contrario, puede estar peor. Todo lo que falla tiene una falla. Por lo menos, una, pero puede tener más, muchas, todas. Entonces se llega a la perfección de lo imperfecto: la ineficacia. Y la ineficacia para lo único que sirve es para nada” (Pedro Astuto).

Se pretende trasladar –por lo menos, fue presentado un proyecto en la AFA– el fútbol de los domingos a los sábados. Esa aspiración fue originada por un hecho concreto: el de que asistan más espectadores a las canchas, muchos más, y, en consecuencia, aumentar las recaudaciones. Pero hay, asimismo, otra intención muy bondadosa: la de que los concurrentes a los estadios dispongan de más tiempo para dedicárselo a sus familias al tener todo el domingo libre. Como se ve, dos aspectos opuestos; uno, material; el otro, espiritual, pero que no parecen rechazarse entre sí, porque, al fin, cuando se está bien materialmente se puede estar mejor espiritualmente. Pero esto es otro tema.

A nadie parecería habersele ocurrido, sin embargo, que hay muchas cosas más eficaces para atraer a la gente a los estadios. Entre ellas que los jugadores jueguen con ganas sin rencores, sin choques, sin mirarse mal, sin insultarse, sin malos gestos, sin discutir los fallos de los árbitros. Concretamente, que jueguen al fútbol y no al desprecio y, además, que traten de jugar bien, lo mejor que puedan, y que, por añadidura, lo consigan. El fútbol ha perdido su alegría. No parecería ser ya un juego, sino una agresión y una tristeza. La gente se cansa de ver una repetición desafortunada: la de la incapacidad. Tal vez, seguramente, no haya un juego más atrayente que el fútbol cuando se juega con vivacidad, sutilmente, con inteligencia, brillantemente, entregándose a la lucha con eso tan vital y que, curiosamente, da la sensación de haber muerto: el fervor profesional. Un futbolista vive el fútbol. En consecuencia, tiene una

obligación mínima: la de justificar su sueldo. ¿Cómo? Muy simplemente: haciendo todo lo mejor que pueda.

La gente se cansó, asimismo, de que hablen de “volantear, diagonalizar, triangular, ventilar, morder, encimar, lateralizar”. Se hartó, además, de las excusas, de las quejas, de las esperas y de una promesa repetida como con papel carbónico. Ya no sirven esas frases reiteradas que pretenden justificar un desacierto: “Estamos en el buen camino”. “Lo único que nos hace falta es adquirir experiencia”. El temor a perder ha convertido al fútbol en un juego especulativo, miserablemente avaro, sin grandeza, sin inspiración, sin fe. La gente teme, por último, el estallido de las tribunas, ese odio de almas secas que suele convertir a un partido en un drama. Por todo eso, concretamente, va mucho menos gente a las canchas.

No se trata de un cambio de día. Bastaría que el fútbol distrajese para que se repitieran las multitudes de antes, cuando un equipo no estaba sometido a la teoría presuntamente infalible de un trazo en un pizarrón. Si se lograra todo eso, los domingos con fútbol. Y no domingos con pena y sin gloria. Allí irían todos. Inclusive, toda la familia, dispuesta a sentir una alegría que ahora es sólo una tristeza. Irían, si, y, además, sin miedo. Un domingo por un sábado no soluciona nada. Todo lo resolvería el fútbol de verdad, sin mentiras, practicado con decoro, honradamente, con orgullo y, por fin, con esa virtud que no debió haber abandonado nunca: la del juego limpio, respetuoso, capaz, para la inmensa satisfacción de un público que entonces sería una muchedumbre. “Nadie puede ser atraído por algo sin atracción. Tan simple como una simpleza” (Pedro Astuto).

28 de Junio de 1984

EXALTACIÓN

Llegó como preparado para soportar un clima estepario. Al bajar del avión, un curioso, anciano y corto de vista, tuvo dudas: no sabía si esa figura era un actor o una actriz. Ese curioso ignoraba que existía una moda reversible. A la vez, para unos y otras. Acercándose mucho, descubrió que era un viajero. Era sólo el dueño de una habilidad que lo había trasladado vertiginosamente de un ácido pasado de necesidades a un fastuoso presente de riquezas. Un enjambre de cronistas, una telaraña de cables y un resplandor de flashes lo envolvieron y ocultaron, en parte, el impecable tapado suntuoso de immaculados zorros blancos.

Unas cuantas horas antes, Nápoles había vivido un estallido. Noventa mil volcánicos espectadores se abrazaron, cantaron, gritaron, bailaron, gesticularon, saltaron y se estremecieron en el estallido en el estadio San Paolo ante la presencia del futbolista más caro del mundo. Y ese jugador de ancha cara redonda, fornido, de piernas gruesas, de ensortijado pelo negro exuberante, los extasió con una brevedad, una miniatura futbolística que, ciertamente, no lo agotó: darle un puntapié a una pelota. El estadio pareció desintegrarse, mientras en las calles ardorosas caravanas parecían agradecerle a un dios oculto y benevolente el haberles otorgado la gracia de contar con ese astro deslumbrante, un ídolo a veces díscolo; otras, impertinente; frecuentemente desdeñoso y casi siempre protegido por la impronta de la inspiración, la astucia y la sutileza. Dentro de una cancha, naturalmente.

El viajero se sintió conmovido al llegar a su país. Y recordó, como su emoción mayor, que un napolitano le había dicho antes de partir para ésta: “Yo dejaría a mi mujer y a mis hijos, pero a Maradona, jamás”. Luego se supo que ese admirador era un sentimental que padecía de una agudísima sensibilidad... Todo extremo es una exageración. Pero la erupción napolitana quedará estampada, guste o disguste, en un capítulo insólito de la historia del fútbol, una historia que no admite, precisamente,

el punto ideal del equilibrio: sensatez. Ese jugador se había desvinculado del club Barcelona. No se sentía cómodo allí y muchos estaban incómodos con él. Desacuerdos, arrogancias y contradicciones precipitaron su ida a Nápoles. Más de siete millones de dólares sellaron su transferencia. Era lógico, al fin, que no se mantuviera indiferente ante tal seducción. Sólo la hubiese rechazado un apóstol del desprendimiento.

Ahora, ese jugador iniciará una nueva etapa. Será, por supuesto, en otro medio, con un público diferente, con reacciones distintas, con otras voces, con exaltaciones hasta el deformado grado del delirio. Para su nuevo club es una esperanza. Pero se le exigirá, desde luego, que siempre juegue bien o que cada vez lo haga mejor. No importa que el fútbol sea el más constante productor de admiraciones y de desprecios: hoy aplaude lo que mañana agravia. Entretanto, Nápoles vive una ilusión. No interesa mucho, tampoco, el hecho espiritualmente poco elaborado de que un solo hombre haya provocado un carnaval estrepitoso. Ojalá que ese ídolo dé lo que le pidan. El estadio San Paolo volverá entonces a vibrar. El desafío está planteado. El grito de gloria dependerá sólo, exclusivamente, de ese ídolo que, a veces, piensa demasiado en lo que es, para olvidarse de lo que fue. Para muchos, la humildad parecería ser la humillación.

12 de Julio de 1984

LOS MEJORES

Se fueron silenciosamente. Hubo en su partida una discreción des-acostumbrada. El seleccionado argentino de hockey sobre patines parecía un conjunto de ignorados cuando emprendió viaje a Novara, Italia, para intervenir en el campeonato mundial de ese deporte. Casi todos sus integrantes, sin embargo, no eran unos desconocidos. Quien más, quien menos, todos habían demostrado excelentes aptitudes. No eran, además, ajenos al éxito consagradorio, como en 1978, ese mismo año en que nuestro país estalló en un festejo sin igual al conquistar el mundial de fútbol, habían logrado el título máximo en el certamen jugado en San Juan.

Eran, claro, dos juegos distintos: el fútbol tenía un turbulento destino de multitudes; el hockey sobre patines, un callado destino de soledad. Pero había aun más: el fútbol estaba plagado de arrogantes, de estrellas exageradamente locuaces; el hockey sobre patines estaba honrado por modestos, por astros extrañablemente equilibrados. Por eso, precisamente, ninguno de ellos dijo, al irse; lo que suele decirse sin originalidad, como con la abrumadora repetición de una calcomanía: “Vamos a ganar porque somos los mejores”. Fue una despedida sin voces. Los viajeros prefirieron los hechos a las palabras. Seis sanjuaninos y dos mendocinos compusieron el plantel. Todos ellos tenían la sencillez de la gente de tierra adentro y habían aprendido algunas lecciones que, lamentablemente, no se practican con frecuencia: la del esfuerzo, la de la humildad, la del fervor. Por eso triunfaron. Representantes así enaltecen al deporte argentino.

Otro ejemplo

Primero fue Gabriela Sabatini. También se fue sin estrépitos. Llegó, luchó y ganó. Ya no es una desconocida. El mundo del tenis la recibió con curiosidad y después, ya vencedora, le dedicó aplausos y un tierno afecto. El futuro la espera sin impacencias. No hace mucho también se

fue sin resonancias un rubio menudo y zurdo nacido en Pehuajó, provincia de Buenos Aires: Franco Davín. Su partida la anunció una noticia de pocas líneas. Tampoco habló. Se supone que se proponía ganar o, por lo menos, tener un papel decoroso, pero no lo dijo.

En Lago Buena Vista, localidad próxima a Miami, Estados Unidos, este pequeño tenista, una criatura, se adjudicó el campeonato mundial infantil. Tampoco dijo algo después del triunfo. Los éxitos hablan por sí mismos y, en todos los casos, son mucho más elocuentes que las palabras. Franco Davín parecería no tener todavía la exacta dimensión de su victoria. Ojalá que su sencillez le dure.

27 de septiembre de 1984

TIEMPO

Hay quienes desean que haga aún más de lo mucho que ya hizo. Son los que no se conforman con nada y que olvidan, además, que no se puede entablar una lucha con algo que es lo único invencible por la simple razón de que es rigurosamente inevitable y nada piadoso: el tiempo. Para todo hay un momento. Pasado ese instante, es muy probable, seguro, que las cosas se hagan a destiempo, con lo que estará más próximo de lo imposible que lo posible.

Tras una campaña que lo llevó a figurar entre los diez mejores tenistas del mundo gracias a su amor propio, a su dignidad, a su obstinación, a su inmensa tenacidad, entregando, a veces, en la cancha más de lo que podía dar, desgastando su físico y su espíritu en luchas tensas y agotadoras, Guillermo Vilas –32 años– fue un ídolo y, asimismo, un ejemplo de responsabilidad. Su fulgor pareció oscurecerse en 1984 al caer frecuentemente ante jugadores de antecedentes poco brillantes, poco valiosos.

En Las Vegas, sin embargo, pareció resurgir con ese fervor que lo llevó a ser mundialmente conocido y respetado. Cayó, es cierto, frente al norteamericano Vitas Gerulaitis, pero superó a dos figuras sobresalientes: al francés Yannick Noah y al checoslovaco Ivan Lendi. Contra todos los pronósticos, llegó a la final, en la que, como se sabe, se midió con un tenista tan prodigioso como impertinente: el díscolo norteamericano John Mc Enroe. En el primer set apareció un Vilas renacido, un Vilas como el de antes, concretando muchas cosas que desde hace mucho tiempo no hacía. Ya en el segundo set, su resistencia se desmoronó. Había entregado su exuberancia física, mientras su espíritu quedaba astillado.

Lo suyo –ese primer set– fue considerado casi como una hazaña. Nuestro enviado especial a Las Vegas, Gonzalo Bonadeo, habló con Vilas y mantuvo con él una larga entrevista. Vilas se sinceró como nunca.

Su acostumbrada medida verbal había desaparecido. Tocó varios temas y transmitió su ardoroso deseo de volver a ser lo que había sido. Categóricamente, dijo: “Fe y ganas me bastan y me sobran”. Era, sin duda, aunque fuera de la cancha, el Vilas de siempre. Sabe y, además, lo dijo, que cada vez la lucha se hace más dura y que “hay muchos chicos jóvenes que juegan bien y tienen tanto o más vigor y más motivaciones que uno”. La apreciación fue el resultado de una realidad indiscutible.

Hay quienes creen que el Vilas de antes volverá: Otros, no. El tiempo será el más severo de sus enemigos. Cada vez peor. Y cada vez más devastador. No se trata de jugar aquí al acertijo. Por lo tanto, los pronósticos no sirven para nada. Guillermo Vilas –repetámoslo una vez más, la centésima– hizo mucho, muchísimo, por el tenis argentino. Lo que nadie. Podrá ganar y podrá perder. Ojalá se equivoquen quienes ya no creen en él, pese a ese presunto renacimiento de Las Vegas. Se le merece. Pero el único que acertará será el tiempo.

10 de enero de 1985

OTRO TIEMPO

Muchos, muchísimos, no saben quién fue y qué hizo. Son los de la generación actual, lo que no vivieron en otro momento, hace ya muchos años, en que el deporte no apuntaba todavía como una voraz lucha descarnada en busca de los ahora dos objetivos únicos: fama y dinero. Era el tiempo del lirismo, sin celos, apasionado y respetuoso. Y a esa época perteneció un ídolo: el entrerriano Mario Mathieu. Recientemente cumplió los cincuenta años de su primer triunfo. En la soledad de las terrosas rutas polvorientas, sólo con la compañía silenciosa de sus rivales, encorvado sobre una bicicleta, recorrió cientos de caminos y los venció. Como dijo Fausto Coppi, aquel ciclista avasallante de aire doctoral, muerto, a los 40 años el 1° de enero de 1960 y al que Italia, su país, llora y reverencia todavía, había algo en esas luchas, algo muy especial, indescifrablemente atrayente: sufrimiento.

Mario Mathieu estuvo en nuestro diario. Alto, fornido, claro y preciso, a los 68 años devanó parte de su historia. No imaginaba entonces que se convertiría en un dueño casi absoluto del éxito. Los esfuerzos eran otros a los de ahora. En la Doble Chivilcoy, por ejemplo, se recorrían 360 kilómetros en once horas y en una sola etapa. Eran entregas agotadoras, extenuantes.

Fue campeón argentino de resistencia en 1935, 1937, 1938 y 1942. En París-Troyes, en 1948, superó al campeón del mundo, el francés Robert Varnajo. Fue casi un obsesivo coleccionista de triunfos. Una larga estadística, irreplicable en este espacio comprimido, lo ubica como una de las figuras más notables del ciclismo argentino.

Lo que no señalará nunca esa estadística, una precisión, al fin, de fechas y de números, es la dimensión humana de Mario Mathieu. Se retiró luego de veinte años de actividad. Ocupó entonces varios cargos públicos en su provincia. Fue, inclusive, intendente de Paraná. Con su voz serena, sin arrebatos, enemigo tenaz de la vanidad, amigo incondicional de la verdad, dijo muchas cosas. “El día que me fui de la Muni-

cipalidad tenía el mismo traje con el que entré. Mi única satisfacción es que camino con la cabeza alta por las calles de mi ciudad”.

Esto, naturalmente, no es deporte. Pero era imprescindible mencionarlo para radiografiar espiritualmente a Mario Mathieu. A través de esta ligerísima reseña, la generación de ahora ya sabe quién fue y qué hizo. Ese era el propósito. Que esa generación lo recuerde como un conmovedor ejemplo de un ganador en los ásperos caminos del ciclismo y en los más espinosos de la vida.

24 de octubre de 1985

MUJERES...

Pedro Astuto, ese personaje concreto, experto en esquemáticas y redundantes definiciones, dijo: “Un juego de mujeres practicado por hombres no es lo mismo que un juego de hombres practicado por mujeres”. Creía que había superado ya todo asombro. Pero se equivocó. Y agregó: “El deporte de hombres es masculino y el de mujeres es femenino. ¿Correcto? Siempre fue así, pero ahora ya no lo es. En épocas de confusiones, todo es confuso. Y entonces ninguna extrañeza debiera extrañarme”.

Había leído un singular desafío: el de un equipo femenino de rugby, el de Alumni, para jugar un partido entre mujeres, naturalmente. El insólito reto encontró eco y respondió a él Gimnasia y Esgrima de Ituzaingó. No sabía de quién había sido la idea, pero a cualquiera que le hubiese pertenecido le parecía algo poco serio, con risueño sentido de show y, además, decididamente atrevido y temerario. Y se decía: “La mujer es una fragilidad. Ahora parecería ser una fortaleza. Mujeres dispuestas a maltratarse, golpearse, derribarse, pisarse y patearse. No me sorprendería que algún día, apareciese en un diario un aviso que dijese: “Se necesitan mujeres vigorosas, no demasiado femeninas, liberadas, desaprensivas, sin inhibiciones, altas o bajas, flacas o gordas, decididas, severas, escasamente tiernas y, además, poco afectas a un lenguaje depurado”. Se quedó pensando y expresó: “No puede ser. Me imagino oír el grito de una mujer: “Bajala, Clotilde; dale en las rodillas”. El circo sólo pertenece a un redondel de arena.

28 de noviembre de 1985

VAMOS, ARGENTINA, TODAVÍA (II)

Hace ocho años, el 25 de junio de 1978, la ciudad se desveló. Fue, en realidad, en todo el país. Once jugadores con una fe inastillable, en momentos en que pocos creían en algo, o no creían en nada, provocaron una eclosión que invadió todas las calles de un estruendo que parecía irrepetible. Fue único. Quienes entendían de fútbol y quienes entendían poco, todos, con un fervor nuevo, arrebatador, se enrolaron en un bando hasta entonces desconocido: el del triunfo. Entonces, en esta misma columna hubo una nota con un título que era un grito de esperanza: Vamos, Argentina, todavía. Los asiduos buscadores del fracaso murieron con su indiferencia, con su desdén, y aparecieron dos productos olvidados y de primera necesidad: sacrificio y humildad.

Eso fue, precisamente, lo que puso de pie a una muchedumbre interminable. Y esos once jugadores, sin pensar en la aplastante posibilidad de la derrota, conquistaron para la Argentina el campeonato mundial de fútbol en una final que todavía se recuerda, que no se olvidará, y en la que nuestro equipo batió al temible seleccionado de Holanda por 3 a 1. Buenos Aires, el país, fueron una fiesta infinita. Hubo una sola voz y una sola bandera. El estallido tenía un nombre único: Argentina. Un grito ensordecedor cubrió todos los sitios, hasta el más apartado de todos, allí donde se repite, como en tantos otros, una honorable y silenciosa virtud: la del trabajo.

Ocho años después, ayer, resonó otro grito igual. Parecía que aquel fervor invencible había sido superado. Quienes no creían, eternos cazadores de la derrota, tuvieron que creer. Y creyeron. Otros once jugadores impulsados por la misma fe de 1978 estamparon sus nombres en la cumbre del fútbol mundial. Fueron los mejores, los indiscutidos.

En los pasos previos al mundial muchos no ocultaron su escepticismo. Nuestro seleccionado, es cierto, había jugado un partido de fútbol pálido, poco inspirado, sin el fresco atrevimiento de otros tiempos. Poco

a poco, sin embargo, fue adquiriendo lo que le faltaba. El plantel comenzó a ser una unión inquebrantable. Un hombre obsesivo que piensa, siente y sueña con el fútbol, Carlos Bilardo, denostado frecuentemente, les inculcó lo que no tenían: espíritu ganador. No se cansó de transmitir su experiencia en charlas interminables, casi agotadoras. Quería un equipo. Y lo tuvo. Y con ese equipo encaró la suprema hora de la verdad.

Se empató con Italia. Cayeron Corea del Sur, Bulgaria, Uruguay, Inglaterra, Bélgica. Faltaba el último rival: Alemania. Y también cayó. Y entre todos deslumbró un ídolo: Diego Armando Maradona. Ante Inglaterra, por ejemplo, elaboró una obra de arte. Fue el segundo gol. Fornido, atento, veloz, zigzagueante, dejó en el camino a seis rivales y dictó una clase magistral de belleza. El mundo elogió la travesura perfecta de quien sería el mejor jugador de este certamen.

No importó mucho: en realidad, no importó nada que ahora la Argentina no ostentase, como hace ocho años, la condición de local. Mejoró poco a poco y se convirtió en un equipo con espíritu ofensivo, con ganas, articulado, sólido, humilde, en el que un astro desempeñó rutilantemente la función de excepcional solista. A su compás, el seleccionado argentino se movió con temple, con entereza, con astucia y a veces con sutilezas. Diego Armando Maradona había sido el bastonero del éxito.

Anoche pareció la noche de 1978. Una multitud salió a todas las calles. Se concentró en la Plaza de la República. Y aquel grito al parecer irrepitible de hace ocho años se repitió. Nadie quedó indiferente a la conquista, ni siquiera aquellos que no se conmueven por ese juego apasionado y apasionante, el más hermoso, tal vez, de todos los deportes. Otra vez había sido vencido el fracaso. Por eso, porque casi todo fue igual a 1978, cerramos esta nota con aquel grito de esperanza: Vamos, Argentina, todavía.

30 de junio de 1986

DESPEDIDA DE UN GRANDE

Supo lo que quería y lo consiguió. El, tal vez, no persiguiese la gloria, pero la gloria se le rindió. El 31 de diciembre de 1985 publicamos una nota sobre él que definía todo lo que había hecho en el juego de su pasión. Y en ella, su sencillez le dictó una frase que desnudaba su modestia: “Nunca jugué para ganar un premio”. Y entonces titulamos esa nota con algo que, al margen de alabanzas, resumía lo que había sido y lo que era: “Porta, en la cúspide del mundo”. La revista *Midi Olympique*, editada en un país donde el rugby es una devoción, Francia, ese rugby sorprendente, inspirado, picaresco, el rugby “champaña”, acababa de ungirlo como el mejor rugbier del mundo. Se lo merecía.

Pasó el tiempo, naturalmente, pero ese hombre metódico, un ejemplo de corrección en un juego que a veces no suele estar signado por la delicadezas, Hugo Porta, ya había trazado una biografía cuya minuciosa enumeración de sitios, luchas, actitudes y éxitos, sobrepasaría largamente la brevedad. Ahora, a los 39 años, Hugo Porta tomó una decisión que le debe haber dolido como duele todo lo que se quiso tanto y de pronto se deja de hacer.

Su intención de abandonar el rugby no fue, sin embargo, inesperada. Se vislumbraba. Y ahora, sin ser ya la figura que había sido, preocupado por otras obligaciones, supo lo que presentía, una suposición impuesta por un discurrir temporal: la de que los astros también se apagan.

Recurramos a los números, esa precisión, esa fidelidad. Hugo Porta comenzó a jugar al rugby a los 15 años. Defendió siempre los colores del club que quiso y sigue queriendo tanto: Banco Nación.

Su ascenso lo proyectó a primera división, en la que fue campeón en 1986 y 1989. Su debut en los Pumas se produjo en 1971. A lo largo de los 17 años que estuvo en ese equipo –de 1971 a 1987 y en 1990– anotó más de 500 puntos. Y fue su capitán desde 1977 hasta 1987 y en 1990, un total, pues, de 11 años. Su primer try internacional lo anotó el 4 de

noviembre de 1972 ante el conjunto sudafricano de Gazelles, a los 13 minutos del segundo tiempo, partido en que los Pumas triunfaron por 18 a 16. El estadio de Ferro Carril Oeste, escenario del encuentro, fue un estruendo. Su último partido lo sostuvo con la camiseta de los Pumas el 10 de noviembre en el Estadio Murrayfield, en Edimburgo, y allí jugó sólo 20 minutos. El seleccionado argentino sufrió entonces un descalabro: cayó frente a Escocia por 49 a 3.

En 1985, sin que necesitase de consagraciones porque ya estaba consagrado, recibió el Olimpia de Oro en esa fiesta máxima anual del deporte argentino y en la que se recompensa a quienes tienen un comportamiento impecable en las luchas y en la vida. En ese mismo año fue el artífice de la primera victoria argentina sobre Francia por 24 a 16 y del empate ante los poderosos All Blacks, cotejo en que conquistó los 21 tantos de la igualdad.

En el señalado año de 1985, el lunes 23 de diciembre, publicamos una larga entrevista cuyo título, Hugo Porta, “El señor Rugby”, revelaba otra de sus supremas distinciones. Y entonces, moderado como siempre, expresó: “Yo no juego para las estadísticas. Me divierto jugando. Para practicar el rugby –agregó en una charla sin método, sin planes, informal– se necesitan tres virtudes esenciales: espiritualmente fuerte, moralmente sano y físicamente apto”.

Podríamos agregar muchas cosas más. La síntesis, lamentablemente, no nos lo permite. Digamos sólo que Hugo Porta, a quién también se lo denominó “Botín de Oro”, por la exactitud en las conversiones y en los drops, reverenció al rugby. Todos, hasta los exigentes implacables que no perdonan ningún error, lo extrañarán. Y mucho. Hugo Porta honró al rugby y a la rectitud. Muchas gracias, maestro.

11 de junio de 1987

VIOLENCIA Y DROGAS

Los periodistas deportivos están preocupados. Razonablemente preocupados. El auge de la violencia y de las drogas es tema fundamental de sus inquietudes. Les cuesta creer que un acto deportivo, que es, al fin, una fiesta, o debería serlo, se convierta en un terreno propicio para que un grupo cada vez más numeroso de seres desquiciados, ajenos a todo sentimiento transparente, insensibles, apelen como único argumento de su sinrazón a la violencia, a la degradación.

El deporte es otra cosa. Es el ejercicio puro del cuerpo y del espíritu. Hay quienes persiguen el éxito como única meta y recurren entonces a un estímulo artificial que los destruye lenta e implacablemente: las drogas. En el campo del deporte existen los cazadores obsesivos del récord. Es, por cierto, una conquista que consagra a los mejores. Entonces se sienten bien, inmejorablemente, superiores, aun cuando sus marcas suelen ser solo una fugacidad que no establece, de ninguna manera, la condición de un alma sin lodo. Todos ellos se olvidan, lamentablemente, de dos principios esenciales en que se sustenta la base ética del deporte: lealtad y juego limpio.

Están los otros, aquellos que también persiguen el triunfo y que no reparan en la manera de obtenerlo, porque para ellos el fin justifica los medios. Su estandarte, un estandarte oscuro, manchado, tiene sólo un nombre triste: agresión. Son seres que no piensan, que no razonan y que ofenden y lastiman al deporte. Muchas veces se ha visto, se ve y, deplorablemente, se verá, que una cancha de fútbol se convierte en un tumultuoso campo de batalla. Periodistas y árbitros, entre otros, fueron, son y serán las víctimas sin culpa de una hiriente intolerancia. El árbitro es el juez supremo de toda lucha. Es falible, es cierto, porque es sólo un hombre. El periodista es un ser que juzga, analiza, critica, pondera o censura. Su credo es la verdad. Para él no hay ofensas, cristalina, caballeresca, y vibra y goza al compás de ella. Es cuando se salva la esencia indiscutible, pero muchas veces agraviada del deporte.

Recientemente se efectuó en Pergamino el 19° Congreso de la Federación Argentina de Periodistas Deportivos. Precisemos cuál fue y es su espíritu a través de una declaración: “Insistimos en la necesidad de fomentar un hábito –lealtad y juego limpio– en todos los ámbitos de la comunidad. En una sociedad en crisis, el deporte resulta un eficaz vehículo de formación y sirve para desalentar a temibles lacras como las drogas y la violencia, temas que preocupan y alarman a los orientadores de la opinión pública”.

Pero dicen aún más en su declaración: “Pretendemos crecer en nuestra propia formación profesional para cumplir, como corresponde, con la responsable y difícil misión de informar, servir, orientar y encauzar a una sociedad a la que pertenecemos y nos debemos”. Ya está dicho todo o casi todo. Sólo hace falta algo primordial: que se respete lo que dicen, lo que piensan y lo que sienten los periodistas deportivos razonablemente preocupados.

19 de noviembre de 1987

FINAL

Hace ya muchos años, más de cincuenta, dos agudos visionarios, José Lectoure e Ismael Pace, imaginativos, andariegos incansables, le dieron a la ciudad, en la bajada de esa calle que no duerme nunca, Corrientes, cerca del río inmóvil, un sitio que se convertía, en su momento de esplendor, en un irresistible imán de multitudes: el Luna Park. Comenzaba una historia que se escribiría a fuerza de entereza, sacrificio, temple, la historia misma del boxeo argentino.

Con el tiempo, la ciudad lloró a esos dos hombres. La muerte de ambos no paralizó, sin embargo, sus inquietudes. Sus Ernestina de Lectoure y Sofía de Pace; se transformaron en las afanosas continuadoras de su empeño. Junto a ellas había un chico con ansias de éxito. Crecería, naturalmente, y se transformaría en el bastonero de ese templo de los golpes y de las estridencias: Juan Carlos Lectoure. Ese templo vibrante, estremecido de gritos, y al que alguna vez lo envolvió un acongojado silencio, en la penosa hora de los ídolos rotos, cuando allí se veló a unas glorias de un apesadumbrado pueblo en lágrimas: Pascual Pérez, Justo Suárez, Luis Ángel Firpo, Oscar Bonavena, Carlos Gardel, Julio Sosa...

Al retirarse Sofía de Pace, quedaron Ernestina de Lectoure y ese chico, su sobrino, Juan Carlos Lectoure. Fue éste un activo empresario de palabras concretas, sin eufemismos, seducido por el espectáculo con el que nació el Luna Park en un momento incierto. Nadie hizo por el boxeo lo que él. Viajó casi por todo el mundo, consiguió luchas por títulos mundiales, en las que su presencia en el rincón de sus compatriotas inspiraba tranquilidad, confianza.

La esquina de Bouchard y Corrientes fue el receptáculo de vehementes trasnochados, presuntos jueces de los enfrentamientos, que alzaban sus voces hasta el exaltado grado insoportable del estruendo. Después de los combates, los analizaban prolijamente y no se ponían de acuerdo. La pasión los enardecía. Fue una esquina típica de esa Corrien-

tes que moría en el río. Todo eso y las rutilantes luces sobre un ring, los choques vibrantes, los triunfos se extrañarán ahora. Y mucho.

Juan Carlos Lectoure, defraudado por muchas informalidades, por hombres con un esquemático sentido de la responsabilidad, ha resuelto que el boxeo abandone el Luna Park. Será, como hasta ahora, el escenario de otras actividades, la hora ya perdida e irrepetible de los nostálgicos. Entrar aquí en la minuciosidad tendría la fría precisión descarnada de una estadística. Por lo demás, nuestro diario trató generosamente el tema.

Digamos sólo que la ciudad ha perdido un rito, el rito de todos los sábados, noches encendidas por la victoria, oscurecidas por la derrota. El boxeo, es cierto, ya no es el de antes, cuando muchedumbres estrepitosas ovacionaban a sus ídolos, cuando los fracasos ultimaban sus esperanzas. Juan Carlos Lectoure siente un gran dolor por este final inesperado. Gracias, Luna Park, por todos quienes enaltecieron su ring ahora definitivamente muerto.

7 de enero de 1988

¿INGENUIDAD?

Esta es una nota que hubiésemos querido escribir hace mucho tiempo. Pero la actualidad, ese hecho joven hoy, viejo mañana, postergaba esa intención. Deliberadamente, no tiene fechas. Parecería ser una nota casi en blanco, pero no lo es. En todo caso, son reflexiones, tal vez ingenuidades, relacionadas, naturalmente, con el mundo del deporte, se angustia, se exalta, se entristece, según sea el resultado de las luchas.

“Yo no dije lo que dijeron que dije” es una frase común que brota con poco pudor de la boca de quien dijo lo que desmiente. Sabe que lo que dijo lo compromete. Entonces acude al resbaladizo juego de la rectificación. Y, por supuesto, nadie le cree. El deporte tendría que ser un transparente compendio de integridad. Pero la pasión lo oscurece. Los intereses, también.

La idealidad no existe, pero Pedro Astuto, ese esquemático personaje enamorado de las reiteraciones, podría decir: “La perfección es lo perfecto. Una utópica “utopía”. Para aproximarse a esa perfección habría que apelar a muchas cosas que tiene el casi ruboroso tinte del candor. No tendría que haber jugadores malintencionados, ardorosos, agresivos, agraviantes, esos jugadores que no respetan a nadie, ni al adversario, ni al árbitro, ni al público, ni a sí mismos. Buscan la fama y cuando la encuentran están rodeados, generalmente, de vanidad. Se creen mejores de lo que, realmente, son. El insulto al árbitro se escuchó en todo el estadio, pero el agresor verbal niega con el rostro inalterable.

Dejemos hablar a Pedro Astuto: “El deporte se hizo para hacer deporte. Es una irrevocable irrevocabilidad. Pero hay deportistas que no lo son. Que no lo serán nunca porque están obsesionados por una obsesión: la de alcanzar el éxito de cualquier manera, aunque sea de mala manera. Yo aspiro a otra cosa. A la lucha francamente franca, leal, sin disgustos, con gusto, limpia de toda limpieza. El árbitro es el que arbitra. Es un hombre y, como tal, falible, pero un noble sentido de la nobleza tendría

que hacerle admitir sus equivocaciones. Su altiva altivez se lo impide. Y el temor, también.

Los estadios tendrían que ser sólo un grito estimulante. Un atleta está cercado por una idea fija: la del récord. Pretende ser mejor que todos, cuando lo ideal sería que hubiese más atletas y menos récords. “Así –diría Pedro Astuto– la normalidad haría muchos más hombres normales que monstruosos monstruos. Lamento que, lamentablemente, el deporte esté signado, en muchos casos, por esa ambicionada ambición.

Nos damos cuenta ahora, tardíamente, de que esta nota es absolutamente inactual, porque, al fin, el deporte, o el espectáculo deportivo, es como es y nadie podrá cambiarlo. Sin embargo, sólo aspiramos a que en todo el mundo reine el juego limpio, sin trampas. ¿Otra ingenuidad?

11 de febrero de 1988

RENUNCIA

Fue un empecinado cazador de elogios. Los capturó porque consiguió lo que muchos persiguen en ese juego envolvente que lleva al distorsionado grado de la pasión: ser el mejor entre todos. Trepó a la cumbre por la sencilla y, a la vez, complicada cualidad de ser virtuoso. Para su país, la Argentina; para infinitas canchas del mundo, allí donde se encienden o se apagan los ánimos según la derrota muerda el desencanto, fue, es, un iluminado. Llegó a Italia para la temporada 1985/86. Diego Armando Maradona no defraudó a los fanáticos de un equipo, el del Nápoli, que estaba sometido a una obstinada decepción: la de no haber ganado nunca un certamen. Con sus imprevistos, con su inspiración, con sus sutilezas, trazó Maradona una especie de magia que estampaba un prodigio: el de alcanzar lo aparentemente inalcanzable.

En la temporada 1986/87 aquel humilde conjunto signado tristemente por la desesperanza conquistó por primera vez el scudeto. Repitió el éxito en la de 1989/90. Las calles de Nápoles fueron atronadas por gritos interminables y Maradona se convirtió en su hijo dilecto. Señalar prolijamente la biografía de este futbolista singular sería un agotador acto de paciencia. Después del campeonato Mundial de Italia, Maradona, autor, en México, de un gol antológico frente a Inglaterra, el mejor gol de todos los tiempos, una irrepetible obra de arte futbolística, hizo un anuncio que asombró: el de no integrar más el seleccionado argentino. Ahora, recientemente, ratificó su decisión. Es curioso que siendo un apasionado del fútbol, cuyo fervor lo llevó a actuar en el Mundial de Italia en condiciones físicas deplorables por golpes asestados despiadadamente, este excepcional jugador, afecto a censurar ciertas actitudes, a criticar lo que otros tapan con el silencio, haya renunciado al honor de representar a la máxima expresión del fútbol argentino. Esperamos, deseamos, que Diego Armando Maradona vuelva a responder a ese honor.

Bilardo-Basile

Carlos Salvador Bilardo, se sabe, ya no es el técnico del seleccionado argentino de fútbol. Creyó que un largo ciclo en esa función había concluido. Tuvo admiradores y detractores. El éxito, como siempre, forma dos bandos opuestos: el de los creyentes y el de los descreídos. Bilardo fue un obsesivo. Su voz tenía un destino único: el fútbol. Viajó, vio, comparó, estudió, criticó, elogió. Hubo quienes las rechazaban. Al fin, la idealidad no existe. Es difícil, casi imposible, ponerse de acuerdo en ese juego, que es, como dijo el también admirado y censurado cronista desaparecido Dante Panzeri, “la dinámica de lo impensado”. Bilardo trabajó denodadamente en lo que hacía. La indiferencia fue su enemiga derrotada. Y tuvo, concretamente, una labor exitosa y que, lamentablemente, no se puede desmenuzar por una inevitable tiranía del espacio: la de darle a la Argentina el título mundial de 1986, en México, y el segundo puesto este año en Italia. Los hechos vencen a las palabras.

Ahora Alfilo Basile reemplazará a Bilardo hasta las eliminatorias del Mundial de 1994. Su trayectoria en el fútbol, como jugador y técnico, es prolongada. Lo espera, sin duda, una ardua tarea. Quienes lo conocen afirman que es dueño de una virtud que muchos desdichadamente no poseen: la de ser una buena persona. Ojalá que sea en el fútbol tan bueno como en su vida. El exitismo se lo agradecerá.

18 de octubre de 1988

DESCORTESÍA

Debe haber sido una de las pocas veces, casi la única, en que Hugo Orlando Gatti, ese personaje singular, sorprendente, dueño de una constante sonrisa, de un inagotable buen humor, se quedó decididamente serio. La noticia lo entristeció. Para él era, sin duda, imprevista. Y además, había llegado a su conocimiento por una vía, asimismo, inesperada: la información periodística. José Omar Pastoriza, director técnico de Boca Juniors, había resuelto separarlo del plantel. Pero ni una palabra cambió con un Gatti asombrado. La caballeresca ley de la cortesía había sido violada.

El diálogo se imponía por un elemental sentido del respeto hacia quien había sido un ídolo. Todavía lo es. De haber conversado, seguramente ninguno de los dos se hubiese puesto de acuerdo. Esa es otra cosa. La iniciativa para un encuentro que, al fin, no se produjo le correspondía, por cierto, a José Omar Pastoriza. Pero la corrección fue burlada.

Convendría recordar lo que fue Hugo Orlando Gatti en el fútbol argentino. Comenzó a jugar cuando tenía doce años en su Carlos Tejedor natal. Era menudo y desgarrado. Entretenía sus ocios en un sitio que, con el tiempo, dejaría de ser un generoso productor de estrellas: el potrero. Allí, en un arco, fue modelando lo que lo convertiría en un creador de sorpresas, en un atrevido repentista. Alguna vez, ya maduro, pero con el optimismo de siempre, dijo: “El fútbol no debe ser una tristeza sino una permanente e inmensa alegría. Y yo se la doy”.

Un día Hugo Orlando Gatti llegó a Buenos Aires. Era un chico sin miedo y la ciudad gigantesca, la gran indiferente, no lo asustó. Fermentaba en él una ambición: la de ser alguien. Y el 5 de agosto de 1962, con tan sólo diecisiete años, debutó en la primera decisión de Atlanta. Apelemos a la síntesis. Esto no pretende ser una biografía. No lo es. Actuó veintiséis años en primera, de los cuales jugó trece en Boca Juniors, el club de su devoción. Estos ligerísimos datos bastarían para recurrir a la

minuciosidad y trazar una sobresaliente historia. Nadie está tanto en el mismo lugar sin servir para algo.

El tiempo, esa implacable puntualidad, avanzó como es inevitable. Hugo Orlando Gatti nació el 19 de agosto de 1944. Tiene, pues, cuarenta y cuatro años. Su ciclo brillante, ése de las intervenciones que envolvían a una muchedumbre en una ovación, ése del fútbol alegre que él rescató de la tristeza con sus gestos, sus osadías, sus maniobras desconcertantes, no permanece ya en la cumbre. Pero por lo que hizo, por lo que fue, se imponía un reconocimiento dictado por la consideración.

Sorprende, apenas, que José Omar Pastoriza, un hombre que futbolísticamente dirige hombres, no la hubiese tenido con quién concretó tantas cosas y tan bien. La trayectoria de Hugo Orlando Gatti no merecía ser abofeteada por nadie con una exclusión sin palabras, sin un diálogo directo, con una extraña actitud inexplicable, hirientemente descortés.

19 de enero de 1989

“AGUILUCHO”

Fue el melancólico itinerario del recuerdo. La nostalgia cubrió ese trayecto colmado de gente que arrancó desde la Plaza de Mayo y se proyectó hacia una pista que fue testigo de muchas audacias y que llevaría un nuevo nombre, el de alguien que había sido ídolo y que todavía lo es: Oscar Alfredo Gálvez. El símbolo de una época en que los caminos de tierra incitaban a un puñado de atrevidos – con sus mamelucos empastados de aceite y de grasa– a una lucha áspera, agotadora, tensa, erizada de mordientes imprevistos.

El domingo último, a los 75 años, Oscar Alfredo Gálvez, ese hombre verbalmente torrencial, de sonrisa constante y que vivió apresuradamente, a borbotones, vio culminar su prodigiosa biografía de éxitos con el emocionado afecto de una multitud que lo estremeció y le veló sus transparentes ojos claros. Y allí, en el autódromo, vibró la mañana en un homenaje sin precedentes en el automovilismo nacional, con la fiesta del cariño, de la ternura, de la idolatría.

El “Aguilucho”, su nombre de batalla impuesto por el desaparecido cronista Pedro Fiore cuando, en el Gran Premio del Norte, en 1940, pasó en la montaña a veintinueve coches, pareció desovillar imágenes ya viejas de una interminable película ajada por el tiempo. Y entonces hubiese querido un imposible: el de tener a su lado a su hermano Juan, el piloto-método, a quién admiró y cuya muerte, producida en 1963, en la Vuelta de Olavaria, laceró su alma con un dolor inconsolable. Entre la muchedumbre desplegada en el ahora Autódromo Oscar Alfredo Gálvez se reunieron otros nombres. Eran los amigos que habían sido sus rivales, unidos todos en una guardia de honor que tendieron a un “Aguilucho” conmovido hasta las lágrimas.

Y allí estaba el inigualable Juan Manuel Fangio, su adversario de la década del 40, cuando, como dijo nuestro cronista Alfredo Parga, el TC colonizaba el país; Oscar Castellano, flamante ganador en Los Hornos; el reflexivo Carlos Alberto Reutemann, el preciso Rodolfo de Aciaga,

el impetuoso José Froilán González, por citar a algunos. Estaban todos, los de antes y los de ahora. “Yo quiero hacerle de chofer para pasearlo por la pista”, pidió Tito Bessone.

El cálculo señala la multitudinaria convocatoria de ese homenaje sin igual: 40.000 personas fueron al autódromo y 160.000 lo vieron pasar a Oscar Alfredo Gálvez en esa caravana de “cupecitas” que rememoraban otro momento, el de los caminos tendidos como una emboscada. Lo vieron otra vez a ese hombre pleno de fe, sin malicia, espontáneo, sincero, puro. ¿Un hombre bueno no es, quizá, preferible a un hombre con un gran talento?...

Ese domingo, ya sin el estruendo de los coches lanzados al vértigo, con un estrépito diferente, el de la gloria definitiva, le perteneció íntegramente a un personaje cristalino que hizo de la vida un ejemplo de lucha, de fervor, de bondad. Porque se lo ganó, vencedor de las pequeñeces, se lo merecía.

23 de marzo de 1989

PUMITAS

Eran los herederos de una responsabilidad: la de tratar de repetir dos éxitos obtenidos claramente; uno de ellos en Berlín occidental, en 1987, y el otro en Troya, Portugal, en 1989.

Además, habían sido distinguidos con un nombre emparentado con una ascendencia prestigiosa, los Pumitas; así, en diminutivo, porque comenzaban a abrazar una pasión que había extendido en muchos campos, a veces honorablemente, el equipo mayor, los Pumas, ese que se batió con denuedo, con aptitud, y que en su momento hizo vibrar a multitudes ante algunos conjuntos reconocidos universalmente como los más poderosos.

Y un día, el 21 del mes último, aquel seleccionado menor argentino de rugby partió para Francia. Allí completó su preparación a través de partidos amistosos, para el Campeonato Juvenil de la Federación Internacional de Rugby Amateur. Son chicos a quienes se les inculcó una virtud esencial: humildad. Y a quienes, asimismo, se les dictó una lección no olvidada: la del juego limpio.

Aquella responsabilidad heredada culminó en la ciudad italiana de Treviso. En la primera jornada, los Pumitas derrotaron a Polonia por cifras que fueron un récord para actuaciones entre juveniles: 115 a 6, y luego, en una lucha con un áspero rival desleal, inclinado, lamentablemente, a la violencia, superó a Italia por 30 a 18.

Llegaron a la final y en ella, ante el más temible adversario, Francia, dueño de una brillante tradición rugbística, los Pumitas, en un choque tenso, equilibrado y con un final emotivo, se impusieron por 19 a 17. Por tercera vez, pues, la Argentina había demostrado que una juventud disciplinada, responsable, sin alardes, empeñosa y perseverante, era capaz de enaltecer al deporte y de honrarse a sí misma.

Ochenta años

Dejó su país antes de que envolviese al mundo una perversidad presentida: la Segunda Guerra Mundial. A dos semanas de su estallido, en 1939, llegó a nuestro país y poco más tarde sería estremecido por una crueldad provocada por los deshumanizados agentes de la muerte: en un campo de concentración, carbonizados, habían muerto sus padres, su mujer, su hija y cuatro hermanos.

Miguel Najdorf, polaco de nacimiento y argentino por adopción, había arribado a Buenos Aires como tablero N° 2 para intervenir en el Torneo de Ajedrez de la Naciones.

Las sombras lo envolvieron. Insomne, desgajado, era el signo triturado de la desesperación. “Me pasé noches interminables sin dormir –confesó alguna vez–: estaba destruido”. Pudo haber sido un vencido, un sacudido sin fin del desconsuelo. Un impulso que ni siquiera él supo de donde brotaba lo llevó a retemplar su alma. Luchó, se rehizo y triunfó.

Aquí formó un nuevo hogar. De tanto en tanto lo asalta el recuerdo de aquel desgarramiento. Para olvidarlo tendría que suprimir la memoria. Y hay dolores que no se derrotan.

EN 1947 se hizo ciudadano argentino. Detallar su brillante itinerario ajedrecístico no es necesario. Nos interesaba más el hombre que el jugador. Plenamente lúcido, locuaz, incansablemente activo, generoso, Miguel Najdorf, el más viejo de los ajedrecistas argentinos y uno de los mayores del mundo, sigue aferrado a ese pacífico juego sutil de las ideas. El domingo último, precisamente, cumplió ochenta años. Los festejó rodeado del reverencial respeto de sus colegas. El olvido, sin embargo, no estaba arrinconado.

Como tantas otras veces, expresó una emocionada síntesis de su gratitud: “La Argentina me dio todo”.

19 de abril de 1990

EL JUGADOR N° 12

Eran unos extrañísimos jugadores que no jugaban. Eran, en realidad, miles de espectadores vociferantes, atronadores, que alentaban a un equipo que, según el juicio de un conocido fanático ya desaparecido, convocaba a la mitad más uno del país. Y no parecía ser una exageración ese censo multitudinario y apasionado. Por eso, por apoyar con sus gritos a unos colores que despertaban un ardoroso amor, por defenderlos hasta el grado detonante de la exaltación, ese fiel conglomerado, un inmenso conjunto de frustrados aspirantes a jugadores, fue bautizado con un nombre que sintetizaba su aliento fervorosamente incondicional: “El jugador N° 12”.

“¿Cómo, los equipos de fútbol no se componen de once jugadores?”, preguntaría el esquemático y repetitivo Pedro Astuto. “Sí, señor –le podría contestar cualquier hincha de esos colores, pero éste es un caso particular. El jugador N° 12 es un jugador quieto”. “Bueno –aclararía Pedro Astuto–, si es quieto renegaría de la inquietud, pero este extraño jugador se mueve, aun cuando no haga nunca un gol”.

“Usted, don Pedro, no entiende nada de fútbol. No se da cuenta de que con sus gritos, sus aplausos, el jugador N° 12 le infunde al equipo un apoyo espiritual que muchas veces ha convertido una presunta derrota en un triunfo concreto”. “Bueno, es cierto, yo no entiendo nada de fútbol –respondió Pedro Astuto–, pero creo que los estimulantes están prohibidos”.

La contestación del hincha no se hizo esperar: “Usted no entiende o se hace el tonto. Este es un estímulo verbal y lícito”. Don Pedro Astuto remató: “Ahora entiendo: miles de gritos componen una gritería y cuanto más se grita parecería que más se gana. El silencio, ya sé, pertenece a los vencidos silenciosos”.

El jugador N° 12, concretamente la gigantesca legión, claro, de simpatizantes de Boca Juniors, entró ya en otra clase de estruendosa y despreciativa gimnasia oral: la del agravio.

Sus colores, dueños de muchos títulos y de una honrosa tradición de éxitos, parecen haberse desvanecido. Se exigen victorias y no llegan o se concretan angustiosamente. EL jugador N° 12 tenía que encontrar un culpable y lo halló en su director técnico. No se da cuenta de que ese denostado, zaherido y, además, honesto Carlos Aimar, pretende también a lo que aspira el jugador N° 12. ¿O, acaso, Carlos Aimar podría decir a sus jugadores que no corran, no pateen, no cabeceen, no se esfuercen, jueguen mal y pierdan?

Muchos nostálgicos del jugador N° 12 recuerdan nombres que estamparon una historia enaltecida por la gloria. Pero ahora es el presente, sin duda, y el jugador N° 12 no sabe, al fin, que el director técnico no juega. Sólo indica, aconseja, guía, traza una táctica, diagrama una estrategia.

Los que juegan son, por supuesto, los jugadores. Elemental. Carlos Aimar padece un calvario. La claridad la podría aportar el repetitivo Pedro Astuto: “Cuando uno manda, los demás son mandados. Cuando no se obedece, el poder es ya algo sin poder. Al jugador N° 12 le diría algo muy simple: nadie persigue la derrota. Todos quieren ganar, pero cuando se pierde no hay un solo derrotado. Carlos Aimar es la víctima inocente de un intolerante conjunto de hinchas disgustados con el disgusto y que, naturalmente, ha perdido la capacidad pensante de pensar. Pero, lamentablemente, el fútbol nunca dio una ilustre figura ilustrada”.

6 de diciembre de 1990

BONDAD, MALDAD

Hay quienes proponen que por la noche no se debe jugar más al fútbol en un intento inútil de evitar la despiadada acción de las barras bravas. Otros, en cambio, sostienen que si sólo se debe jugar por la tarde hay que suprimir el fútbol. Y quizá tengan razón. Veamos. La bondad y la maldad no están determinadas por el reloj. No se puede ser bueno de día y malo de noche. Una buena persona lo es durante todo el día. Hay muchos que afirman que algunos dirigentes son tan culpables como las barras bravas al apoyarlas y al permitirles perpetrar impunemente sus iras, tanto que guardan en los clubes los contundentes elementos de su agresión. Lo sabe todo el mundo. Habrá desacuerdos, protestas, desmentidas, porque, al fin, sólo a los temerosos les desagrade la verdad por estar acostumbrados a la menuda técnica despreciable de la adulación, que casi siempre suele ser una mentira. O una hipocresía.

Y tuvo que morir un hombre al que le gustaba ver fútbol pacíficamente para que brotara una tardía preocupación. Saturnino Cabrera fue a la cancha, como muchas veces, para alentar correctamente al equipo de sus simpatías: Boca Juniors. Nunca pensó, naturalmente, que ése sería su último día. Julio Grondona, presidente de la AFA, admitió, en la ya irreparable hora de los lamentos, insincero y quizá demorado mea culpa, al afirmar: “Los dirigentes somos los primeros que tenemos identificados a los integrantes de las barras bravas y asumimos nuestra responsabilidad para erradicarlos definitivamente de las canchas”. Cabe entonces una pregunta inevitable: si estaban identificados, ¿cómo se les permitía su ingreso en los estadios? A ellos les cabía sólo un camino poco cómodo, pero justo: el de la cárcel.

Aquí, en este espacio, se censuró frecuentemente el descarnado accionar depravado de las barras bravas. Y no seguimos porque todavía sentimos el dolor de los inmolados absurdamente en un acto que tendría que ser únicamente una fiesta: un partido de fútbol.

20 de diciembre de 1990

CRÓNICA DE UNA TRISTEZA

No hubiésemos querido escribir nunca esta historia triste. No somos partidarios del drama porque todo drama encierra un dolor. Un personaje admirado en todo el mundo, en cualquier cancha donde miles de gritos están destinados al resplandor de los inspirados, torció, de pronto, su festejado itinerario de ídolo. Había nacido en el agrio territorio de la desesperanza: una villa miseria. Pero quería hacer algo y ser alguien. Y lo hizo y lo fue. Su ansiedad por vencer el silencio y dejar de ser nadie lo proyectó al deseado y evasivo recinto dorado de la fama. De pronto, su nombre se convirtió en un desarmónico coro estridente que exaltó sus sutilezas, su precisión, como trazadas por una regla y por un compás.

Es difícil, sin duda, ser humilde cuando se está acosado por la idolatría. Ya se había olvidado de la deprimente escenografía gris de su solitario deambular por las desiguales calles de tierra de su niñez. Ahora se sentía dueño del mundo sin darse cuenta de que no se podía desafiar con soberbia a un destino generoso que lo había convertido en el mejor de todos. Solo futbolísticamente, claro. Y no supo, además, que el mundo, esa inmensidad, no tenía ningún dueño.

Un día, el viernes último, una noticia asombrosa dejó atónitos a millones de aficionados a un juego apasionado y apasionante: el segundo análisis practicado a la máxima estrella del Nápoli, Diego Armando Maradona, correspondiente al partido que su equipo le ganó a Bari por 1 a 0, había dado positivo. No era, precisamente, un estimulante al que acuden los irreflexivos perseguidores de la gloria. El diagnóstico fue inequívoco y reveló el nefasto uso de la cocaína. Es posible que este jugador impredecible, rodeado de desacuerdos, de peleas, de reclamaciones judiciales, no haya recurrido a ese destructor polvillo blanco para jugar mejor al fútbol, pues hay otras drogas más efectivas e igualmente ofensivas para conseguir ese propósito.

Diego Armando Maradona se quejó de presiones insoportables de su público. Se sintió un perseguido. Pero era, indiscutiblemente, un profesional y, en consecuencia, tenía la irrenunciable obligación de responder decorosamente a su oficio. No se pretendía que Diego Armando Maradona se sometiese a una vida austeramente franciscana. Pero pecó. Y su pecado capital no merece indulgencias. Con las mismas presiones y con muchos años en Italia actuaron Michel Platini y Daniel Passarella. Ya se sabe que el público exige y que no es un adepto de la resignación ante la derrota. Pero los dos, entre varios más, dieron muestras de una conducta irreprochable. En otro sitio del mundo, Brasil, el moreno, inigualable y aún no olvidado Pelé es, sin duda, con su comportamiento sin tacha, una acusación a los desvaríos de este Diego Armando Maradona millonario e indócil. Pero el dinero, al fin, no suele ser un productor de delicadezas y la indocilidad hace que su áspero poseedor aspire a tener razón cuando, precisamente, la ha perdido.

La magnitud futbolística universal de Diego Armando Maradona debía ser un buen ejemplo para la juventud, para quienes creen en la rectitud. Pero, en cambio, es un pésimo ejemplo. Lamentable. No basta con destacarse en una cancha de fútbol. Lo importante es también sobresalir en la vida. En ese inevitable transcurrir del tiempo, en el que hay que obtener el más valioso de los éxitos: el de una vida sin errores imperdonables.

Diego Armando Maradona ya no juega como antes. Da pena pensar que haya atrapado las primeras planas de los diarios por cuestiones extrafutbolísticas. Había conquistado la cumbre, pero ahora es un ídolo con sus alas desgarradas. Si puede, debe pensar en lo que fue, en lo que es y en lo que quiere ser.

4 de abril de 1991

BODAS DE ORO

Fueron ocho hombres inspirados por la fe. Sentían y querían lo que hacían en un oficio seductor y que exigía una virtud esencial: la del equilibrio. El periodismo, ese arte de pensar y de juzgar armoniosamente, sin otra guía ecuánime que la de la razón, los atrapó. Sus nombres ya son pasado. Pero quienes los recuerdan, ubicados temporalmente más allá de la madurez, no los olvidan por el fervoroso hecho de haber estado impulsados por una obsesiva devoción profesional. Un día resolvieron hacer algo más de lo mucho que ya hacían. Y el 24 de mayo de 1941 esos ocho hombres constituyeron el Círculo de Periodistas Deportivos.

Su propósito, entre otros, era el de reunir, en una hermandad, a los dedicados a analizar los variados episodios registrados en el inmenso y envolvente campo del deporte. En su función de escribir, de opinar, de orientar, esos ocho hombres pertenecieron a una generación desvelada por la bohemia. De ellos queda uno: José López Pájaro, testigo lúcido de esa época de conmovedoras entregas líricas, selladas por el desinterés. Hoy, pues, se cumplen las bodas de oro de esa entidad nacida por quienes creían en su futuro.

Pero hubo algo más dictado por la rectitud. En 1954, el Círculo instituyó un premio, el Olimpia de Oro, y lo entregó a quien había sido un ejemplo dentro y fuera de las luchas del deporte. Era una recompensa única y se la adjudicó a Juan Manuel Fangio, el inigualable, ese balcarceño poco locuaz y humilde que hizo vibrar las pistas y las multitudes del mundo. El, próximo a cumplir ochenta años, es otro de los testigos de un viejo momento ya desvanecido. Luego, en 1970, se instituyeron otros premios, los Olimpia de plata, destinados a quienes deportiva y humanamente se desempeñan con brillo y con decoro. Todos los años, entre aplausos, sonrisas, nostalgias, evocaciones, es la fiesta máxima del deporte argentino.

Faltaba algo todavía. En 1960 fue creada la Escuela de Periodismo Deportivo. Desde entonces asistieron y asisten a ella quienes eligieron

su destino. Varios de ellos ya están incorporados a las redacciones de diarios y revistas. Sus profesores entregaron sus conocimientos y los transmitieron a una juventud que no se equivocó en su elección: la de ser los jueces imparciales de lo que veían, espectadores activos de todo lo que palpita en el deporte: grandezas y pequeñeces. Si, aquel 1941, en que se lanzó a la vida el Círculo de Periodistas Deportivos, era otro momento. No se duda. Eran otras actitudes, otros gestos, otra gente. Luego brotó la ambición. Ese signo que abre muchas puertas, el dinero, fue un imán que contradujo la ingenuidad y el romanticismo de Pierre Fredi, Barón de Coubertin. Pero nos desviamos del tema principal. Perdón.

Siete de aquellos ocho hombres son una nebulosa para las generaciones actuales. No los conocieron, no saben que hicieron. Ignoran lo que pensaban y lo que sentían. Quienes pasamos largamente de la cincuentena seguimos teniendo por ellos un respeto reverencial. Y en el Círculo de Periodistas Deportivos reinó y reina su espíritu. Fueron y son para él un ejemplo valioso, una rica inspiración estampada por una virtud que no perdió ni perderá: la de ser fiel a la verdad. Y, además, las de unir a quienes se vuelcan a esa perseverancia que da una satisfacción incomparable: la de no olvidar que valen mucho más los hechos que las palabras. De su reducto de Rodríguez Peña 628 se dicta un magnífico ejercicio que estimula y desbroza el espinoso discurrir por la vida: hacer lo que se quiere y querer lo que se hace.

Felicitaciones al Círculo de Periodistas Deportivos en sus bodas de oro y por su emocionante afán inalterable de prolongar la senda que bautizaron aquellos visionarios, ocho hombres apasionados.

24 de mayo de 1991

DESPEDIDA

Dejó de hacer lo que quería tanto y, además, hacía tan brillantemente. Ahora comenzó a estar rodeado de recuerdos, de nostalgias, y no oír más bramidos ni más aplausos de esas multitudes que corearon su nombre y lo exaltaron hasta el grado supremo de la admiración: el de la idolatría. Fue, ciertamente, un ídolo. A los 37 años, Ricardo Bochini acaba de abandonar el fútbol, esa vibración que lo hizo vivir emocionalmente entre el fervor de sus adeptos.

Este no es el momento obligado de ciertos elogios, esas ponderaciones a veces exageradas que se destinan en algunas despedidas a la hora del silencio, cuando en una cancha, ese estrepitoso receptáculo de pasiones, angustias, alegrías e infortunios, ya no sea para él un grito. Pero Ricardo Bochini estará junto a los escenarios de su consagración, ya inactivo, sintiendo todavía el fútbol como lo sienten pocos. Y será un recuerdo que no se borrará, rodeado de añoranzas, tal vez de tristeza.

Recurramos a los números para establecer exactamente su dimensión. Debutó en primera división de Independiente frente a River Plate. Desde entonces siempre integró el plantel de primera división de Independiente. Ganó cuatro títulos locales (1977, 1978, 1983 y la temporada 1988/1989). Dos veces Copa Intercontinental (1973 y 1984), en cuatro ocasiones (1973, 1974, 1975 y 1984) obtuvo la Copa Libertadores y fue campeón mundial con la Argentina en México '86.

Y este hombre menudo (mide 1m67 y pesa 67 Kg.), además afable, sin palabras altisonantes, sin insoportables actitudes oscurecidas por la vanidad, sencillo y simple, sin creerse nada más que un futbolista que tenía la inmensa dicha de hacer lo que sentía tan apasionadamente, fue uno de los representantes más inteligentes del fútbol argentino. No le gustaba el juego avaro de los indecisos, de esos inseguros que tratan de defenderse en vez de atacar. Era un amante de la ofensiva y de la acción limpia y pura, no enturbiada por brusquedades porque las reprobaba y no le hacían falta.

Hizo, pues, del fútbol una precisión y un deleite. Para ganar sostuvo siempre una premisa fundamental: la de jugadores dueños de un mecanismo casi obsesivo, el del ataque, y sin que nunca retrocedieran en busca de resultados mezquinos.

Ricardo Bochini se divertía jugando. Y divertía a los demás con sus imprevistos, sus pases, esas paredes y algún caño que transportaban al frenesí a las muchedumbres. Hacía revivir los potrereros, esos inspirados productores de sorpresas y, lamentablemente, hace ya tiempo desaparecidos. Uno de nuestros cronistas deportivos definió sus toques de un modo originalmente acertado: “Eran mitad pincel, mitad estilete”. Por todo lo que hizo, Ricardo Bochini, muchas gracias, maestro.

11 de julio de 1991

DEPLORABLE

Hizo lo necesario para perder. Y fue, al fin, el autor de una paradoja: la de la perfección del desacierto. Ningún triunfo, si la justicia no es ofendida, puede pertenecer a los indiferentes, a los despreocupados, a los que se burlan de la seriedad, para convertirse en seres inofensivos en donde, precisamente, prevalece la ofensa, porque sobre un ring se practica el vehemente ejercicio de la intolerancia. Algunos de los adeptos a la violencia creen, si son capaces de pensar— para ellos una complicada gimnasia mental—, que la victoria en esa áspera lucha en que dos hombres tratan de imponerse con el agravio de los golpes se debe inclinar por el que más habla, por el más soberbio, por el más irresponsable. Las voces ya no sirven en ese tinglado de la agresión, donde las palabras mueren en el acto silencioso y poco complaciente de los puños. O, mejor para peor, de los puñetazos.

No nos agrada escribir estos apuntes porque están dictados por una penosa frustración. Un argentino de 24 años, Jorge “Locomotora” Castro, fue en busca de una ilusión: la de conquistar, frente al norteamericano Ferry Norris, de la misma edad, el título de los medianos juniors del Consejo Mundial de Boxeo. Estaba seguro Castro de derrotar a un hombre que respetó su oficio. Que se preparó tenazmente y que hizo de su profesión un pacto con una exigente aspiración: la de seguir siendo el mejor.

Castro, por el contrario, continuó aferrado a la indisciplina. Se entrenó cuando se le ocurrió. Desobedeció a quienes lo dirigían y fue el exclusivo dueño de sus decisiones. Desoyó a quienes lo orientaban en una actitud rebelde y que era, sin que él lo advirtiera, naturalmente, una lamentable desorientación. Y desenfadadamente dijo: “Estoy bien, muy bien, como para subir al ring, pegarle algunos golpes a Norris y bajar como un campeón mundial”. Burlón, con una ironía que tenía poca gracia, ninguna, agregó a su ociosidad: “¿Cuánto corrí hoy? Cinco kilóme-

tros, pero en sueños”. Y siguió soñando. Cuando hay un título mundial en juego, una elemental severidad obliga a sacrificios ineludibles.

Hablar del combate sería hablar a destiempo. Lo vieron miles de personas por televisión. Y allí, en el ring del Palacio Bercy, de París, una obra del buen gusto, hubo dos imágenes que se rechazaban. Castro confió únicamente en la contundencia de un golpe. Un azar, sin duda. Norris apeló a su destreza. Y entonces brotó de ese ring una antítesis que llevó a Castro a recibir un castigo como no había padecido nunca. Por lo menos, en el limitado orden doméstico. Pero ésta era una pelea que se producía en un severo medio internacional. Norris desplegó un juego inteligente. A Castro lo desmoronó un proyecto de boxeo.

Y en el boxeo, como en tantas otras cosas, no se gana sólo con una idea, sino con una realidad. Castro se mantuvo angustiosamente de pie. Dijeron que fue por su coraje. Pero como afirmó un periodista argentino que presencié esa lucha sin lucha, “más que coraje fue un signo de impotencia”. Coincidimos. A su regreso de París, un Castro desconcertante recurrió al engaño: “Estoy conforme –dijo– con mi actuación”.

Ahora se acude a lo ya tradicional. Y se expresa puerilmente que Castro tendrá que reflexionar. ¿Podrá? El razonamiento, si es que lo tiene, le servirá de poco. De nada, por un hecho indiscutiblemente simple: el de no poseer la virtud de escuchar y respetar un buen consejo. Justificar lo injustificable es un imperdonable pecado de terquedad. Quizá Castro no esté muy convencido de lo poco que hizo, de lo mucho que dejó de hacer y de la infinidad de cosas que olvidó.

19 de diciembre de 1991

EXCEPCIONAL

Tiene la discreción de hablar poco, lo necesario, porque es enemigo de las exuberancias verbales, las de esos personajes exageradamente locuaces que se sienten dueños de un envolvente poder de convicción y cuyas agobiadoras palabras no convencen a nadie. Sólo sirven para provocar bostezos que arrancan de una indiferencia insoportable: la del aburrimiento.

Varias veces nos ocupamos de Diego Degano, ese nadador de una resistencia excepcional y ganador, el domingo último, de una de las pruebas más extensas, difíciles y agotadoras: la Maratón Acuática Santa Fe-Coronda. Se preparó como siempre, con ahínco, casi con obsesión, porque sabía que todo esfuerzo reclama una entrega que es una devoción: la de la perseverancia. Antes de la prueba evitó lo que es la inevitable soberbia de los suficientes.

Hora tras hora, día a día, constante, solitario en la tediosa inmensidad del río, nadó incansablemente. Bastaría una brevísima mención para exaltar su proeza. En la Santa Fe-Coronda participaron 35 nadadores, 24 de ellos en representación de los cinco continentes. Por tercera vez consecutiva había conquistado el campeonato mundial de aguas abiertas y en otras tantas ocasiones recibió, también sin interrupciones, un premio del que sólo es destinataria la deslumbrante legión de los sobresalientes: el Olimpia de Plata. Diego Degano venció luego de 7h43m27s de nado, sin duda una extenuación.

Tiene motivos para sentirse razonablemente orgulloso, un orgullo que, sin embargo, no enturbiará su sencillez, porque tampoco ignora que el éxito no debe estar nunca acompañado por los altaneros, los narcisistas, esos seres petulantes que divulgan sus victorias de viva voz y que cometen uno de los más imperdonables de los pecados: el de sentirse inigualables.

ARREBATO

Convocó a multitudes con la contundencia demoledora de sus golpes. Lo idolatraron los insensibles amantes de la violencia. Era una adoración que nacía de la escasa inclinación a la piedad de un hombre que nunca conoció el profundo límite entre la moderación y el desequilibrio. Ahora está solo, desoladamente solo. Ya no tiene paz. Las voces que lo exaltaron, enmudecieron. Su vida comienza a ser un monólogo. Tal vez un puñado de preguntas sin respuestas.

Las muchedumbres afirmaron que era un monstruo sagrado. Su atemorizante físico férreo, de espaldas anchísimas, con un pescuezo tan corto que parecía inexistente, daba la extraña sensación de no pertenecer casi a una persona. Su saña sobre un ring, enardecido, monolítico, avasallante, atestiguaba esa curiosa impresión.

Nadie le enseñó el candor de la niñez. Y entonces creció junto con la perversa erosión del desafecto, de la iniquidad. Estuvo enclaustrado en institutos correccionales, como en un anticipo de su encierro de ahora. Y un día se hizo boxeador. Distaba de ser, ciertamente, un intelectual. Si lo hubiese sido no se habría lanzado, naturalmente, a esa desconsiderada aventura de abrirse paso a puñetazos. Era, al fin, un enconado enemigo de las delicadezas.

Comenzó a trepar hacia la cumbre y la dominó. Era la figura que les hacía falta a los dueños huérfanos de bondad de las agresiones. Y a los 20 años se convirtió en el campeón mundial de los pesados más joven de la historia del boxeo.

Este apunte omite deliberadamente precisiones porque pretende tener otro sentido, el de señalar que un ídolo no es sólo el que triunfa, sino el que dicta un ejemplo de probidad en el transcurrir inevitable y variado mundo del deporte y fuera de él. En todo.

El reciente episodio triste ya es muy conocido. No hacen falta, pues, prolijidades, ni lugares, fechas, nombres, luchas, resultados. Famoso y

adinerado, tenía todo lo que desean tantos, inclusive muchos ambiciosos, muchísimos, a quienes su mediocridad los desmorona el fracaso. Mike Tyson poseía, empero, otras apetencias, otros ardores. Y en una madrugada de julio último invitó a su habitación de un hotel de Indianápolis en que se hospedaba a Desiree Washington, una chica de 18 años que participaba de un concurso de belleza negra, y abusó de ella.

Desiree Washington debió haber dudado de la pureza de una supuesta cortesía. ¿O suponía que en ese encuentro íntimo, sin testigos, Mike Tyson, un limitado mentalmente, le hablaría sólo de poesía o le entonaría una enternecedora canción de cuna? Se equivocaron los dos. Él por cometer la estupidez del arrebató y ella por responder a un impulso de supuesta ingenuidad. A veces es temerario creer en la inocencia.

El boxeo perdió a un ídolo. Y ahora sólo un número lo condujo de las luces a las sombras. Sus admiradores, desde luego, no lo olvidarán. Pero él ya comenzó a ser una añoranza. El “hombre de acero” es el “hombre de rejas”.

2 de abril de 1992

LA TARDE ROJA

Su vida le fue perversamente arrebatada cuando despuntaba el esperanzado tiempo de las ilusiones. De los ojos de Roque Hernán Villarruel, un chico cordobés de 17 años, ni siquiera brotó el inesperado signo del asombro. La muerte se apoderó de él por el malvado desenfreno de una bala huérfana de piedad. Y así interrumpió para siempre un sueño, una pasión.

Muchas veces censuramos acremente los impulsos insensatos que culminaron con tristes pérdidas irreparables. Era lo lógico, porque, al fin, nada vale más que el deseo de seguir palpitando, entregándose honradamente, con afecto, con fervor, a los grandes o pequeños actos repetidos de todos los días. Las palabras ya no sirven para nada. Siempre habrá los poseídos por el rencor o por la más irreflexiva o minúscula de las actitudes: la del odio.

El domingo último, en Tucumán, estaba por jugarse algo tan simple, tan sin exagerada magnitud, como un partido de fútbol entre San Martín, de Tucumán, y Talleres, de Córdoba. Faltaba mucho para que comenzara la lucha. El fútbol, a veces ese arrebató, esa exaltación, estaba aún ausente de gritos.

El silencio no presagiaba ningún imprevisto. Pero de pronto se toparon ferozmente las hinchadas de los dos equipos. Y la apacible tarde tucumana se convirtió en una llamarada, en una ardiente tarde roja. Hubo disparos de armas de fuego y con uno de ellos cayó definitivamente Roque Hernán Villarruel.

La lista de la angustia, del llanto, comenzó el 19 de octubre de 1958. Desde entonces hasta ahora, al cabo de 35 años, hubo en total 65 muertos, excluidos los atrapados, como en una ratonera, en la puerta 12 del estadio de River Plate. Una poco recomendable estadística de lo inaudito. Entretanto, desde el 3 de mayo de 1985 existe una ley sobre la violencia en los espectáculos deportivos. Una ley desoída, pero que

se recuerda cuando, desdichadamente, alguien pierde la vida. Hay una pregunta inevitable, pero se plantea sin respuesta: ¿hasta cuándo?

Es difícil corregir ciertas desviaciones, entre ellas la presencia de las tumultuosas barras bravas, esos entronizados verdugos de la respetuosidad, por quienes algunos dirigentes sin probidad —¿dirigentes o fanáticos?— se interesan directamente por pedir su libertad cuando son detenidos. O les regalan entradas o pasajes.

Según las disposiciones del nuevo régimen penal para la prevención y represión de la violencia en los espectáculos deportivos, quienes entorpezcan o alteren el desarrollo de los encuentros serán castigados con diversas penas de prisión o multas.

Muchos lo saben. Los elementos de agresión y los bombos se guardan en algunos clubes. De acuerdo con lo que determina el preciso dictado de las proporciones, es imposible que ese instrumento repiqueante y atronador, un bombo, entre disimulado en un bolsillo. Habrá, seguramente, dirigentes indignados y ofendidos que lo desmentirán.

Deseemos, aun cuando sea una ingenuidad, que desde ahora imperen el orden, la disciplina y, esencialmente, el respeto hacia todos, allí donde una vida se puede perder por un deleznable impulso de la depravación.

22 de abril de 1993

DEMENCIA

Fue, sin duda, un hecho singular. Nadie podía suponer que en el mundo del tenis, allí donde no hay virulencias entre sus actores y sus espectadores y donde prevalecen, como un viejo rito, normas elementales de una recíproca respetuosidad, se produjese un episodio sombrío, insólito, inaudito, demencial, como se prefiera, y cuya impredecible notoriedad está enmarcada, naturalmente, en una crónica policial antes que deportiva.

Una chica yugoslava de 19 años, Mónica Seles, No.1 del ranking mundial desde el 9 de septiembre de 1991 y dueña de un juego impetuoso y avasallante, estuvo a un tris de perder la vida el viernes último, en el campeonato de Hamburgo, por obra de un alienado, un vesánico, un psicópata, como se quiera, que, al fin, es lo mismo.

En un descanso del encuentro con la búlgara Magdalena Maleeva, a quien hasta entonces superaba por 6-4 y 4-3, Mónica Seles fue apuñalada en la espalda por el mecánico alemán Günther Parche, de 38 años, y recibió una herida de 1,5 centímetros sin tocar ningún órgano vital, casi rozando la columna vertebral.

El agresor, que no actuó bajo los efectos de estimulantes ni de alcohol, desnudó su desequilibrio en sus declaraciones. Estuvo impulsado por el fanatismo, un desajuste del ánimo, ese estallido temiblemente detonante que hace trizas la razón, que deforma y agravia el saludable y, a veces, muchas veces, difícil ejercicio sereno de pensar.

Y como si pretendiese ser un justificativo a su punible acción, ese mecánico con el alma congelada por la orfandad de emociones, minúsculo productor insensible del estupor, afirmó: “Quise dejar inactiva a Seles por unos meses para, de ese modo, permitir que mi ídolo, Steffi Graf, fuese nuevamente la No. 1 del mundo. Yo sólo busqué que Mónica no pudiese jugar por varios meses. Nunca quise matarla”.

Entretanto, Mónica Seles, demudada, pálida, temblorosa, sin entender nada de nada, sufría, en una camilla al costado de la cancha, un profundo desgarrón espiritual. Ya no había aplausos. Sólo silencio. Sólo dolor. Regresó a Saratoga, en la Florida, donde reside, para tratar de reponerse de esa impresión que la estremeció, la alteró y que, seguramente, no olvidará nunca.

Daba pena ver, a través de la televisación, la imagen de una Mónica Seles abatida, ella tan vigorosa en el juego, tan demoledora, tan inexpugnable. No se sabe cómo resolverá su futuro. Por lo pronto, sin que su vida corra peligro, tendrá que estar dos meses inactiva. Una multitud de los apasionados y de los indiferentes al tenis se conmovió ante un acto sin explicación y que sólo lo albergaba la mente turbia de un alucinado. Lo de Mónica Seles, una figura brillante de los courts, fue la noticia mas triste, más asombrosa, de toda la antiquísima historia del tenis mundial. Un disparate. Claro, de un loco no se pueden esperar nada más que locuras.

6 de mayo de 1993

VERGÜENZA

Y se fue de la cancha casi tembloroso, desconcertado por el asombro. Había sido una autoridad desautorizada por una exacerbación lamentablemente incurable: la del fanatismo. De gente, dicho con exagerada generosidad, que se había burlado de la decencia, que no es otra cosa, entre tantas, que ser espiritualmente limpio. Luego, cuando el domingo comenzaba a desvanecerse, velado por las primeras sombras, un hombre demudado por la aflicción se fue del estadio Córdoba dentro de un patrullero, escoltado por otros coches, como si fuese la curiosa figura contradictoria de un ladrón que no había delinquido.

Javier Castrilli, apesadumbrado, con su tenso rostro pálido, había sido el árbitro del encuentro inconcluso entre Talleres y River Plate. Promediando el segundo tiempo del partido se produjo la decisión del escándalo: el penal que Castrilli cobró por la falta de Obulgen a Da Silva. Entonces, un espectador o, más correctamente un exaltado, un individuo cuya edad, 28 años, lo obligaba, para él, a un desmesurado y agotador esfuerzo de razonar. Ubaldo Varela, entró en la cancha con el repudiable propósito de increpar a Javier Castrilli. De las tribunas de los locales brotó un aplauso unánime, como si se ovacionara a un ídolo, que premiaba la malévola intención de ese sujeto con un alma prolijamente pequeña y que era únicamente un minúsculo admirador inconsciente de la perversidad y del arrebato.

Ese fue el detonante que alteró a los jugadores de Talleres. Rodearon a Castrilli en clara, u oscura, actitud beligerante. Hubo insultos, burlas, manoseos, escaramuzas, y entonces el árbitro dispuso suspender el encuentro del desencuentro a los 27 minutos de la etapa mencionada. El camino de Castrilli a su vestuario estuvo sembrado de voces enardecidas que no eran, precisamente, de simpatía.

Ese domingo de un fútbol agraviado se ensombreció también en el cotejo entre Vélez Sarsfield y Argentino Juniors. Parecía un desdichado

domingo destinado más a una crónica policial que a un relato deportivo. Ya se sabe lo que es el mundo del fútbol, una distorsión que se inflama y arde al compás de una pasión, que es, al fin, una agitación del ánimo. Un acto, concretamente, incontrolable.

Muy pocos admiten que un árbitro, la ahora desmentida autoridad suprema de una lucha, esté cercado por la simple y a veces complicada circunstancia de ser un hombre. No le pertenece, pues, la inhabilidad. El error le ronda agazapado porque sus determinaciones deben ser instantáneas ante multitudes intolerantes, impulsadas agriamente por la descarnada y poco piadosa inclinación a no aceptar que el fútbol es solo un juego y nunca debe ser una batalla.

Nuestro diario se ocupó detalladamente de ese domingo desafortunado. Agregar algo sería incurrir en una reiteración innecesaria. Agregamos sólo una confesión: la de haber escrito este apunte con tristeza y, sin exagerar, con dolor. Nadie debe adueñarse del inaceptable derecho de perpetrar una violencia para enlodar un espectáculo que tendría que ser el encuentro entre veintidós jugadores dignificados por un imperturbable respeto mutuo, una moderación extendida a los árbitros, los linesmen, las muchedumbres. Una aspiración que parecería estar destinada, desdichadamente, a ser una infantil ingenuidad. De todos modos, es preferible el candor que la maldad.

27 de mayo de 1993

FANTASÍA

“La cabeza, se supone, sirve para pensar. Los pies, además de ser útiles para caminar, se usan, se sospecha, para jugar al fútbol. Pero cuando sólo hay pies y, en consecuencia, faltan cabezas, hay que oficiarles un funeral a las ideas”. Esta frase descarnada, mordaz, no nos pertenece. Su autor es Pedro Astuto, un viejo conocido nuestro, un personaje que teme a las multitudes, a sus delirios, a sus distorsiones, a sus alaridos, a sus arrebatos, a sus estallidos, a sus pasiones, porque cuando tenía 20 años, ubicado en la tribuna de los locales, aplaudió atrevidamente un gol de los visitantes, tras lo cual su traje impecable quedó inundado por copiosos chorros de un líquido amarillento que no era, por cierto agua. “No aplauda, animal”, le vociferó alguien. A lo que Pedro Astuto contestó incautamente: “Más respeto, por favor”. Y recibió como respuesta: “Bueno, no aplauda, señor animal”.

Pedro Astuto siguió desde entonces el fútbol a través de los diarios. Recientemente, leyó en ellos cosas que no entendía nada. Un árbitro agraviado, manoseado entre la acometida de jugadores ardorosos y exaltados que pretendían tener razón cuando ya la habían perdido por el simple hecho de que, al fin, la razón no le pertenece al que más grita.

Y un domingo, hace poco, a la ciudad la envolvió el silencio. Los estadios estaban desoladamente vacíos y a muchas caras las invadió el tedio. Ese domingo no hubo fútbol. Este espectáculo, un mundo bullente de reacciones disgustadas con el equilibrio, intolerante, impaciente, fanatizado, es sólo un juego nacido, teóricamente, para la distracción y para el difícil, agotador y muchas veces inalcanzable y valioso ejercicio de pensar. De ahí la única presencia de las cabezas sin ideas.

Un hecho exclusivamente deportivo equivocó su trayectoria hacia la Justicia. Un equipo no respetó lo dictado por el Tribunal de Disciplina de la AFA. Al reanudarse el campeonato, después de la pausa impuesta por el paro de los árbitros, los futbolistas sancionados jugaron en una actitud incomprensible de desobediencia.

Pedro Astuto, quizá un inocente, se hizo varias preguntas que no tuvieron respuesta. No ignoraba, a través de la ahora serena lectura de los diarios, que los integrantes de uno de los conjuntos habían agraviado a esa autoridad suprema, el árbitro, que corre, transpira, vigila, castiga entre las presiones de una muchedumbre intransigente y que, además, en busca de la precisión, trata de no equivocarse.

El que se equivocaba era, justamente, Pedro Astuto, quien pensaba, con pena, que todo podría integrar una antología futbolística aún no escrita del absurdo. Leyó varias crónicas y todas coincidían en la descripción del poco delicado ataque verbal al árbitro. Pensó y repensó. Y ante la reclamación de la entidad a la que pertenecían los jugadores ofensores, sintetizó: “Bien –se dijo a sí mismo–, en una confusa época de verdades desmentidas, de mentiras negadas, tal vez esos irritados futbolistas hayan creído en la insólita y antagónica fantasía de ser culpables inocentes”.

Desde entonces, Pedro Astuto, defraudado, un candoroso creyente del juego limpio, de las actitudes inmaculadas, comenzó a leer sólo las tiras cómicas de los diarios. “Me parece, realmente –culminó–, una lectura más seria”.

10 de junio de 1993

CONGOJA

Vértigo, embestida, muerte, congoja. Las secuencias del temerario afán de ir cada vez más rápido. ¿Para qué? Simplemente, la persecución erizada de emboscadas en la búsqueda obsesiva de su gloria, de un triunfo que vale mucho menos, nada, que el valioso palpitar de la vida. Y en Imola, Italia, un ídolo quedó despedazado. El brasileño Ayrton Senna tendió un crespón a la idolatría que encendía su nombre, su extraña humildad victoriosa, esa virtud divorciada de quienes se sienten mucho más de lo muy poco que son.

El llanto envolvió a su país. Todas las lágrimas brotaban de un angustioso sentimiento sofocante unánimemente compartido: el de la aflicción sin consuelo. La honda pena se extendió al mundo del automovilismo, en el que ese bondadoso muchacho de 34 años poco locuaz, amante de la moderación y que sabía escuchar respetuosamente a todos quienes lo rodeaban, era su figura cumbre.

Historiar su biografía sería apelar a una minuciosidad silenciada por nuestro dolor. Nos atrevemos a señalar un fulgurante dato escueto: el de haber sido campeón mundial en 1988, 1990 y 1991. Era difícil, imposible, no querer ni admirar a este inalterable representante de la sencillez.

Ayrton Senna había dicho antes de la carrera que el circuito era peligroso y confesó a su novia, Adriana Galisteo, un mal presentimiento: “No quisiera correr, pero debo hacerlo”. Un día antes de la competencia, en las pruebas de clasificación, se mató el australiano Roland Ratzenberger.

¿Qué es la Fórmula 1? La pregunta se imponía. En consecuencia, la respuesta es inevitable: un espectáculo que moviliza millones de dólares. Sólo eso. Dista de ser, pues, un deporte, que, al fin, es otra cosa: la masiva difusión de una práctica inofensiva que propende a la perfección del cuerpo y del espíritu. Indiscutible. La Fórmula 1, una osadía,

reúne a un reducido puñado de atrevidos, entre quienes, hay pocos que se destacan y otros, los más, que integran una comparsa de rezagados que persiguen, ingenuos, mediocres, la inalcanzable posibilidad del éxito. Pero también ellos están impulsados por una seductora atracción universal: dinero.

El francés Alain Prost, cuádruple ex campeón mundial, fue terminante: “Hace tiempo que el negocio tomó ventaja sobre el deporte”. El suizo Clay Regazzoni, inválido a causa de un accidente, fue también concluyente: “Esto no es un campeonato mundial del automotor. Sólo se trata de un negocio infame”.

La nómina de muertos en Fórmula 1, esa actividad impropia definida como deporte, a partir de 1954 hasta ahora, revela un resumen escalofriante: 24. El temible circuito de Imola fue clausurado judicialmente para “proceder a los necesarios controles técnicos y a las consiguientes averiguaciones tendientes a comprobar modalidades, causas y eventuales responsabilidades penales”.

Entre tanto, Ayrton Senna, estrellado en una barrera de protección de cemento que absurdamente, era una desprotección, está detenido para siempre, entre una inmensa tristeza, en la perpetuidad que sólo pertenece a los ídolos sin olvidos.

5 de mayo de 1994

SINCERAMIENTO

El escritor italiano Giovanni Papini, descreído, cáustico, decepcionado, escribió hace tiempo “Informe sobre los hombres”, un libro que fue considerado crudo y desconsolador. En él dijo ácidamente un puñado de verdades que disgustaron a quienes prefieren la adulación, aunque brote del cinismo de una mentira. Al referirse a la humanidad, esa gigantesca máquina más perfectamente imperfecta que existe, afirmó: “Los gigantes pueden hasta equivocarse; son los pigmeos los que dan asco”.

Se supone que por una inexplicable equivocación física hay quienes caminan, cuando, en realidad, tendrían que arrastrarse como reptiles. Son los que tienen el alma minúscula flagelada por la maldad. Bueno, no nos dejemos envolver por el desaliento. Vayamos, pues, a lo concreto.

Unos muchachos fueron a ver un partido de fútbol. Se enfrentaban los dos equipos más populares del país, Boca Juniors y River Plate, separados por una tan acentuada antipatía que se parecía al más hiriente de los resentimientos: el del odio. Terminado el encuentro, al fin sólo fútbol, unos simpatizantes de River Plate que se trasladaban en un camión padecieron una emboscada cruenta a balazos de unos fanáticos de Boca Juniors y a dos de aquellos les tronchó la muerte la eufórica alegría del rotundo triunfo de su conjunto.

Se actualizó entonces un viejo episodio tristemente repetido: el de las mal llamadas barras bravas. Una impropiedad, porque, al fin, la precisión sólo las puede denominar barras cobardes. Atacar y matar por algo tan simple como un partido de fútbol, una lucha que nunca debería ser enlodada trágicamente por el encono, pertenece a los despreciables dueños de la perversión.

Nuestro diario entrevistó a varios dirigentes sobre el dramático suceso. Y casi todos coincidieron en admitir la existencia de ese despiadado flagelo de los divorciados de la armonía. Era un antiguo tema veraz,

pero, por lo menos, tuvieron la honradez de sincerarse. El presidente de Argentinos Juniors, por ejemplo, Luis Veiga, expresó: “Afirmar que los integrantes de la comisión directiva de un club no conocen a los miembros de las barras bravas es una hipocresía”. Otra confesión: el titular de Deportivo Español, Francisco Ríos Seoane, dijo: “La culpa es nuestra, porque las usamos. Hay dirigentes que les tienen miedo a esas barras que ellos mismos fomentaron”.

También se sabe que algunos dirigentes van a las comisarías para que dejen en libertad a los productores de escándalos y agresiones. Lo desmentirán, desde luego, pero la verdad no necesita aclaraciones. Eliminar las barras bravas es una tarea complicadísima, tal vez, imposible, mientras haya quienes se preocupen por la liberación de quienes delinquen. Es una burla a la decencia. Defender a los agresivos es una impúdica complicidad con las deshonra. “El hacer bien a villanos es como echar agua en el mar”. CERVANTES

12 de mayo de 1994

RESUCITAR

Alguna vez, durante mucho tiempo, fue el desalentador signo poco deseable de la desilusión. La entereza la había abandonado. Y el triunfo, ese enorgullecido destino que persiguen todos los que integran el vastísimo campo del deporte, le fue esquivo con golpes poco piadosos a un juego cuyo brillo lo opacaron las sombras. Acentuadas declinaciones espirituales la acosaron y la mejor tenista argentina de todos los tiempos, Gabriela Sabatini, fue cercada y abatida por el enemigo temible de la indecisión. El éxito, sin duda, no comulga con las vacilaciones. Pertenece sólo, únicamente, a quienes entregan a las luchas un enhiesto ánimo invulnerable.

Curiosamente, esa jugadora que llegó a ocupar, mereciéndolo, el tercer lugar del ranking mundial, era dueña de una técnica que deslumbró con una sutil inspiración victoriosa. Quiso y pudo. Más tarde siguió queriendo, pero sin poder. Padeció una seguidilla abrumadora de cuarenta y tres torneos sin títulos al cabo de poco más de dos años y medio sin levantar un trofeo, como que su última victoria se produjo en mayo de 1992 al derrotar en el abierto de Italia, en Roma, a Mónica Seles, ahora al margen de los certámenes, todavía sin superar el trauma al ser apuñalada por la demencia de un psicópata mecánico alemán.

Esta, con ser casi reciente, parecería, sin embargo, una historia vieja. Vayamos a la actualidad. El domingo último renació en Gabriela Sabatini un espíritu hasta entonces adormecido. Y en la final del Masters femenino, en un colmado Madison Square Garden, deleitó con su juego impecable y batió, sin apelaciones, en la final, a la mofletuda y robusta Lindsay Davenport, una norteamericana de dieciocho años y con una figura atemorizante de 1,88 metro de estatura y 78 kilogramos de peso.

Gabriela Sabatini se despojó de aquel rival implacable que la había hecho retroceder antes de entonces y derrumbó a Davenport en tres sets: 6-3, 6-2 y 6-4. En el camino quedaron, en otros encuentros, adversarias

que habitualmente se convierten en escollos insalvables: la alemana Steffi Graff y la española Arantxa Sánchez.

En su itinerario hacia el triunfo, Gabriela Sabatini había vencido a la legendaria Martina Navratilova, la que apareció en el circuito internacional en 1973 y que con sus ahora 38 años es la mujer récord del tenis. Apelemos a una ligera estadística, esa que determina su inigualable paso por las canchas. Intervino en 378 campeonatos, jugó, como ninguna, 1649 partidos; en 1984 logró 74 victorias consecutivas y posee la más alta marca de eficiencia para un año, cuando en 1983 disputó 86 encuentros y perdió sólo uno.

Al caer ante Gabriela Sabatini, esa insuperable leyenda del tenis mundial, Navratilova, fue estrechada en un conmovedor abrazo por su vencedora, ante la sostenida ovación del público. Y así se retiró de lo que la apasionó tanto la mejor tenista de la historia. Una Martina Navratilova que irradió devotamente un ejemplo que será irreplicable.

Ahora Gabriela Sabatini, que quiso y pudo, sabe que la victoria les pertenece, casi siempre, a los que no se entregan nunca. Es una especie de fuego que arde, sin carbonizar, a quienes luchan con el impulso admirable de una entrega total. Que lo sepa, que no lo olvide y que lo practique.

24 de noviembre de 1994

JUEGO SUCIO

Una vez más, y por lo tanto no adquiere la virginal condición de una primicia, volvemos a ocuparnos de un juego apasionado y apasionante que tendría que adquirir la transparencia de luchas con una inalterable virtud esencial: la del respeto mutuo. Se dirá hasta el cansancio que ese juego, el fútbol, puede admitir ciertos desequilibrios espirituales porque, al fin, se halla inspirado por la ambiciosa persecución del triunfo y, en consecuencia, está guiado –mejor, desorientado– por una codicia que no entiende, desafortunadamente, de buenos gestos ni de leales impulsos. Y entonces se produce una lamentable alteración no deseada: el juego limpio convertido en juego sucio.

Tal vez pequemos de una ingenuidad: la de que el fútbol sea una lucha clara, sin resentimientos, en lugar de un enconado combate, con resquemores. Ya sabemos –y lo decimos por milésima vez– que a nadie le gusta perder a nada, pero ganar injustamente, con el despliegue de métodos salpicados de violencia; determina una extraña inversión: la derrota del triunfo. Es así por muchos que fueren los que no lo entiendan.

Recientemente, un jugador que luce la difícil condición resbaladiza de ídolo, el uruguayo Enzo Francescoli, apodado, por una ocurrencia popular, como “el príncipe del área” y premiado hace poco con el Balón de Oro, habló de las reprochables circunstancias que pueden empañar una actuación. Francescoli no es, ciertamente, un exaltado. Por lo contrario, ejerce la, para algunos, complicadísima gimnasia inalcanzable de pensar. Juega, sin duda, con los pies, pero dentro y fuera de una cancha de fútbol emplea también las ideas. Parecería ser una curiosidad. “Se utilizan –afirmó– muchas artimañas que deslucen el juego. Se agarra, se dan manotazos, se abusa de las interrupciones y los árbitros, en general,

no hacen demasiado para evitarlo. Pero hay algo peor –culminó–, creo que los hinchas están conformes con eso”.

Coincidimos y terminamos pensando –nos cuesta bastante– que Enzo Francescoli comparte nuestra candidez.

¿Volverá?

La noticia sorprendió. Un francés casi menudo, retacón, ex dueño del ímpetu y de la precisión, Alain Prost, nacido en Saint Chamond el 24 de febrero de 1955 –tiene, pues, 40 años– volvió a conducir, en el circuito de Silverstone, Inglaterra, una monoplaza de la Fórmula 1 a bordo de un Aclaren-Mercedes. Jocelyn Bia, vocero del equipo inglés, en el que Prost podría correr en la próxima temporada, aclaró que el conductor francés había hecho sólo una prueba y que no había salido a la pista para buscar tiempos.

Alain Prost fue cuatro veces campeón mundial de Fórmula 1, cuya estadística señala que el balcarceño Juan Manuel Fangio, recientemente fallecido, figura en la vanguardia con una marca, hasta ahora, irreplicable: cinco títulos mundiales, conseguidos con las clases magistrales que dictó de arrojo y de pericia.

En julio de 1993, Alain Prost estableció un registro singular al imponerse en el Gran Premio de Inglaterra: cincuenta triunfos en la Fórmula 1, esa caravana multicolor y ruidosa de trotamundos osados que desafían la línea constantemente quebradiza que se tiende agazapada y que separa el drama de la gloria. En el Gran Premio de Portugal, en septiembre de 1993, se clasificó segundo y conquistó, por cuarta vez, el Campeonato Mundial de conductores de Fórmula 1. Anunció entonces su retiro del automovilismo una vez que finalizara ese año la especialidad con la competencia de Adelaida (Australia). Parecería que imprevistamente, la nostalgia le tendió a Prost un envoltente puñado de episodios inolvidables.

La noticia no fue aún confirmada. De concretarse, el regreso de ese francés conductivamente delicado y victorioso le agregará una renovada vida a esa impetuosa actividad que todavía conserva el nombre de un campeón inigualable: el del maestro Fangio.

7 de septiembre de 1995

APROBADO

Recapturó los elogios. Y se convirtió nuevamente en un certero cazador de la notoriedad. Después de quince meses de ostracismo futbolístico a causa del uso indebido de estimulantes, al borde de los 35 años –los cumplirá el 30 del actual–, se lanzó a rendir una prueba que era una severa exigencia y que tenía la difícil condición de un examen. El, Diego Armando Maradona, insólitamente prudente, con una cautela desconocida para su habitual verborragia enemistada con la serenidad, se olvidó de su intolerancia y al hablar, antes del encuentro en Seúl con el seleccionado surcoreano, dijo humildemente: “Hasta me atrevería a adelantar que puedo llegar a jugar mal. ¿Cómo estoy? Si me tuviese que calificar, diría que estoy entre 5 y 6”. Inusitado.

Y llegó el encuentro. Muy pocas veces, casi ninguna, un futbolista atrapó una frondosa información periodística tan extenuante como la que se le dedicó al integrar, en ese partido, el equipo de Boca Juniors. Ya se dijo aquí, en apuntes anteriores, que la aptitud, la habilidad, la eficiencia, o como se quiera definir la virtud de dominar una pelota de fútbol, no se pierden con el tiempo, a menos que no sea un tiempo demasiado avanzado. Destacarse en un deporte o en la intensidad de cualquier juego no es patrimonio de los longevos. Indiscutible.

Diego Armando Maradona ratificó lo sostenido aquí en su momento. Su calidad estuvo intacta. Su zurda fue impecable, precisa como siempre. Hizo pases milimétricos, eludió limpiamente a rivales y el seleccionado surcoreano, sin una marca rigurosa, le mostró una actitud respetuosa. Muchos no olvidaban el gol antológico que en el Mundial de México 1986 le convirtió Maradona a Inglaterra tras eludir, en una larga trayectoria, a seis adversarios asombrados. Los superó como sólo suelen hacerlo los inspirados burladores. Fue, sin vacilar, uno de los mejores goles de todos los tiempos.

Al terminar el match con Corea del Sur, el rostro de Diego Armando Maradona estaba iluminado por la dicha. Su físico deberá perder un poco de peso para evitar la fatiga. Casi seguro que lo conseguirá. Extrañamente moderado, calificó su tarea con un seis y medio. “Creo –afirmó sin alardes– que no merecía más”.

Pero el examen lo rindió y lo aprobó a impulsos de una pasión que no la adormeció su momentáneo alejamiento de ese juego que lo había convertido en un símbolo admirado por la muchedumbre de sus idólatras.

Numerosas declaraciones analizaron su desempeño en Seúl. Opinó una multitud de jugadores y de directores técnicos, y sus juicios coincidieron al elogiar la labor de Diego Armando Maradona en ese regreso a las canchas ansiosamente esperado. Necesitará recuperar el ritmo de competencia. Y le hará falta, además, un consejo que le sea útil: el de hablar menos, el de deponer sus hirientes críticas, sus arrebatos, el de no incurrir en ciertas excentricidades –ese grotesco, por ejemplo, teñido parcial de su pelo en dorado– y dedicarse a hacer inapelablemente lo que consigue mejor que nadie: jugar al fútbol.

Y entonces habrá llegado a ser alguien que despertará una admiración merecida a través de una dualidad perfecta destinada a un unánime reconocimiento agradecido: la de brillante jugador y hombre comprensivo. Parecerá mucho, pero es indispensable y lo favorecerá. Los ídolos auténticos no sólo son sobresalientes en las luchas, sino también en la vida.

5 de octubre de 1995

AUGURIO

Michael Schumacher, el repetido dominador del vértigo, lanzó humildemente, sin vanidad, un augurio que despertaba una duda acerca de su desempeño en el Gran Premio de Australia de Fórmula 1, a bordo de una marca surgida de la inspiración del “Mago de Maranello”, Enzo Ferrari, un amante de la precisión, detallista, minucioso observador y cuyo apellido se perpetúa en esos engendros mecánicos lanzados a los exigentes vericuetos de las pistas en la actividad cumbre del automovilismo mundial: la Fórmula 1.

Ni siquiera el dominio de Schumacher, ese alemán vencedor en las dos últimas temporadas, una ráfaga inalcanzable, fue capaz de envanecerlo y, con cautela, pronunció una predicción que distaba de revelar una confiada firmeza: “Sólo en 1997 podré pelear por el título. Ahora ganaremos algunas competencias, pero nada más”.

Miles de fanáticos de esa marca universalmente conocida confiaron, sin embargo, en la indiscutible capacidad de conducción del nuevo piloto, contratado por una asombrosa exuberancia metálica: cincuenta millones de dólares. Y la televisión, próximo el nacimiento del domingo último, les robó el sueño a esos fervorosos adeptos. Schumacher tuvo razón con su moderado vaticinio.

Ya se sabe, parecerían ser estos apuntes la reminiscencia de un episodio reñido con la actualidad, pero a veces conviene renovar un recuerdo, sin pretender una disculpa sobre cómo se desarrolló la carrera. Tal vez impulsado por el inolvidable nombre de su padre, el canadiense Giles Villeneuve –muerto en el circuito de Zolder, Bélgica, el 8 de mayo de 1982, traicionado por su ímpetu, que fue calificado por la exageración como volcánico–, su hijo, Jacques, piloto de un Williams, tomó la vanguardia luego de una iniciación anulada y en la que pareció registrarse un milagro, si es que los milagros existen: el despiste de Martín Bruñilde con su coche lanzado en el aire y destruido en la caída con su piloto sorprendentemente ileso.

Jacques Villeneuve fue la figura de la prueba, aunque no el triunfador. Sólo a nueve vueltas del final, su compañero de equipo, el inglés Damon Hill, lo aventajó y venció. Entretanto, Schumacher desaparecía por problemas mecánicos. La temporada de esta actividad atrevida de la Fórmula 1 promete, al parecer, un desarrollo disgustado con la monotonía. Todo puede resultar reconfortante. Esperemos.

El “Mago de Maranello”

Esto podría ser una antigüedad. Lo es. Sería retrotraernos a otra época. Lastima que no se pueda repetir, porque sería volver al momento de la dignidad y el decoro. El equipo Ferrari nació en 1929. Surgió del agudo poder creativo de Enzo Ferrari en Maranello, distante 16 kilómetros de Modena. Ese fue su pacto con el vértigo. Su industria también estampó una seductora belleza en autos deportivos de calle, un sueño sólo alcanzable para los elegidos de la opulencia. En 1956, cuando tenía 58 años, la adversidad le arrebató a su hijo Dino, el ingeniero Alfredo Ferrari, muerto a los 24 años a causa de una nefritis viral. Desde entonces, Maranello se convirtió para don Enzo en el reducto de su tristeza. Solo miraba las carreras por televisión.

Fue un dolor insuperable. “Ferrari –dijo una vez– es un auto único. Mientras existan los apasionados, sobreviviremos”. Enzo Ferrari murió el 14 de agosto de 1988, a los 90 años. Nos hicimos un deber en recordar, en este humilde homenaje, al constructor de autos de carrera más célebre del mundo, el “Mago de Maranello”.

14 de marzo de 1996

VEINTE AÑOS

Cuando alguien a quien se quiere se va y entra en la tiniebla definitiva es como si la memoria practicase el penoso ejercicio de la tristeza. Es una especie de conmovedora esclavitud con el pasado.

Oscar Natalio Bonavena, aquel ídolo que reunió multitudes, ocu-
rrente, desenfadado y jocoso y que pensó que la vida era una comedia
cuando a veces podía ser un drama, murió, en realidad lo mataron, antes
de pretender entrar en el burdel Mustang Ranch, en la ciudad de Nevada,
Estados Unidos, en la madrugada del 22 de mayo de 1976.

Había nacido en un hogar humilde de Parque Patricios el 25 de sep-
tiembre de 1942. Tenía, pues, en ese amanecer nefasto, 33 años.

Incurrimos, naturalmente, en una impuntualidad al no indicar en
estos perfiles la exactitud de los veinte años de su abrupta muerte im-
prevista.

Lo tratamos frecuentemente. Muy pocas veces, casi nunca, coinci-
díamos en nuestras opiniones.

Llegaba a enfurecerse, en una reacción cercana a la ira, cuando le
censurábamos sus extravagancias, sus respuestas mordaces.

Sin embargo, curiosamente, era dueño de un entrañable sentido de la
amistad y no se había dejado invadir nunca por la despreciativa y ácida
reacción del rencor.

El amo, pero no señor, en esa zona de la impúdica presencia del
Mustang Ranch era Joe Conforte, el marido de Rally, una mujer semi
lisiada y diabética, veintiséis años mayor que Bonavena y que se ha-
bía convertido, según se afirmó, en pareja inseparable del boxeador
argentino.

La trágica madrugada

El mordiente proceso de los celos convirtió a Joe Conforte en un peligroso rival implacable de Bonavena. Y fue él quien ordenó que no se lo dejara entrar en el Mustang Ranch.

En una madrugada que culminó dramáticamente y cuya prohibición de entrar en ese burdel no ignoraba, Bonavena, impulsado tal vez por la terquedad, fue acercándose, después de dejar su auto estacionado, hacia el sitio terminantemente vedado.

Caminaba a paso lento, sin preocupación, desentendido de la determinación de Joe Conforte, sin pensar en que esa madrugada se convertiría en la última de su vida.

No lo creyó, Willard Ross Brymer, un matón a sueldo de Joe Conforte, fue en busca de su rifle de caza Springfield calibre 30006 y con un disparo enmudeció para siempre a un ídolo de los argentinos con el pecho ensangrentado.

Lo velaron en el Luna Park, allí donde comenzó a adueñarse, en la mitad de 1960, de la idolatría de los porteños.

Su principal rival fue Gregorio Peralta, un experto del temeroso arte de la defensa.

Bonavena era, en cambio, un versado en el desconsiderado arte del ataque.

Y ganó Bonavena ante el público más numeroso que en cualquier otra ocasión: 25.236 espectadores.

Bonavena definía su picardía sólo con tres palabras: “Soy todo viveza”.

Uno de sus desbordes se registró en los Juegos Panamericanos, en 1963, cuando mordió al norteamericano Lee Carr y fue descalificado.

Entonces, Bonavena dijo: “Lo mordí porque había prometido comérmelo”.

Demostró su coraje en el combate con Cassius Clay, aquel negro danzarín de los sutiles pasos de baile. Cayó dignamente en el último round por knock-out técnico, luego de un duro combate.

Creemos que hemos reparado la impuntualidad señalada casi en un comienzo de este recuerdo.

Oscar Natalio Bonavena, un singular personaje de los rings, de la vida, había sabido conquistar y mantener el brillo que brota del dorado trono de los inolvidables.

30 de mayo de 1996

ÍNDICE

Advertencia	11
Prólogo	13
El ejemplo de una magnífica lección de humildad y fe	15
Roberto de Vicenzo	17
Vito Dumas	21
Gatica	23
Alfredo Di Stefano	25
Héroes	27
Diálogo	29
Pascual Pérez	32
Pelé	34
La hora del ajedrez	36
Nino Benvenuto	38
Clay y Bonavena	40
Alberto Demiddi	42
Iglesias, el nadador	44
El barón de Coubertin	46
Caballero del mar	48
Domingo sin fútbol	50
Emil Zatopek	52
Los dos ídolos	54
Reutemann	55
Luto en Vélez Sarsfield	57
Los Lucchetti	59
¡Boca campeón!	61
El mejor polista	63
¡Vamos Argentina, todavía!	65
Silbidos	67

Nicolino Locche, vencido por el tiempo	69
Juan Manuel Fangio cumple 70 años	72
Los Irracionales	74
Los Culpables.....	76
Los soberbios	78
Corbatta: una lágrima	80
La incentivación.....	81
Sólo hechos	83
Steiner: un ejemplo	85
Esa luz, una tiniebla.....	87
Turismo seductor.....	89
Despedida.....	91
Inexplicable	93
Así de simple.....	95
Exaltación	97
Los mejores	99
Tiempo	101
Otro tiempo	103
Mujeres.....	105
Vamos, Argentina, todavía (II).....	106
Despedida de un grande.....	108
Violencia y drogas.....	110
Final	112
¿Ingenuidad?	114
Renuncia	116
Descortesía.....	118
“Aguilucho”.....	120
Pumitas	122
El jugador N° 12.....	124
Bondad, maldad	126
Crónica de una tristeza	127
Bodas de oro	129
Despedida.....	131
Deplorable	133

Excepcional	135
Arrebato	136
La tarde roja	138
Demencia	140
Vergüenza	142
Fantasía	144
Congoja	146
Sinceramiento	148
Resucitar	150
Juego sucio	152
Aprobado.....	155
Augurio	157
Veinte años.....	159

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Septiembre de 2007

